



Santiago Dimas Aranda

# **El amor y su sombra**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Santiago Dimas Aranda**

## **El amor y su sombra**

Corría el mes de mayo del año 1977 y me cupo la inmensa fortuna de organizar juntamente con una librería, la semana del re-encuentro con la poesía paraguaya a partir de la generación del 40. En aquel entonces, se me habría un amplio panorama dentro del campo cultural. Pude estar en contacto con casi todos nuestros escritores, y a su vez, permitir al público en general volver a re-encontrarse con el rico universo literario. Hoy estoy convencido que todo aquello fue un punto de partida a muchas manifestaciones posteriores.

Por esos días conocí a muchos artistas. De la música, de la pluma, de las tablas, y de la plástica. Junto a ellos, los valores del espíritu se proyectaban por encima de todo. Sin embargo, con el pasar de los años, fui descubriendo que aún allí, no podía uno escapar de las miserias humanas: privilegios, diferencias, grupos marginados, «super-estrellas». Que los jóvenes porque eran jóvenes, y los viejos porque eran viejos. Que un escritor no podía pertenecer a una generación determinada porque nunca había hecho vida social.

Hoy, a pesar de todo sigo admirando a muchos artistas. A los auténticos; a los grandes por su sencillez. A los que han sabido dar su «mano franca». Y, sobre todo, a los que han transmitido sus experiencias como enseñanza y no como propaganda personal.

Pero siempre existen personas que salvan, que nos redimen: Don Santiago Dimas Aranda. Poeta, narrador, obrero infatigable de la palabra.

Ediciones Mediterráneo, se congratula al poner en las manos de los amantes de la creación literaria, esta novela de Santiago Dimas Aranda.

«El amor y su sombra», novela premiada en el Concurso Hispanidad 1976, da inicio a la colección de grandes narradores paraguayos, y permite emerger a un talento que ha vencido distancias y olvidos, y reclama un lugar para llegar ante el Jurado definitivo de todo escritor: el público lector.

Sea usted bienvenido Don Santiago.

Jorge Gómez Rodas

As. 19-Oct.84.

El amor y su sombra  
Capítulo I

La incógnita

-Buenos días, señor, saludó al entrar.

-Buenas... contesté casi asustado. -Y al mirarla, vi mi imagen reflejada en dos lagrimones tensos entre sus párpados-. ¿Qué desea?

Eran las doce de un día canicular, y gastado en la dura monotonía de las máquinas mi último resto de ganas, me aplastaba contra la madera caliente de mi puerta, tratando de cerrarla.

-¿Qué desea?, repetí.

Por toda respuesta, sus ojos enrojecidos volvieron a fijarse en mí, y entonces descubrí que algo se quebraba en ellos.

Vestida de colegiala, había en su pasividad un parentesco angustioso con mi cansancio. Además, la veía vacilar.

-Bien, tome asiento, le dije; usted dirá...

Y ella se dejó caer sobre la silla, se desabrochó un botón de la blusa, se echó aire con un cuaderno. Siempre callada, paseaba la vista por el interior como inspeccionando el ambiente. Era ése un taller. Yo estaba solo. En verano, mis ayudantes dejaban el trabajo a las once.

Seguí con la mía la mirada escrutadora de mi cliente. Observaba a mi vez las envejecidas paredes de cal, las mesas de trabajo que ahora encontraba horribles, la puerta que daba al fondo, a mi comedor y dormitorio al mismo tiempo.

-¡Mi padre se está muriendo!, prorrumpió de pronto, y agregó: Mejor dicho, viene muriéndose de a poco, desde hace meses...

Lanzado al límite de la sorpresa, la miré fijamente mientras murmuraba:

-¿Cómo es eso?

Pero ella parecía no oírme. Pensé que quizá mi pregunta fuese apresurada. Ahora miraba al techo, y yo empecé a sentir fastidio. Entonces repetí:

-¿Cómo es eso? -y agregué todavía- ¿Está, parálítico?

Ella meneó la cabeza impaciente.

-Parálítico no, pero tiene muertos los pies, las manos y también la lengua... ¡Es horrible, señor!

Aquí me desmoralicé. Tan ajeno dolor traído a mí de los pelos me empeoró el humor. Solté la puerta, la que nuevamente se abrió por su propio peso. Mi cliente se abrochó la blusa, mostrando mayor tranquilidad.

En mi reloj, las doce y diez.

Habiendo conocido y leído bastante acerca de jovencitas advenedizas, llevadas por incontrolados impulsos, que caen en situaciones de las cuales no siempre salen ilesas, no pude sin embargo evitar que ésta lograra pegárase con su drama. Apoyándole la mano en el hombro, me atreví a tutearla:

-¿Sos estudiante?

Y ella, sin inmutarse, me dijo:

-Sí, quinto curso, profesorado normal, -como si expusiese una lección memorizada-

Su edad no me resultaba importante en ella, aunque la notase no mayor de los diez y siete. Espigada y de aspecto humilde, parecía desenvuelta. Como los nervios comenzaban a traicionarme, decidí quitármela de encima. Le propuse me acompañara a comer. Así, de paso me cuenta todo, le dije. Y volví a cerrar.

Habíamos caminado algunas cuadras cuando se me vino a la mente la posibilidad de que se estuviese imaginando conducida por mal camino. Pero resultó que marchábamos por lugares harto conocidos para ella. Me lo manifestó con pueril cinismo, como queriendo desalentar en mí cualquier asomo de duda al respecto. ¿Por qué me veía obligado a continuar, comprometiendo mi precaria paz? Esta pregunta no se me había ocurrido entonces.

El bar donde habitualmente almorzaba exhibía sobre la avenida su nuevo letrero decorado a la moda, con letras abigarradas de colorido vidrio donde el sol jugaba espléndidamente. Ese letrero expresaba para mí algo que traté de oponer a mi curiosa nueva angustia: «Las Delicias». Poco antes venía pensando que mi cliente se largaría ni bien llegásemos a la puerta. Pero no. Ella empezaba a formar parte de mí. Su inusitada confianza y mi evidente interés se habían confabulado para adosarme al agónico mundo del cual emergía. Me abrí paso entre mesas y parroquianos, ella pegada a mis espaldas.

Nada parecía quedarme por preguntarle, nada que no resultase anodino. A ella, en cambio, ¿cuánto le quedaría por agregar? Frente a frente, ante una mesa de bar, la comunicación se vio facilitada. Contribuía el hecho de que, arrojados al nivel común de

naturales necesidades, nos unía el apetito. Llegó el mozo con una rapidez sólo explicable por la presencia nueva que veía frente a mí; quizá interés o simple curiosidad.

-¿Qué se van a servir?

Yo tenía planeado el menú:

-Churrascos, ensalada y vino para dos.

Unos ojos profundamente oscuros me lanzaron un centelleo que debí suponer señal de femenino reproche.

-¿Qué te llevó a buscarme a mí?

-Confianza, suspiró levemente tras una contracción de hombros; siempre suelo verle al pasar, desde el tranvía.

Me sentí pisando sutiles redes que hacían trepidar mi íntima seguridad. De momento no atiné a continuar. Oportunamente llegó el mozo con los platos y me dispuse a devorar el mío, sin disimulo. Bebí mi vaso de vino y al hacerlo, se me detuvo la vista obligadamente en el decrepito reloj de pared cuya manecilla vacilaba llegando al uno. Me sorprendió el hecho de que, luego de varios meses de ir y venir, de alternar mesas, ventanas y rincones, ahora notaba la falta del minuterio, signo de cabal discernimiento de mi parte. A poco, dentro de la caja -más réplica de féretro antiguo que artefacto de relojería-, sonó un tañido semejante a la caída de un tenedor sobre el piso. Habíamos vuelto sobre el tema referente al padre agónico, repasando y repitiéndolo con ánimo de convencidos masoquistas. Y habían surgido de tanto en tanto penosas lagunas incentivadas por mi apatía de calidez vinícola. Todo me parecía estar dicho sin que nada hubiese que yo pudiera hacer por ella. Nada te habría podido prometer. En eso estaba cuando, por entre las rejas de la ventana, de pronto apareció la empolvorada carota del tranvía. Tomaremos el próximo, escuché. ¿El próximo?, lo repetí como en sueño. ¿Queda lejos? Es cuestión de costumbre; a mí me parece un paso...

Media hora después, lenta y ruidosamente, remontábamos la cuesta de Ciudad Nueva. Todo nos aplastaba: los calientes asientos, la reverberación del pavimento, la vegetación agobiada de sol, el silencio resignado de la gente. ¿Por qué la acompañaba yo? La pregunta no cesaba de acuciarme. «¡Mi madre me va a matar!, me dijo sorpresivamente, mirándome a los ojos, como en son de reproche; también está enferma, ¿sabés? Todos estarán con hambre; yo debo cocinar a mi llegada; si no, nadie come. No sé por qué te mortifico, pero necesito que alguien sepa lo que me pasa».

Sentí una íntima rebeldía. Esa mujer me golpeaba siendo yo un extraño. Claro que ella parecía no pensarlo así. Después que hubimos comido y bebido juntos, parecía como si todo lo hubiese encontrado resuelto. Al menos, ya no le fue difícil ponerme en la senda de sus propósitos. Me sentía con mucho ardor debido a la canícula y al vino. ¿Qué culpa tenía yo de que me vieras cuantas veces querías, de paso, desde el tranvía? Deseaba pleno afecto a cada palabra de mi incisiva pregunta. Pero, como algunas veces ocurre, yo agresor sufrí el impacto: su indulgente silencio.

Al darme cuenta de que mi mano se había posado en la suya buscando atenuar el daño, me ensombrecí. Pero tomé esa mano, quizá deliberadamente, y sin poder evitarlo, detuve toda mi atención sobre ella, una mano nerviosa y morena, sugestiva en su abandono y pobreza. Tampoco pude evitar la idea de que mi actitud fuese inconsciente, de que tal vez obedecía al vergonzante deseo de acobardarla. ¿Por qué lo hacía ahora y no momentos antes, en el bar, acompañados del vino oscuro y en tanto charlábamos derrochando oportunidades, hasta el punto de ponernos a perorar sobre la amistad? Entonces, ¡claro!, mi afán por insertarme en la raíz de ese dolor tan próximo a mi sentir solidario nos hundía en absurdas lagunas de angustia, sin que los diminutos regocijos fuesen capaces de salvarnos. Ahora recordaba haberle preguntado si tenía amigos, a lo que me había respondido sabiamente: eso que se llama amigo, no, porque la amistad no es lo que ustedes sienten al descubrir la rodilla de una mujer. ¡Diez y siete años! Pese al vino pude reconocer frente a mí una clara testa capaz de diagnosticarme. Del fondo de la duda, mi remiso amor propio emergió entonces aprobando su confianza y sus esperanzas, las que debí intuir pues nada cierto abrigaba, respecto a ellas, salvo el presentimiento de un nuevo enredo en mi vida de relaciones con esa súbita presencia. Mi amiga, desconocida aún, me conducía a lo suyo con tan inusitada naturalidad que mi mundana astucia nada podía oponer.

Apretado contra ella simulando huir del sol que se metía por las ventanillas poniendo temperatura de hervor en los asientos, comencé a cargosearla con pueril crueldad, apoyándole la mano confianzudamente en cualquier parte. Esperaba un gesto de rechazo, y observé en cambio un delicado mohín rematado en una sonrisa sin palabras que me desconcertó.

Ni fácil ni renuente. ¿Me habría equivocado al suponer, juzgando por sus manos, que nuestro itinerario concluiría en los grises trasmuros contiguos al barrio residencial? Desvié mi atención hacia el hueco de la ventanilla, evadiéndome por ella hacia un ayer nunca del todo ausente. A la distancia de varios lustros, al azar, me reencontré con las palabras de un viejo y pintoresco madrileño, mi profesor de filosofía: No os enredéis en lo complejo, repetía; partid de lo simple y hallaréis vuestra verdad sin sobresaltos...

¡Qué simples aquellos tiempos en que lo complejo llegaba una sola vez al año, con los exámenes!

Continuaba en la ventanilla, perdida la vista en el ámbito de mi parco mundo pretérito. La avenida había dejado de serlo entretanto, se angostaba, se achataban las casas, los baldíos crecían en malezas. Si pudiera haberme largado en la primera esquina sin decir adiós. Las vías avanzaban ahora sobre un decrépito empedrado, superviviente gracias al tamaño descomunal de las piedras, negras, brillantadas por los raudales y las llantas de los carros. Oí de pronto su voz:

-Aquí bajamos.

En esa esquina, las piedras desaparecían bajo la faz verdinosa de un charco.

-Tenemos que caminar hasta el fondo, me dijo.

La ayudé a saltar tomándola del brazo, sin dejar de observar el contorno, interesado en averiguar a qué fondo se refería. Desde el mismo empedrado, la maleza tendía su marañosa cortina hasta donde se perdía la vista. Viéndome mirar todo eso como cosa de otro mundo, comentó:

-¿Parece un monte, verdad? Dentro de un año, todo desaparecerá. Ya comienza el loteo. ¿Nunca saliste de la ciudad?

Me causó gracia la ironía contenida en su pregunta con relación a mi origen.

-Crecí lejos de aquí, le dije finalmente; me trasplantaron a la ciudad no hace mucho tiempo.

-¡Cuidado!, hay que saltar aquí. Llovió tanto últimamente; cuando nos mudamos aquí, no estaba este charco inmundado.

Ya en tierra firme le pregunté qué tal vivían en ese lugar, si estaban contentos, a lo que respondió con una mirada de reproche por no percatarme de su situación. Luego, demostrando comprender la posible razón que habría motivado mi pregunta, agregó: Antes vivíamos en el centro. Me refiero al centro de la ciudad, recalco, hasta que el banco nos comió la casa. Fue por causa de una deuda que mi padre no pudo pagar. Desde entonces está más enfermo cada día. Empezó con un derrame. Creo que ya no sufrirá mucho tiempo.

Golpeó los zapatos quitándose el barro. Yo continuaba tomándola del brazo en la seguridad de que así la ayudaba. De pronto, trocando la tristeza por una clara sonrisa, me encaró:

-¿De veras no me creés que siempre te veía al pasar? Sabía que eras el único capaz de ayudarme.

Tanta naturalidad veía en su cara que no dudé un instante en decirle sí, te creo. Continuaba a su lado envuelto en la magia de su voz quebrada, la que revivía en mí la cadencia de otras voces sofocadas, entre el follaje de mi adolescencia, entre telarañas que aprisionaban mi voluntad y dominaban mi rebeldía.

El primer bosquecillo que cruzamos, con fuerte olor a deposiciones, nos dio paso hacía un espectáculo sorprendente. En un amplio claro dejado por las primeras corpidas, un enjambre de niños de edad diversa, espaldas curtidas por el sol y el lodo, jugaban a la pelota con una bola de trapo. Al ver a mi compañera, algunos prorrumpieron a gritos:

-¡Adió, señorita Vilma! ¡Adió!

Creo haberla acompañado en su respuesta saludando con la mano en alto. Sorteábamos los charcos que los niños ensanchaban por diversión desmoronando la tierra y orinando y defecando en los bordes. Unos sin camisa, otros totalmente desnudos, las ropas desempeñaban la función de arcos.

El más pequeño de los nudistas, bien oscuro, llegó zancajeando tras la pelota de trapo que rodaba hacia nosotros, y al reconocer a mi compañera, paró de golpe.

-¡Miguelí, sinvergüenza; ponete la ropa y vamos a casa!, le increpó ella.

Sin duda, se trataba de su hermanito. Vilma se apresuró a explicarme cómo apenas ella se ausentaba, él aprovechaba para potrerear a su antojo. Entendí que nadie más podía controlarlo, y lo asocié a la idea de que en la casa todos estarían pendientes de su regreso para probar bocado. Nuevamente se me hizo la sensación de culpa ya antes rechazada.

Era la una y media de la tarde. Sin comentario, seguimos durante buen trecho cada cual en una de las huellas trazadas por los carros, hundiéndonos de tanto en tanto hasta los tobillos. Sonrió secretamente al sorprenderme explorándola de reojo. Sus bien formados pechos resaltaban dentro del delantal plegado por el viento en el ángulo de su fina cintura. Al salir en una parte despejada donde el pasto, de tan verde, invitaba a revolcarse como lo hubiera hecho Miguelí sin la dura sujeción de la hermana, me fijé por primera vez en sus piernas, bien proporcionadas, y en un raptó de vergonzante nimiedad, detuve la atención en los zapatos bastante gastados que le afeaban los pies. Pienso que lo notó, pues la vi sonreír, y debí aceptar esa sonrisa como un reto a mi apoltronada medianía. Confieso que me sentí aturdido. Esa hubiera sido la oportunidad para ser franco diciéndole cuán incómodo me sentía frente a un compromiso que veía venir sin que lo conociera ni aceptara. Ella, con ademán de insolente dignidad, lanzando la cabellera a la espalda, marchó adelante. Y entonces, herida mi sensibilidad machista, interpreté como que me dejaba en libertad de husmearle nalgas y piernas cuanto quisiera. Y me curé.

Al rato me di cuenta de que no nos hablábamos a partir del incidente con Miguelí, y ella, como leyéndome el pensamiento, se volvió sonriente hacia mí e inició el diálogo exagerando el tono:

-¿Estás enojado?

-Yo, no.

No estaba enojado con ella sino conmigo mismo. Debí descuidar toda finura pues no insistió. Sólo me espiaba por el rabillo del ojo con prestado gesto de niña traviesa. Llegamos al siguiente y último bosquecillo donde las chircas chamuscadas saturaban el aire con olor a medicina casera. Hacía varios minutos que caminábamos metidos en la arena sin recorrer más de cinco o seis cuadradas. Me detuve a la sombra del primer arbolejo para desalojar de los zapatos la gruesa arena que me lastimaba, cuando Miguelí, pequeño y pardo, trotando por la carretera metros atrás, llegó a nosotros. Al mirarme se puso hosco y tuve que acariciarle la caliente cabecita a fin de disiparle los malos pensamientos. Resultado: toda su confianza de cachorro pueblera se le agolpó en tropel, para arrojarme cantarino: «¿Tené caramelo, señor?». ¡Y qué dolor no tener un caramelo en casos así! Sin coraje para decirle que no, me hurgué los bolsillos tropezando con un par de monedas de diez que, feliz, le deposité en las manitas húmedas y sucias. La hermana observaba la escena con enfado de maestría fanática:

-Decile gracias al señor, lo obligó.

Y el parvulito, echándole una blanca ojeada, salió al disparo, de regreso hacia la avenida.

¡Miguelí! ¡Miguelí!

Los gritos de la hermana mayor fueron esta vez francamente inútiles. Miguelí, por cada grito que hería sus espaldas, mayor velocidad imprimía a sus magras piernecillas.

-¡Chiquilín de porquería! Es terrible; ni bien salgo yo y hace lo que se le antoja, rezongó la hermana.

Yo me reí:

-Y ahora que estás presente, también hizo lo que quiso.

Por primera vez le vi los dientes. Nos reímos, y la paz se hizo de pronto. Era la primera vez que reíamos en casi dos horas, desde que nos hubimos conocido. Tendí la mano buscando la suya, pero esta vez me la negó discreta. Comprendí. Estábamos en «su barrio». Asomaban techumbres por todas partes, entre los árboles. Era ella -me lo dijo luego- nada menos que la señorita maestra de la comunidad, razón de más para que constituyésemos el centro magnético de las miradas. De puro confundido, se me dio por preguntarle su nombre, quizá sólo por cubrir el efecto de mi leve desaire.

¿Ya lo olvidaste? ¡Los chicos te lo dijeron en coro!, me replicó.

-¡Claro!, Vilma.

No lo había olvidado. No era olvido lo que padecía sino algo peor, difícil de comprender.

Ya entrando al lugar, un viejo y descuidado naranjal circundaba la casa. A pocos pasos, un ternerillo sucio de estiércol berreó al vernos. Enredado de patas entre el cabestro y la maraña de un guayabo chato, clamaba en vano por la madre vaca, prisionera como él y flaca, que se conformaba girando la cabezota a cada berrido. La pobre se nos aproximó cuanto le permitía la sogá, meneando con insistencia la cola huesuda y pelechada. Vilma, le acarició la frente protestando condolida: «Seguro que ni agua les habrán dado». Con su ayuda y con algo de la campera destreza que aún me quedaba, sacamos al pequeño de su atolladero. Posteriormente ella me dijo a manera de explicación:

-La compramos para dar leche a papá; no traga más que líquido. -y concluyó-: todavía le debemos plata al vendedor.

Recordé entonces a la Vilma que vi al medio día, por primera vez. Recordé su voz quebrada al borde del sollozo, su desesperada confianza en mí. Ahora la veía serena, y pensando que mi compañía la confortaba, sonreí enternecido.

Sumado el orín vacuno al del enfermo desvalido y penosamente despatarrado en su abandono, toda la casa olía a establo. En un rincón opuesto de la misma pieza, bajo gruesas mantas, tiritaba la mujer, hirviendo en sudor palúdico.

-Mamá, éste es el señor que nos va a ayudar, le comunicó la hija, presentándome como a un pollo recién comprado, quietecito entre las dos camas.

-¡Por fin lo conseguiste!, pude o creí entender.

La voz emergió del montón de cobijas entre castañeteos y quejidos. Y de pronto me sentí la más sensible marioneta. Ignorante del papel que se me asignaba, ya estaba en él; y lo peor, ni me imaginaba si la tan buscada ayuda podía ser de mi alcance. Pero sí estaba seguro de una cosa: allí se me necesitaba. Vilma me condujo a un galpón pajizo, cocina y albergue al mismo tiempo de los más variados objetos. Daba la impresión de que todo ese hacinamiento de cosas en desuso fuese producto de la forzosa mudanza que Vilma me refiriera. Nada más hablamos aún. En tanto yo salía y entraba fumando y cuestionándome, ella se dispuso a fregar cubiertos atendiendo de paso el primus con la cacerola puesta a hervir. Noté que me espiaba los gestos. Al pescarle una de sus ojeadas, disimulé sugiriéndole se cambie el delantal. Te lo vas a manchar, le dije, a lo que contestó con admirable tranquilidad: «Tengo que volver a práctica a las tres». Me quedé a su lado, en silencio, reconociendo la dolorosa verdad contenida en todo cuanto me había dicho. Ahora ya no importaba qué ayuda iba ella a pedirme. Estaba pronto a prestársela. En efecto, me propuse obligarla a entrar en tema. Me impacientaba no saber de su boca para qué me trajo a la casa. Eso le dije apoyándole la mano en la espalda. Pensaba crearle así el clima de confianza que le facilitase decírmelo todo. Me miró simplemente, dándome la impresión de que no me rechazaba por temor a mancharse la blusa. Sin embargo, no veía hostilidad en sus ojos, ni fastidio. Con voz algo turbada, luego de haberle retirado mi mano, me dijo:

-Mamá me pidió que vendiera su máquina de coser, ésa que ves ahí. Está sucia y algo oxidada pero no es muy vieja. Es para comprar remedios, ¿sabés?

No contesté. Estuve como esperando, como no comprendiéndola. Y súbitamente en guardia mi amor propio, me sentí dañado por la idea de que esa muchacha me confundía con un viejo judío, mi vecino, comprador de chatarras. Con justa molestia me trasladé mentalmente a mi taller. En la puerta de al lado, un oxidado letrero anunciaba: «Compraventa». Jamás había tratado con el anciano compraventero. Sin que nada tuviese contra los judíos en general, los usureros y compraventeros me repelían.

-Ah, continuó algo turbada siempre, también queremos vender la vieja máquina de escribir que está encima.

Ya predispuerto, más con la imaginación que con la vista, me fijé en el armatoste sobre cuya mesada se apoyaban, además de la obsoleta máquina de escribir, numerosas piezas

difíciles de reconocer en medio de la heterogénea dejadez. Y no sé durante cuánto tiempo guardé silencio.

Duros venían resultándome los ribetes de mi nueva condición de tallerista de máquinas. Especializado y hecho de cierta fama en construir piezas de recambio casi tan perfectas como las originales, supliéndolas con éxito, las máquinas que llegaban a mi taller eran generalmente decrepitas, comercialmente descartadas, y había que devolverlas a la vida útil para que continúen ayudando a matar el hambre de la depauperada clase usuaria. Yo las odiaba, pero también a mí me ayudaban; eran mi pan. Del mismo modo, odiaba mi taller, pero era mi reducto de hombre libre, la dependencia reducida a su mínima expresión.

La culpa de que fuera mecánico la tenían quienes a los diez años me arrojaron a un taller, entre otras cosas, por sustraerme de mi febril vocación musical. Es que pertenezco a una familia extemporánea, de esas que colocan al músico en una escala apenas superior a la del mendigo que defeca en las veredas.

Me endilgaron un oficio que me ayudó a vivir aborreciendo todo lo que hacía. Los golpes del martillo me pasaban por el estómago desalojando para siempre a los tañidos del arpa. Si al menos, hiciesen que abandonara mis estudios, quizá, tiempo al tiempo, sin alternativa posible, me hubiera conformado como tantos. Entonces la mecánica sería mi punto de apoyo vital y único. Mas no fue así. Mi padre, rico hacendado al comienzo de mis recuerdos, arruinado después y muerto en los trajines de patriarcales defensas, no dejó fortuna pero sí un apellido vacilante entre la cultura y la presunción. Mi madre, maestra de expoliada juventud, jubilada al cabo con lo estricto para cubrir la vergüenza, tuvo no obstante el coraje de retirarse a una morada amarga donde aprendió a luchar sin remilgos, contando en los peores tiempos con sólo y nada más que la fe puesta en los hijos entre quienes me destacaba por la edad, y sin dejar de evocar su ancestro un solo día, tanto que el aprendiz de mecánica se vio obligado a perseverar en el peregrino afán de redimir el nivel caído.

Y aconteció un día que el nombre del aprendiz estudiante apareció integrando la lista de los deportados por actos sediciosos para dolor y desconcierto de mi lustrada familia.

Arrojado a playas desconocidas, me deslumbraron los ajenos amaneceres. Y fue entonces que el estudiante trepidó y el aprendiz lo salvó del hambre. Pero comenzaron a llover cartas en las que mi madre, temerosa del posible receso, me ordenaba marchar sin desmayos, cueste el hambre que costare, hacia la soñada meta que se me reservaba: la de Doctor.

Y debí continuar a cualquier precio y sin importar los medios. ¿Quién dijo sacrificio? La vida no valía tanto como el saber, y sobre todo, el título.

Y estudié, pero mucho más viví. Aprendí de lo estudiado, pero mucho más de lo vivido.

Por fin, vientos nuevos empujaron mis cansadas espaldas. Y fogosamente impelido, regresé a la tierra de mis dolores, donde la primera en abrazarme fue mi adorada madre. Y la primera en hurgar en mis bolsos buscando el título. Pero mis bolsos traían sólo polvaredas y sudores. Mi vuelta respondía principalmente a la pujanza de nuevos vientos en cuyo torbellino se vaciaron mis afanes académicos ni bien hube pisado el terruño. Mi juventud, macerada según los duros dictados de mi madre, ardió al primer contacto vivo con las multitudes en ascuas. Y entonces, todo lo que me faltaba saber, lo que nunca se aprende por entero de los libros y las aulas, lo aprendí. Era que un torrente humano movido por el fogoso lema de «Libertad o muerte» me arrolló sin remedio, y rodé. Pronto me amalgamé sin embargo, pero hube de continuar rodando.

Los estribillos callejeros blandían temerarios destellos, y las consignas cubrían todos los muros de la ciudad. Leyendas hechas canciones ascendían a las torres y se columpiaban en los altos andamios.

Al esgrimir de pronto un emblema de hombres libres, no podía sino sentirme un verídico soldado de mi propia emancipación. Formidables libros me acompañaban ahora y compartían mis utópicas vigiliass; libros con títulos de inusitada arrogancia que me insuflaban ansias de asaltar las barreras puestas al pensamiento juvenil por los sanchopanzas de la educación. Y con el alma ahíta de pólvora, me lancé a la conquista de una cultura simple y entera, acorde con mi nueva temperatura.

¡Adiós, carrera universitaria! ¡Adiós, vaticinios de mi madre! ¡Adiós, estéril perseverancia por colocarme en la tibia fila de los profesionales obesos!

Quemé los textos, los apuntes, toda la utilería para sonámbulos, y me aboqué a la elaboración de una sabiduría que fuera mía, sin huellas de manoseos. Ahí tenía puesta mi nueva puntería.

El taller me lo había armado yo mismo, a fin de subsistir. Y desde ese trampolín pensaba saltar al universo de las luces y la belleza. Compartían mi diminuto aposento desde Victor Hugo hasta Zola, desde Voltaire hasta Kropotkin. Posteriormente, estando en prisión, conocí a Neruda bajo las portadas de Gustavo Adolfo Becker o Rubén Darío, a quienes guardo eterna gratitud por la cobertura.

Felizmente, aquellas rejas no duraron más de seis meses, y entonces, con mis amados ídolos y un paquete de versos míos bajo el brazo, nuevamente abrí las puertas de mi lírico taller.

Entre el polvo acumulado sobre la mesita del cuarto recuperé la fotografía de Alba, mi pequeña, ya de cinco años, pues entre todas las ligerezas cometidas, me había casado. No podía precisar cuándo lo hice, pero no olvidaba el hecho de que mi mujer jamás me visitara estando preso. La pesadilla había cesado, pudiendo haber sido yo una de las primeras bajas rebeldes en una lucha sin héroes. A Neruda se le sumaron sucesivamente Vallejo, Guillén, Campos Cervera y una decena de noveles asteroides hispanoamericanos. Entre las viejas máquinas que llegaban a mi taller, algunas ostentaban borrosas calcomanías francesas, induciéndome a revivir en lo hondo al progenitor de los perínclitos duendes de la Corte de

los Milagros, mi gran maestro, o imaginar al severo Zola, cubierto de polvo, reconviéndome desde el estante donde yacía, por mis desviaciones tan próximas al sentimentalismo. Eran puras reminiscencias, ¡claro!, un tanto vergonzantes, últimos rescoldos de idealismo pisoteados por la derrota.

El fuego, ahora refugiado en el herrumbroso submundo de una poesía consustanciada con las viejas máquinas, me otorgaba el mérito de sobrevivir sin sentirme enteramente descartado, cohabitando en las noches de la patria con la lumbre del candil y las luciérnagas, y soñando con nuevas coyunturas cuyos signos presentía entre la telaraña del silencio.

Habíamos quedado en que me aparté de Vilma molesto por el papel que me tenía asignado. Al hacerlo le dije:

-Creo que te equivocaste de puerta. El comprador de hierros viejos es mi vecino.

Vi paralizársele las manos. Luego se le enrojecieron los ojos. Y finalmente, como una niña que busca desahogo, se arrojó sobre mí prorrumpiendo en sollozos:

-Entonces, yo le men-tí a ma-má -tartajeaba de un modo que daba lástima.

Le puse el brazo en el hombro, le sequé las lágrimas y hasta creo haberla besado en la frente.

-No, aseveré con acento emocionado, no le mentiste a tu mamá...

Al ratito se secó las mejillas con el dorso de la mano y me sonrió agradecida.

En tu taller, comenzó diciéndome con algo de duda, pensé que se podría...

-No te preocupes, la interrumpí. Tomé el primus al que faltaba dar bomba; te ayudaré, concluí resuelto; para eso vine, ¿verdad?

Puse una olla y eché aceite, algo de aderezo y la carne. Jamás vi persona con tanta gratitud en los ojos por tan simples hechos. En cinco minutos, estaba la sopa lista y servida en dos platos: uno para la madre y otro para Miguelí que espiaba metido tras los horcones, quietecito y mudo.

A su vuelta del cuarto, Vilma puso la leche para el padre, a quien ayudó a beber con calma impresionante. Yo la observaba cada vez más convencido de que no sólo necesitaba y merecía la ayuda de alguien sino, además de que ese alguien debía ser yo.

Al minuto, ya terminado el almuerzo, Miguelí apareció anunciando la presencia de un fulano, comprador de cierto carro a mulas. Venía con las bestias para llevarlo. Vilma se puso contenta.

-¡Qué suerte!, dijo, él puede ayudarnos con las máquinas.

En efecto, no había más que arremangarse y alzarlas al carro.

Traqueteábamos venciendo las laderas y el arenal. Miguelí no nos quitaba la vista hasta perder al vehículo detrás de los bosquecillos de chircas.

Yo evitaba mirar a mi compañera por temor a que fuera descubierta mi recóndita preocupación. Unas máquinas oxidadas y un mueble desvencijado por la humedad ocupaban todo el espacio útil del carro. Nosotros, apretados junto al conductor nos achicábamos cada vez que éste giraba el látigo.

-Lástima de mi papá, dijo Vilma de pronto como pensando en voz alta; se nos va y nos quedamos pelados.

El duro silencio resultante se llenó de chasquidos. El novel carrero los ensayaba con la lengua en tanto azuzaba a la mula. Lo noté molesto cuando Vilma mencionó la situación en que estaban quedando. La razón de ello hube de saberlo más tarde, y era que el carro y sus arreos iban en pago de pequeños favores en efectivo demandados por la enfermedad, resultando así una pichincha pagada en cuotas. Tal vez el hombre quiso decir «lo siento» pero le salió lo contrario: -Si yo no llevo el carro, lo lleva otro, dijo.

Y el silencio se tornó de plomo. Entonces caí en la cuenta de que hay enfermos que tardan en morir más de lo conveniente. Por fuerza entré a pensar cuán poco les quedaba por vender. ¿Después, qué harían?

En ningún momento habíamos hablado con Vilma de lo que pretendía por las máquinas, y a la altura en que habían llegado las cosas, mencionarlo resultaría una torpeza. Entonces mecánicamente extraje la billetera y le entregué una suma. Un adelanto, le dije. Ella me miró a los ojos y tomó el dinero sin atreverse a contarlo. Pasado el momento, me dijo todavía enternecida: «Yo hubiera querido que las negociaras primero».

Por toda respuesta, la abracé, creo que tiernamente. El carro andaba a paso de tortuga bajo un sol que estallaba sin piedad sobre la bestia uncida «Jheepyyy», gritaba sudoroso el carrero. Por ahí, la mula agobiada pegó un tirón pataleando en la cuneta cenagosa; tascó luego el freno con violencia y afirmó los remos en las rocas. Estábamos en la avenida. Vilma se levantó de mi lado diciéndome: «Si llego tarde, pierdo puntos; tomaré el tranvía».

Se apoyó en mi brazo, luego en la vieja máquina de coser y saltó a tierra sin esperar a que el carro parase. Quedé mirándola correr hacia el cordón opuesto, donde, se detuvo gritándome: «¡Hasta pronto, y muchas gracias!»

Eran como las tres y media de la tarde. En el carro, bajo un sol impío, continué fijos mis ojos en los oxidados hierros, fija la mente en Vilma, tan ajena y próxima a la vez, dándome la impresión de ser un dolorido miembro, algo muy emparentado con mi yo físico. Me sacudí la cabeza como perro acosado, y tomando a mi propia realidad, recordé con fastidio que ese día era sábado, día de pagos, y que el dinero gastado era parte de los haberes debidos a mis ayudantes del taller. Nunca antes les había fallado.

Al cabo de unas treinta cuadras desembocamos en la calle Brasil. El sol había perdido parte de su poder quemante. Llegado que hubimos frente al taller, pude ver a mis ayudantes apostados en la esquina, escudriñando impacientes las aceras. Como no me esperaban viajando en carro, caminaron a mi encuentro algo remisos. Pero era sábado. Me ayudaron a bajar la curiosa carga. Y al punto, el buen carrero gritó: «¡Jheepyyy!»

## Capítulo II

### Mi pequeña Alba

Mayo trajo lluvias y se vinieron los días frescos. Todas las tardecitas yo solía caminar veinte cuadras para ver a mi hija. Generalmente la encontraba tomando la cena. La ayudaba a terminar su plato y jugábamos hasta verla cansada. La dejaba dormida en su cuna y me iba, despidiéndome sin ruido u omitiendo el saludo simplemente. Media hora más tarde, un tranvía me dejaba frente a mi taller donde me esperaban ciertos amigos con quienes discutía sofisticados problemas estéticos o políticos. Por último solo y supuestamente feliz, escribía, rompía papeles, escribía.

Un día sábado me desperté bastante tarde. Al abrir, mis muchachos me saludaron con una sonrisa cómplice, principalmente uno de ellos, el más antiguo y de mayor confianza. El sol, ya alto, me obligaba a cubrirme el rostro.

Atendí varias llamadas telefónicas equivocadas, y cuando me dispuse a trabajar llegó Ortiz, mi amigo periodista, jovial y severo al propio tiempo. Por todo saludo me anunció:

-«La Tribuna» te publica mañana «El Adiós», malísimo; un lloriqueo en versos; así no llegarás al premio Nobel.

Pasamos al trascuarto. Mi crítico se echó en mi catre y comenzó:

-Si pensás escribir seriamente dedícale mayor tiempo, y... tenés que leer.

-¿Leer aquí, donde los libros son artículos de lujo? Además, un amigo que te preste un libro, es otro lujo. ¡Claro!, me refiero a libros; lectura barata hay a montones.

-Ningún problema... me espetó mi amigo. Tomá esa vieja máquina y leé en ella los años de inútil sudor, los pésimos salarios, los alquileres impagos, las veladas a mate y maíz tostado, los reumas prematuros, las múltiples frustraciones de la costurera...

Al fijarme en la máquina, inmediatamente se me representó el angustioso cuadro descubierto en casa de Vilma. Me detuve pensando en ella, a quien había dejado de ver.

-De acuerdo, respondí, pero ¿no es el arte inspiración y sinceridad?

Me contestó que sí, pero que un poeta con ideas humanistas debía escribir pisando tierra firme, sin descuidar el honesto contacto con lo cotidiano.

Se me vino una frase leída en alguna parte: «Sin partir del sufrimiento, la poesía no puede descubrir la perfecta alegría». De acuerdo. Mi amigo tenía razón. Pero también un poema de amor que parte de un sentimiento real es auténtico, concluí en un murmurio, más buscando justificarme conmigo mismo; mucho más que el mejor panfleto poético.

-¿Amor dijiste? En todo lo que nos rodea hay amor. Sólo es cuestión de saber descubrirlo. Lo tuyo es erotismo sentimental que excluye la angustia del contorno.

Pensé por un instante que mi amigo negaba al erotismo su función motriz en las mejores creaciones estéticas. Se lo dije, y él me replicó:

-No exageres; cada tarea humana a su tiempo. Hacer poesía no es historiar ni apegarse a módulos tradicionales. Bien, pues ubícate en tu tiempo y creá. Tus poemas pueden seguir siendo de amor pero deben realizarse con todas las palabras, todos los ritmos, amores y odios propios de tu época. En la esquina donde esperarás a tu chica, sufriste no solamente vos; otros habrán escupido allí seguramente la amargura de algún fracaso o habrán logrado la alegría que se te esquivo a vos. No es amor el que llora frente al espejo sino el que lucha y se realiza pese a todo.

A Ortiz, apenas podía comprenderlo. Habiendo leído sus artículos dominicales en La Tribuna, estaba seguro de no haber notado en ninguno su reiterativa preocupación por lo popular y lo auténtico. «Creo que tu fuerte es la crítica literaria, le dije con algo de sorna, te sugiero te dediques a ella con esa honestidad que es tu prédica, y te dejes de apologías para mentecatos de la oligarquía sabihonda».

Se molestó.

-Juan, me dijo, no quise ofenderte; sos mi amigo y creo un deber de amigos el señalarse los errores. Por otra parte, es mejor que te critique yo, frente a frente, antes de que tus colegas poetas te llenen de rótulos las espaldas, que para eso tienen talento. En cuanto a tu consejo, me parece justo, te lo agradezco, y podés creerme que no me ofende ni así. Solamente que si me dedico a la crítica me leerán cuatro gatos rabiosos, prontos a dar arañazos, y nadie más. Es una manera fácil de suicidarse para un periodista. Tengo mi modo de luchar, podés creerme, pero no arriesgo mi pan.

-¡Ya lo ves!, me exalté, somos todos tibios, compañero, nada envidiables. ¿Conocés realmente la lucha? ¿Alguna prisión? ¿Te has postergado por sumarte a algún movimiento popular?

Ortiz consultó el reloj. Por toda respuesta me dijo:

-Le agregué una estrofa a tu poema. ¿Me perdonás? Le faltaba un fin vibrante. Chau.

Lo seguí hasta la puerta, pero me dejó con la palabra en la boca. Cruzó la calle al disparo y lo vi colgarse del tranvía que en ese momento pasaba.

Gasté el resto de la mañana haciendo y rehaciendo cuentas en procura de que mis ayudantes pudieran conformarse con el ingreso particularmente exiguo de la semana. En la anterior se habían borrado mis reservas al tener que reponer lo invertido en las máquinas de Vilma. Afortunadamente, al igual que todos los trabajadores del país, mis ayudantes, sin alternativa cierta, se adaptaban sin mayores problemas al diámetro de mi cinto, determinado por cada nuevo agujero.

A las doce dadas por el reloj de la Catedral, ya se habían marchado todos. Cerré dejando como siempre lo hacía entornada una hoja para dar paso al aire. En la calle caían gotas aunque el sol brillaba de tanto en tanto.

Bien liviano de ropas, me lavaba junto a la canilla cuando sentí pasos en el taller y una voz conocida:

-¡Hola! ¿Cómo estás?

La sorpresa me agradó, más aún porque no dejaba de pensar en ella. Pedí disculpas por la facha.

-Estás en tu casa, me replicó ella, estás en tu casa.

-Y en la tuya, le dije contento.

Era Vilma. Revelaba sosiego en el semblante. Cualquiera en ese momento la tomaría por una chica feliz. Pasó a curiosear en el trastero donde las colillas esparcidas por el piso daban cuenta de reciente visita. Hablaba y actuaba con seguridad. Con un suspiro de alivio se tiró sobre el elástico vacío. Quizá notaría que si llegaba diez minutos antes debía pasar de largo. Lo comentó risueña. Yo la contemplaba desde la puerta, continuando con mi afán de quitarme de las manos herrumbres y grasas de la media jomada.

-¿Por qué habías de pasar de largo? ¿Por la visita?

Hizo que sí con la cabeza. Le expliqué lo del amigo periodista que me visitaba cada vez menos y me criticaba cada vez más. Lo decía como hablando solo, desembuchando un íntimo reconcomio, ajeno al momento.

-¿Cómo estás vos? Parecés cansada.

La veía menudita, apretadita dentro del delantal. Su confianza lograba que renaciera en mí la mezcla de afecto y paternalismo del primer día.

-Cansada no, me respondió; al contrario, por fin respiro; ayer legó de la Argentina mi hermana casada; se quedará hasta que mi mamá se recupere. ¿Te imaginás eso?

-De modo que tenías una hermana casada; eso me pone contento, siento tu alivio como si fueras mi propio ser.

-Es una hermana que apenas suele escribirnos, y esta vez, al enterarse de nuestra situación, se vino, reflexionó ella. Realmente, nos dio una sorpresa. Yo no creía que pudiera venir. El marido es un tipo medio viejo y muy celoso; no la deja ir sola ni a la esquina. No sé como pudo venir. ¿Son celosos todos los hombres?

Hecha la pregunta, cambió de tema sin esperar respuesta:

-Ahora podré estudiar un poco y acabar mis benditos exámenes; por quince días no miraré una olla ni una escoba, ¡qué alivio!

-Comparto, tu alivio, le recalqué, ¿vas para tu casa?

-No. Resolví quedarme en el centro, estudiando, hasta las tres. Tengo práctica.

Continuaba echada sobre el elástico, de cara al techo. Toda olla me parecía cambiada. Se manifestaba con claridad, notablemente comunicativa.

-Así que sos escritor... se introdujo bruscamente en mi mundo, buscando mi reacción con la mirada.

-Más o menos. ¿Y Miguelí?, evadí el asunto aludiendo al pícaro hermanito. Seguro que andará haciendo de las suyas.

Vilma asintió con una sonrisa. Luego precisó: Es indomable pero lo quiero mucho; es como si fuera mi propio hijo.

Y quedó callada. Al rato noté que tenía los ojos cerrados, y esa muestra de total confianza sin haberse siquiera asegurado de quién era yo, me impresionó. Pero, pese a ello y a que no podía tener una pizca de duda acerca de su honestidad, la tentación de averiguar hasta dónde podía llegar esa liberalidad, venció en mí. Su natural y simple comportamiento rebotaba en mis anticuados cánones. Necesitaba la certeza de si la situación que se me presentaba respondía o no a un furtivo impulso erótico. Dominado por ese pensamiento fue que me dirigí a la puerta. Pero antes de actuar, se me presentó la duda: ¿Debía cerrarla? ¿Y si lo que pasaba en esa cabecita núbil no fuera precisamente lo que a mí me obsedía? ¿Y si fuese yo a decepcionarla y a tener luego que resignar mi pobre orgullo machista?

Cerrada la puerta, quedaríamos atrapados en una soledad que suponía llena de emociones inéditas. Empecé sin embargo a dudar, y una cosa parecida al miedo me invadió obligándome a desistir y volver junto a ella. Sentado al borde del elástico, la recorrí toda entera con la vista. Comencé por sus pies, pequeños, que ahora lucían discretas sandalias nuevas, detalle que me enterneció. Sus piernas, ya conocidas, me gustaban. Sus rodillas, pulcras, ligeras, me parecían perfectas, casi tanto como mi arquetipo de lo bello. El ruedo del delantal me impidió el acceso más allá. Anduve imaginariamente por los valles y colinas de las ingles y caderas, los pechos, el cuello, la boca tenuemente retocada al carmín. Cuando torné a sus ojos, los tenía de par en par abiertos. Me sonreían. Por alguna enrevesada razón yo hubiera preferido aquel rubor del primer día.

-Gracias por la hospitalidad, me dijo levantándose; debo continuar mi camino.

-¡Cómo!, atiné a decir, contrariado, aunque interiormente complacido por errar. ¿No te quedarás a comer conmigo? Quedate, le rogué, iré a buscar el almuerzo, comeremos aquí y leerás hasta la hora que quieras.

Y otra vez creí entrever en su actitud un fondo de zozobra. Estuvo mirándome sin responder. Sus ojos muy abiertos indagaban indudablemente la maraña de mi pensamiento:

-Te cuidaré bien, le aseguré paternal mientras me vestía de prisa; podés tenerme plena confianza.

En el momento de salir me tomó del brazo. Me obligó a sentarme a su lado. Noté que no encontraba la frase apropiada para excusarse. Bajando la mirada, humildemente me habló: «Sos una buena persona, pero sos varón; no está bien que me quede».

Y se puso de pie. La seguí hasta la puerta y decidí salir con ella. En tanto yo cerraba, aguardó confusa, refugiada en sí misma, ganando la angosta sombra del dintel. En vano habría buscado la razón que me explicase su conducta.

-Entonces, te invito a comer algo en el bar de la avenida, insistí, rogué casi, presintiendo un súbito vacío en esa coyuntura de mi soledad, sin ella. Empezaba a necesitarla. La necesitaba, sí, sin jugar a dudas. Afortunadamente, caminó a mi lado sin decirme ni sí ni no. Fijándose de reojo en mi reloj, dijo pensativa:

-Las doce y media.

Luego, sonriente:

-Hasta ahora no conozco tu nombre.

Un tanto rudo le pregunté si ésa era la razón de su desconfianza. No contestó.

No me lo habías preguntado, agregué entonces, y yo no tengo amiguitos que te lo digan en coro.

Pensó un instante y se echó a reír.

-Tenés buena imaginación, ¿sabías? ¿No se te ocurre pensar que esa imaginación tuya pudiera ser la causa de lo que vos llamás mi desconfianza?

Se había apoyado en mi brazo. Siguiéndole el juego la abracé, la estreché con fuerza hasta hacerle sentir la vibración de mi cuerpo. No se quejó.

En las calles ya vacías, el único ruido que escuchábamos provenía de un tranvía que penosamente escalaba la cuesta de Ciudad Nueva, a lo lejos.

La idea de que fuéramos los únicos capaces de romper el rito tradicional de la siesta se me vino repentinamente, poéticamente envuelta en la voz de mi compañera que canturreaba una cancioncilla popular. E impensadamente, la voz dejó la tonada para lanzarme:

-¿Sos casado, verdad?

La miré y ella bajó la vista. Al punto pensé que esa duda era la causa real de los altibajos en su comportamiento. Pero, ¿por qué buscaba mis atenciones y me permitía que la abrazase?

-Ni soltero ni casado, le contesté irónico.

-¡Qué raro!, sonrió, ¿es un nuevo estado civil?

Puesto que creía llegado el momento de la verdad, la encaré con franqueza:

-Ni un nuevo estado, ni nada raro; estuve casado, pero para mí ésa es historia antigua.

Ningún mohín pude notarle en la cara. Obviamente, aquello le importaba poco. Pero vino otra pregunta con una sonrisa especial:

-¿Tenés hijos?

-Sí, una niña, se llama Alba, un poco crepuscular, quiero decir triste; la madre no pierde oportunidad para decirle de mí las peores cosas. A veces me pregunto si seré realmente el monstruo que ella pinta.

-Quisiera conocer a tu hija, se entusiasmó; ¿qué edad tiene?

-Cinco años, está con la madre, a veces consigo traerla por un día.

-¿Cómo es ella? ¡Contame!

-Con extraños se muestra un poco huraña, pero apenas estamos solos, se transfigura, es, como si de repente tuviese alas.

-Se nota que la querés mucho, reflexionó entonces Vilma; un día volverás con tu mujer por Alba.

Pude verle en los ojos el mismo signo de dolor del primer día. Sin embargo, su semblante se iluminó enseguida con una sonriente pregunta:

-¿Cuándo la traés?

-El próximo sábado; le prometí llevarla de paseo a Areguá, con el tren. ¿Te gustaría acompañarnos?

-¡Sí, claro que sí!, me contestó radiante. Traeré mis apuntes para leer algo, si puedo. Me encanta viajar en tren. ¡Qué fiesta magnífica!

También a mi pequeña le fascinaba viajar en tren, y era de esperar que le agradase la compañía de Vilma.

En el interior de «Las Delicias», el aire estaba saturado de aderezos y vahos alcohólicos. Una botella de Toro blanco presidía nuestra mesa. La sonrisa de Vilma, francamente recuperada, me hacía feliz. La miraba cada vez más atraído. Era ésa una atracción espontánea tal vez mágica, independiente del deseo puramente físico. Era, por otra parte, una atracción para la cual ella no aportaba malicia alguna; había que reconocerlo. Ni ella ni yo nos la habíamos propuesto. Un mechón ensortijado danzaba sobre su frente morena y tersa, en visible contraste con las caras parroquianas ahítas de sudor y asediadas de moscas. A medida que se vaciaban los vasos y se renovaban las botellas, las voces discutiendo ridiculeces futboleras ensordecían.

-¿Algo más, señor?

El mozo se me hizo oír tocándome en el hombro y apartándome mi abstracción medianamente avinada.

-No, gracias. Sólo la cuenta.

De comer ya nada deseábamos, ni de beber. Al salir miré el reloj cuya aguja solitaria temblaba sobre el punto de las trece. Y al darme cuenta un poco aterrado de que el péndulo se mantenía quieto, sentí calor. Miré a mi alrededor buscando a quien pudo haberme notado víctima de semejante bobería, y descubrí entonces que a cada cual solamente le importaba su estómago. Me hubiera detenido a indagar si el temblor de la aguja era cosa real o simple fenómeno óptico si Vilma no me hubiese sustraído de mi campesina curiosidad hablándome del mareo que sentía. Además, ella iba delante. Al tratar de alcanzarla, sentí cierta sobrecarga en las piernas. La ley de gravedad o el vino me hacían trampas. Acostumbrado a dormir la siesta, no deseaba otra cosa que irme a la cama. Así llegamos a la esquina donde un centenario Ybapobó presidía la avenida y un barredor de calles roncaba imperturbable a su sombra. Ningún perro habría dormido tan feliz como ese hombre.

Al doblar por Brasil, tomé a Vilma por la cintura y comencé a besarla. Renacían en mí la brutalidad que creía superada. Aprisionándola desconsideradamente la conduje al taller, y una vez allí, mientras abría la puerta, la observaba. Menudita, morena y triste, me dije de pronto, y mi pensamiento voló hacia mi hija. La puerta se abrió, me metí en el hueco y le pedí perdón:

-Debo admitir que cuando el macho domina en mí, desaparece la buena persona. Nos veremos el sábado, le dije; ¡adiós!

Mi cariño hacia la pequeña Alba superaba cualquier afecto imaginable. Todo lo que de ella me separaba no hacía sino aumentarlo. Por eso, cuando Vilma mencionó la hipótesis de mi regreso al lado de Berta por mi hija, nada dije, pero una espina se me clavó en alguna parte esencial. Nada podía pensar de Berta que no se relacionara con el fino odio que nos profesábamos, y estaba seguro de cuán insufrible me resultaría un solo día con ella.

Tumbado sobre el catre, mirando las mohosas tejuelas, vanamente le buscaba la trama a mi gestión sentimental. El peso enorme que soportaba mi conciencia de padre me lo impedía.

Pese a la seguridad sobre mi aptitud para tal función, el fracaso se me patentizaba al solo pensar en Berta. Me enervaban el odio y las amenazas que partían de ella y su parentela. Si todo no quedara reducido a masculladas habladurías, ya me verían convertido en cerdo embalsamado o algo por el estilo. ¿Cómo no fastidiarme pues con la aparente amistad entre Berta y yo? Solamente Alba me llenaba y fortalecía. No podía olvidar que haya reñido con la propia madre por querer acompañarme la última vez que fuera a buscarla. Ninguna duda me cabía acerca de su preferencia por mí. El próximo sábado pasaría por ella a las siete, pues el único tren salía cerca de las ocho y media. No pude evitar un aleteo de emoción por adelantado.

Amaneció un día excepcionalmente espléndido para que fuese de otoño.

En la calle, la mañana tibia invitaba al gozo. Alba se me colgó del cuello al despertarse con mi voz y me besó. La ayudé a vestirse de prisa. La madre hacía como si nada viese. Permanecía acostada, y recién cuando salíamos dijo «chau». Corrimos hasta la avenida donde llegamos juntamente con el tranvía, y media hora más tarde estábamos en la puerta del taller. Alba lucía radiante, ceñida en un vaquerito azul. Acaso ni a la luciente mañanita otoñal podía compararla.

Vilma fue puntual. A poco, en el extremo de la calle donde la avenida nacía, su inconfundible silueta apareció. Marchamos a su encuentro, y juntos los tres caminamos en dirección al ferrocarril. En un gesto muy feliz por lo inesperado, Vilma extrajo de su bolso una rosada muñeca de plástico. Al verla, y sin esperar a que se la diera, Alba saltó con ansias a tomarla. De felicidad, las manitas le temblaban. Vilma había previsto como ganarse su confianza y no se equivocaba. Ahora, una niña distinta corría por delante saltando y riendo a lo largo de la vereda. Entonces caí en la cuenta de que aquella era su primera muñeca, regocijo insustituible que ni Berta ni yo le supimos ofrecer. Mustios de corazón, habíamos olvidado tras el absurdo expediente de nuestras disputas purificantes el

pequeño y femenino corazón de nuestra hija. Alba izaba cuanto podía su rosado júbilo invitando a todo el mundo a compartirlo.

-¡Qué sencilla es la felicidad -le dije a Vilma que la miraba absorta- y qué difícil!

-¡Y qué fácil!, me replicó entonces ella; no podés imaginarte la importancia que adquiere una muñeca en brazos de una niña.

Secretamente hube de reconocer su dedo acusador. La agudeza con que captaba mis limitaciones me obligó a buscarme justificación:

-Debiste haber llegado antes; contigo se puede tener una niña feliz, le dije.

Y me respondió otra sonrisa:

-¿Qué edad tiene tu mujer?

Veía venir esa pregunta. Adivinaba en ella un atisbo de competición embozada. Respondí sin prisa:

-Veintisiete años.

-Lo suponía, suspiró, ¿y vos?

Le dije treinta. Quería saber adónde conducía su juego. Me daba cuenta de que empezaba a revelar su verdadera personalidad, y de que algo se aderezaba en su agitada cocinilla académica. Para entonces habíamos llegado a la estación, yéndonos a ocupar nuestros asientos en el vagón posterior, Vilma y yo frente a frente; Alba al lado de papá. Ningún soborno ni otra nueva muñeca hubiese conseguido una concesión de lo exclusivo. Vilma me hacía señas al respecto. Yo, en respuesta, le guiñaba.

-La tristeza de tu nena se explica, observó de pronto al cabo de alguna reflexión; los mayores tienden más a preocuparse por alimentar su egoísmo; eso es todo; suelen envejecer peleando. Uno más que otro quiere ser el infalible, y ante el fracaso actúan como Pilatos. Si tienen estudio, peor. Ninguno se atreve a mostrar el niño que te llora dentro. Yo puedo comprender a tu hija porque todavía me gusta acariciar una muñeca. A su edad tampoco la tuve.

Me resultaba brusco el cambio que notaba en Vilma. Se había desvanecido en ella todo rastro de la apariencia ingenua y asustada del primer día.

Oyéndola, hubiera podido imaginarme, si quisiese, una de esas incisivas crítonas que la generalidad de los hombres teme y detesta.

-Sabés mucho para tu edad, le dije, mucho más de lo que demostrabas.

Y su réplica fue contundente:

-Ya me tragué seis años de magisterio, pilas de libros y dictados, todo sobre el niño. Es un buen tema para teorizar. En eso lo han convertido.

El tren lanzó una pitada corta; luego una larga con falsete, y partió sin prisa. Alba disfrutaba agitando los bracitos fuera de la ventanilla, en una mano la feliz muñeca, en la otra un saludo para cuanta gente veía.

Su dicha era clara como el día en elocuente contraste con su adustez de costumbre.

Llegamos a las nueve y media. Desde que hubimos abandonado el tren, la brisa nos anticipaba el grato clima del lago. Cruzamos la ciudadela de Areguá observando a cada lado de la calle mayor numerosos vestigios de alguna prosperidad pretérita. Descendimos animosos y festivos por la pedregosa y casi desértica pendiente que conducía a la playa. Tuvimos que trotar medio kilómetro para no perder de vista a la impaciente Alba que se nos adelantaba por una cuadra dando gritos. El espacioso lago con un enorme cielo dentro la excitaba. Cuando tornó a nosotros, descansábamos de la corrida a la sombra de un frondoso ingá, a pasos de la orilla. La cambiamos de ropa, nos cambiamos al amparo de unas matas y fuimos al agua. Teníamos un día de verano en pleno mayo exclusivo para nosotros.

Al rato notamos que Alba nos observaba. No le quitaba el ojo al cuerpo en malla de la nueva amiga. Me miraba como interrogándome, llena de ansiedad.

-Hubiéramos traído a Miguelí, así jugaban, le susurré a Vilma.

Es que yo iba a pasar el día con una compañera, estudiando naturalmente, respondió muy lista.

Alba se echó a reír compartiendo nuestro buen humor. Muy seriamente nos disponíamos a disfrutar de esa escapada tan especial para todos.

-¿En qué ha quedado la teoría de los padres egoístas? -pregunté festivo.

-Esta es mi venganza, me gritó Vilma riendo.

Nos detuvimos con el agua a la cintura, con Alba llevándola entre ambos y ayudándola a flotar. En un descuido se nos zambulló, y eso bastó para que se resistiese a continuar. La llevamos entonces a la orilla donde quedó entretenida jugando con la arena. Volvimos a la parte más profunda, y ni bien allí, oí su vocecilla gritándome: ¡Papáa, papáa, no se vayan lejos!

Le respondí que ahí nomás nos quedábamos, que la estaríamos cuidando, y se sentó a jugar tranquila. Aprovechó Vilma para quejarse mimosa:

-También a mí tendrás que cuidarme, porque tampoco yo sé nadar...

Andando de rodillas, el agua le llegaba al mentón. La cabellera, en la que no me había fijado hasta entonces, flotaba en gracioso abanico a ras de las olas.

Un rubor apenas perceptible se opuso a mi contacto, un rubor sin fuerzas ante la atracción. Comencé a besarla y pronto llegó el momento en que ambos perdíamos el control.

-Te quiero, te quiero, te quiero, aunque no esté bien, te quiero...

Mientras los susurros sugerían palabras, las entrañas cantaban al unísono precipitando lo inevitable. Ya nada me detuvo, ni su gemido ni los gritos de Alba que llegaban irrumpiendo entre nuestros jadeos. Sintiendo poseída, Vilma lloró, no podía saber si de emoción o de pena. Por mi parte, la delirante opresión de su carne me inducía a otro tanto. Ambos, bebiendo la quieta vastedad del lago en un beso total, llorábamos.

Su boca encendida y mártir se me hacía una flor sangrante. Todo se había transfigurado hasta el punto que Alba, viéndonos fusionados en una sombra única, había gritado una y otra vez hasta acabar en desconsolado llanto. Era lo que, inmerso en la vehemencia; había creído escuchar, pero atrapados en tan diminuto tiempo de irracionalidad, todas las prevenciones habían desaparecido de pronto. En la nebulosa que nos envolvía giraban vertiginosos nuestros propios hálitos y gemidos, nuestras propias existencias en llamas y la voz hecha lamento de una niña abandonada de momento en el terreno de la irrealidad.

Al cabo del fantástico sueño, corrí hacia la orilla seguido de Vilma. Y mientras chapoteábamos resistidos por la masa de agua, pude escuchar una voz incorpórea que me preguntaba:

-¿Y ahora, qué va a ser de mí?

Alba, cesó de llorar apenas pudo vernos. Había en sus ojos un reproche que nadie sino yo podía comprender, un reproche que en lo recóndito me mortificaba.

Densos nubarrones aparecieron oscureciendo el lago. Gacha la cabeza, mojados y agitados por el viento los cabellos, Vilma sollozaba. Alba me preguntó compadecida:

-¿Por qué llora la señorita Vilma?

Trasladé la pregunta a mi compañera:

-¿Por qué lloras?

Sus ojos enrojecidos me comunicaron toda la violencia interior que yo no imaginaba. Luego me respondió con otra pregunta; una pregunta inolvidable:

-¿Es que los sentimientos no existen, por eso hay que convertir una hermosa amistad en instrumento de un instinto animal?

Quedé mirándola. A aquel rostro, a aquella boca, a aquellos ojos, jamás los hubiera creído capaces de tanta irritación. Estaban trasfigurados.

Profundamente contrariado, escuchaba el siseo de su llanto convulso. Finalmente reaccioné:

-Te equivocás, los sentimientos existen, y la amistad, la nuestra; cuanto más hermosa, más al borde del amor. Nuestra amistad nació bajo el signo de una atracción que no podemos negar. Todo nuestro comportamiento expresaba deseo, ¿o no te das cuenta de que ambos ardíamos?

-¡No seas malvado!

Me dio la espalda. Comprendía que no conseguía sino enfadarla mucho más pero continué alegando, sin poder evitarlo:

-Todos, circunstancialmente somos malvados; es una facultad impuesta al macho por la naturaleza. En cuanto a nosotros, debemos reconocer que llegó el momento de la verdad. Era absurdo continuar mintiéndonos, postergando inútilmente lo que, bueno o malo, debía suceder. ¿Qué sentido tenía buscarnos, estar juntos y al mismo tiempo evitarnos? ¿Por qué ayudabas al fuego que en mí prendía? Y ahora llorás. Francamente, eso es hipocresía contigo misma.

Se levantó presa de nervios, gritándome:

-Callate, por favor. ¿Me echás la culpa de todo por depositar en vos mi confianza y mi fe?

La interrumpí tratándola de exagerada. Yo no le echaba culpa alguna; sólo deseaba comprendiese lo ocurrido, hecho natural entre personas que se aman. Debí reconocer mi posible brusquedad, pero había actuado de la única manera que un varón pudo hacerlo para vencer las inhibiciones. El hecho, una vez consumado, la asustó; hecho irreversible, sucedido sin premeditación, obedeciendo a impulsos nacidos de ambos.

-No te culpo porque de nada sos culpable, insistí; pasó. No podíamos jugar con fuego sin quemarnos.

Se me abrazó gimiendo, y con voz entrecortada me suplicó:

-Tratame al menos consideradamente; comprendé mi situación.

-Te comprendo, Vilma, y estoy apenado. La atracción fue más fuerte que la razón; eso es todo. El sexo siempre se ha comportado así desde que el mundo es mundo. No busco atenuantes para mí. Es la verdad.

Algo calmada ya, continuaba, sin embargo quejosa:

-Si por lo menos hubieras esperado que me entregara, y si lo hicieras con suavidad..., pero lo hiciste brutalmente, debajo del agua, como un...

-Como un par de personas dominadas por el deseo, la interrumpí. ¿Querés a toda costa que me sienta culpable? Sin embargo sugería suavidad y esperar a que te fueras a entregar. En aritmética, eso es llegar a un mismo resultado por diferentes procedimientos. Lástima que en vos hayan enmudecido la maestra y la estudiante; sólo habla tu egoísmo herido. Por lo visto, deseabas jugar a la posesión sin ser poseída. Paciencia, Vilma; triunfó el demonio.

Una esquiva sonrisa vi dibujársele a su pesar; buen signo. Fue a la orilla donde se detuvo mojándose los ojos. Apenas la vio alejarse, Alba, que la miraba extrañada mientras yo la cambiaba, me preguntó al oído:

-¿Por qué te reta, la señorita Vilma?

-No, no me reta; hablábamos, nada más, le contesté.

Vilma demoraba en volver. Abrí el paquete de provisiones, descorché el vino y fui por ella. Debí usar de todo mi aprendido refinamiento para estimular su indulgencia e invitarla a comer. Me dio pena su triste sonrisa al tomar de mi mano el sandwich que le había preparado con lo mejor que había en el paquete. Finalmente almorzamos en medio de una calma muy semejante a la que suele seguir a una tempestad. Paradójicamente, una real tempestad estaba cerca y esta calma la precedía. En efecto, sobre la orilla opuesta del lago la densa cortina de un aguacero avanzaba hacia nosotros. Nubes oscuras y una fresca brisa nos anunciaban el fin del paseo. Cubrí con mi saco a la niña que se había dormido con su sandwich a medio comer. Alarmado por el brusco cambio, miré buscando algún posible refugio por los alrededores, divisé a corta distancia un rancho, y corrí a inspeccionarlo. Se hallaba sobre tierra seca, y si bien frágil, por fortuna podía cubrir contra un aguacero. Ya volvía cuando vi a Vilma con la nena dormida en brazos y el bolso de comestibles a la espalda marchando hacia el lugar. Me apresuré a cargar con Alba, y segundos después continuábamos comiendo bajo techo mientras afuera llovía. Por suerte, el incidente había contribuido a mejorar el ánimo de Vilma. Acabados los comestibles, continuamos con el vino, desde la botella, poco a poco trasladados ambos a la pura dimensión de imágenes. Nos acostamos luego cada cual de cara a nuestros íntimos y respectivos conflictos. Habitantes de una nueva desolación, subsistíamos aferrados a sueños, vivos merced en parte a esos sueños y en parte a las vibraciones carnales, irremediabilmente atrapados bajo la férula del sexo.

Despiertos finalmente gracias a los chillidos de Alba que se sentía sola viéndonos dormidos, apuradamente nos pusimos en camino a la estación de Areguá. Tomamos el tren de regreso a las cinco de la tarde. Ahora todo se desenvolvía normalmente. Vilma jugaba y reía con Alba sentada en su falda. Platicábamos. La niña nos miraba contenta, sin ansiedad, sin pelos aunque algunas palabras le resultasen misteriosas. Tomé el libro que Vilma se trajera pensando seriamente repasar algo durante el paseo, y me puse a curiosear en él. En eso estaba cuando escuché:

-Alba, Albita, feliz de vos que no tenés que ocultar lo que sentís. ¿Y tu muñequita?

Alba sonrió:

-Aquí está, mojadita y con frío.

Entonces la pregunta derivó hacia mí:

-¿Creés necesario que dejemos de vernos?

Alba la miró desorbitada. Vilma le aclaró:

-Hablo con tu papito.

-Decile a la señorita Vilma, le dije yo, que la necesitamos y queremos verla siempre, pero sin resentimientos.

-Queridita, replicó ella, decile a tu papito que el mío no es resentimiento sino dolor por una horrible caída y por haberseme roto mi linda muñequita de cristal.

Alba se puso seria al preguntarle:

-¿De veras, tenías una muñequita de cristal y se te rompió?

Los ojos de Vilma se llenaron de lágrimas.

-Sí, es cierto, la cuidaba mucho, la vestía de rosa, la perfumaba de esperanza, hasta que tuve una caída y se me rompió.

Alba suspiró:

-¡Qué pena!, pero no llores, te puedo prestar la mía, ¡claro!, la pobrecita no es de cristal. Y sonrió entre satisfecha y apenada. Vilma la miró al rostro enternecida, la besó y agregó.

-La tuya no; cuando crezcas tendrás una muñeca de cristal.

-¿Todas tenemos cuando grandes una muñeca de cristal?

-Todas, le aseguró Vilma; cuando la tengas, cuídala mucho. Nunca la llevés al lago.

Su triste semblante me confirmaba la emoción contenida en sus palabras. Pensé que si continuaba, acababa en llanto. Felizmente, por la ventanilla se divisaban, entre hilachas de súbita lluvia, las sombras de las primeras casas de la ciudad. Faltaba poco para llegar y el agua continuaba.

Cuando finalmente paró el tren, había lagunas en el andén y en todas partes. Decidimos descalzarnos. La lluvia arreciaba. Con Alba en mis brazos y apretados los tres bajo mi saco, chapoteamos en los raudales hasta el taller. Cuando entramos, el agua nos corría por todo el

cuerpo. Acosté a mi niña en el catre, la cambié y quedó dormida. Vilma se despojó de todo tendiéndose a su lado cubierta con la manta. Le alcancé una camisa y un pantalón míos y luego prendí el primus. Secar las ropas me llevó toda la noche.

Aquel retorno matizado de lágrimas y lluvia hubo que dejar todavía un saldo de peripecias para todos. Alba despertó temprano atacada de violenta gripe. Vilma, desvelada y nerviosa, se despidió prometiendo volver al mediodía. A poco la enfermita se puso mala. Aumentaban la temperatura y las molestias. Me pidió llorando la llevase a lo de la madre. Primeramente fuimos al doctor, de ahí a la farmacia y por último al tranvía. Trataba de endurecer los nervios y disponer el ánimo para un horrible exabrupto.

Regresé hacia las doce. Vilma no se dejó ver en todo el día; me pasé la semana sin noticias de domingo a domingo, tiempo suficiente para recordar y sopesar cosas y hechos. Para mí, la sugerencia de no volver a vernos adquiriría poco a poco el ardor de una herida. El pulso y los labios me temblaban y me invadían ideas inaceptables. Francamente, divagaba.

La producción del taller, en todo dependiente de la mía propia, fue en esos días pésima. Finalmente resolví llegar hasta su casa a buscarla. Había decidido hacerla mía definitivamente. Vendería el negocio e iría con ella al extranjero donde la haría mi esposa. A las seis de la tarde de un lunes desolado y frío dejé el trabajo y me vestí apresuradamente. Pensaba entre otras cosas cómo actuar en el futuro de modo a convencerla acerca del plan que me parecía estupendo. De pronto, al fijarme en la hora, recordé que Vilma estaría pronta a salir del colegio; faltaban quince minutos para las seis y media. Cambié pues el rumbo elegido poniéndome en marcha lo antes que pude. Llegué a tiempo a la esquina del vetusto edificio, comenzando a observar cuidadosamente a cada una de las que salían del hall y pasaban a la capilla. Me fijaba en todas. La cabellera anudada a la espalda me facilitaría reconocerla desde el portal que tomé por atalaya. Las que iban saliendo tomaban distintas direcciones. Creo haber estado diez minutos sin pestañear. Cuando vi a la última alejarse, mis ojos estaban secos. ¿Estaría enferma Vilma? ¿Se habría internado para no verme más?

Regresé aturdido, confuso. Permanecí en la puerta del taller buen rato sin decidirme a entrar. Me daba miedo esa soledad antes tan mía. Esa noche fui un triste fantasma recorriendo las calles en busca de amparo. Detenido en cualquier esquina, de repente vi un tranvía de la línea diez, que doblaba. Lo corrí como un adolescente, me colgué sin reparar en peligro alguno, viéndome arrastrado durante breve trecho hasta poder subir. En los portales y en las callejas la noche comenzaba. Sin haberme propuesto nada cierto, esta vez me iba. Al pasar la zona de las residencias, la avenida se ensombrecía notoriamente. Al paso del tranvía, empezaban a destacarse tímidas luces de kerosén, las luciérnagas y una que otra fiesta de perros. Cuando llegué, era la noche. A través del naranjal pude ver una claridad rojiza en la casa. Mi ropa oscura me permitía avanzar sin ser visto hasta una prudente distancia. Ignoro cuánto tiempo permanecí allí sin moverme, fija la vista en el hueco donde esperaba verla aparecer. Súbitamente, un perro del color de la noche surgió husmeando el contorno. Enfocado por sus encendidos ojos, me esforcé por mostrarme amistoso, pero el muy descreído respondió enseñándome los dientes, y retirándose con

sordos gruñidos hasta unos metros de la casa, fijó su línea defensiva e inició un obstinado hostigamiento que duró minutos enteros. A punto ya de ceder, vi aparecer en el hueco la sombra de un niño, sin duda, Miguelí. Apenas intenté ganar unos pasos para llamarlo, el perro se puso como un demonio. Y nuevamente la sombra de Miguelí ocupó el charco de luz. Pude oírlo decir:

-No mamá; no es ella; ha de ser un gato, seguro.

La preocupada voz de la madre se dejó oír desde adentro incrementada por la impaciencia:

-¡Dios mío! ¿Qué le habrá pasado?

Nada pues me quedaba por hacer allí. Más valía retirarme a sitio apropiado y esperar. Así fue que retorné el sendero a través del chircal ya cargado de rocío, andando a saltos, hasta aproximarme al montecito que daba sobre la avenida. Al borde del mismo, entre las chircas y perrotabacos que cabeceaban sobre el sendero movidos por la brisa, creí distinguir una silueta de mujer envuelta en blanco delantal, meciéndose suavemente al andar. Me figuré su rostro, su cabellera anudada atrás, su frente bronceada a duro sol..., y apresuré los pasos hasta correr. Pero pronto descubrí que no caminaba, que se veía demasiado alta, y por último, cuando había llegado y pasado y vuelto, no más que arbustos con flores claras y pardas pude ver meciéndose a la luz lunar, movidos por la leve brisa.

El olor úrico ya conocido me devolvió a la realidad, viéndome obligado a cruzar al lado opuesto de la acera para continuar esperando. Aguanté hasta la llegada del último tranvía, ya pasada la media noche. Acabé entonces convenciéndome de que algo serio e imprevisto estaría abrumando la existencia de Vilma.

A las once del día siguiente sonó el teléfono. Al tercer timbrazo acudí. Estaba seguro de que sería ella. Mi mano vaciló sobre el tubo:

-Hola...

-¡Canalla! De modo que te llevaste a la nena para hacerla testigo de tu orgía... Ahora, olvídate de ella. No la verás nunca más. ¿entendés? ¡nunca más!

La andanada cayó en la profundidad de mi desolación. Era la voz de Berta, la madre de Alba. La conmoción me duró varios minutos. Los muchachos dejaron el trabajo y se marcharon. Eran las once y media. Me lavé, me puse mi mejor ropa, y ya en la calle, resolví: «No dejaré que pase el día sin encontrarla». Tal suerte de seguridad interior me trajo alivio.

En la parada del tranvía, esperaba paseándome impaciente. Estaba casi frente al taller. Al cabo de veinte horribles minutos, el vehículo no aparecía, pero sí nuevamente oí sonar el teléfono. Crucé la calle en cuatro zancadas, abrí apresuradamente, me abalancé sobre el tubo y... un sonido lejano, intermitente, cruel, nada más, oí. Sumamente nervioso, me puse

a discar. En el colegio atendieron con prisa, se trataba de una voz de mujer, seguramente una monja.

-Hola... hola...

Demoré la respuesta pensando la forma menos grosera de hacer mi averiguación. Al notarla de poco humor, le supliqué me informase si la señorita Vilma Gallardo había hoy asistido a clase.

-¿Vilma Gallardo?

-Sí, del sexto, profesorado; quien le habla es un hermano de ella.

La monja colgó el tubo. Quizá porque lo esperaba, mi reacción fue normal. Debía encontrar otros medios. Paciencia. Pese a mi angustia, fui a comer, pero más bebí y fumé. A mi regreso me entregué al trabajo como si eso fuese realmente algo importante.

Nunca pude comprender cómo había llegado Vilma al extremo de inocencia que la llevase a desatar ella misma la tormenta. Irse a lo de Berta días después del paseo fue una audacia sin sentido. Se moría por saber cómo seguía su amiga Alba. Y ¡claro!, la niña, en un arranque de comprensible alegría, le saltó al cuello diciéndole a gritos:

-¡Señorita Vilma! ¿Viene contigo mi papá?

Más no hacía falta. Desde ese momento, Berta no pararía hasta averiguarlo todo minuciosamente. La visita de Vilma se producía cuando ya noticias suyas abundaban a través de Alba, la que incesantemente recordaba el regalo que le hiciera, el más importante de su vida.

Berta aprovechó para retribuirle su amabilidad con elogios y una gratitud conmovedora. Se cambió de ropa y todo a fin de acompañarla hasta el portón. La cándida maestra no podía suponer que a partir de ese momento, aquella mujer llenaría su camino de espinas. Se despidió de Berta para dirigirse a la casa de su mejor amiga y compañera de estudios, una tal Olga, también maestra y estudiante del profesorado. Si aquél día le dijese cuánto mal iría a recibir de su mejor amiga, Vilma se habría ofendido. Como única confidente de su intimidad desesperada, era la depositaria de su fe.

Golpeó al anochecer, cuando ya me acostumbraba al dolor de no verla. Vino a buscarme para arrojar en mis brazos su enorme abatimiento. Acababa yo de vestirme. Me suplicó:

-Vamos de aquí; busquemos un lugar donde no nos encuentre tu mujer.

La conduje a un sitio cualquiera, el primero que se me ocurrió, con tal de estar libres de sobresaltos. Al rato nos encontrábamos en el más alejado sector de un viejo parque, renombrado por su encanto salvaje subsistente gracias al abandono. Con renovado tormento comencé refiriéndome lo acontecido en el transcurso de los días que siguieron a su increíble visita. Días sin un minuto de paz. Su confidente Olga, de pronto aliada de Berta, le había facilitado a ésta la dirección particular de Vilma, la del colegio donde estudiaba, las de sus profesores y toda información útil para hacer la vida imposible a una prójima. Berta, sin perder tiempo, había visitado a las monjas del colegio informándoles ampliamente de todo respecto a mí, y a la enferma madre de Vilma para enterarla de cuanto sabía e inducirla a tomar medidas de rigor ejemplar.

Fui el último en saber que mi nombre había cobrado de pronto gran popularidad entre religiosas y alumnas, popularidad que nada tenía que ver, por cierto, con mis afanes poéticos; que los pasos de Vilma y los míos estaban siendo vigilados, y que alguien esperaba obtener la mínima evidencia de nuestros amores para ponernos ante la ley.

La saludable compañía de los árboles nos tonificaba empero. Vilma cesó de llorar y nos besamos... nos besamos...

-Quien mal anda..., suspiró alzando los ojos hacia las ramas ahítas de húmeda sombra, como si orase.

Dolorido, víctima de peregrina autocompasión, le pregunté por qué me rehuía. Pasé días y noches de perro, le dije, sin siquiera enterarme de lo que estaba sucediendo.

Esto está mal, me replicó; vos me lo dijiste a tiempo y no te comprendí; ahora es mejor que terminemos.

Me echó el brazo al cuello besándome febril, ensopándome con sus lágrimas.

-¿Separarnos ahora? ¿Dejarnos? ¡Ni hablemos de eso!

-¡Nos persiguen, querido; no podemos continuar!, lloraba nuevamente ella.

Traté de explicarle la importancia de la lucha cuando se la sostiene por amor.

Seríamos demasiado cobardes si nos damos por vencidos, concluí con ardor. Sólo defendemos lo nuestro, lo que nadie tiene derecho a destruir.

Me aseguró que sólo algún detalle impedía la mandasen al Buen Pastor.

-Y a vos, a la cárcel, mi querido Juan..., se lamentó; ¡soy menor!

Probé de serenarla hablándole acerca de ahorros míos con los que podíamos contar.

-Vámonos de aquí, le rogué. Huyamos a la Argentina; allá tengo amigos que pueden ayudarnos...

Es que mi resistencia se agota, estalló en sollozos que me lastimaban hondamente... -y además, tartajeó- a mi padre moribundo no lo quiero dejar; comprendeme, Juan...

Ganas tenía de condenar en ese momento la tontería que había cometido Vilma al aparecer por lo de Berta, permitiendo que ésta la siguiera hasta averiguar todo cuanto quisiese. Pero no deseando agravarle su angustia, no sólo callé mi protesta sino la abracé como nunca, y como nunca mi corazón gimió junto al suyo. Eso era amor; igual no había conocido jamás.

-Amor sin asidero, mi querido Juan, me dijo muy triste, habiendo leído mi pensamiento; lo nuestro es como un ave volando en medio del mar; acabará ahogándose; acabará, mi Juan.

Con energía le repliqué:

-¡No todas las aves mueren en el mar ahogadas! Hallaremos una isla donde hacer nido, aduje, con pasión; lo nuestro es hermoso y estoy decidido a luchar por él.

Se tendió en el pasto. Nos tendimos en el tibio regazo de la noche. Nada más que nuestro dolor ocupaba el diminuto mundo guarnecido de estrellas. De pronto la oí suspirar:

-¡Hermosa noche sin mañana!

Pero cada anoecer estábamos allí tendidos al amparo de esos árboles, sobre el aromado lecho de pasto. Cuando, por impedimentos insalvables, faltaba a la cita, yo temblaba. Su breve ausencia se me hacía una premonición, una herida presentida, ya doliente en la sangre.

Y día tras día continuaba el asedio de Berta y su presión sobre las monjas del colegio y sobre la madre de Vilma instándolas a destruir la condenada magia que nos unía.

Y llegó el invierno con sus noches tristes y lluviosas. Todavía subsiste en alguna parte de mi sentir el timbre de su voz despidiéndose al término de nuestra última noche. A la mañana, mi existencia flotaba lejos del taller. Descubría que aquel trabajo, mi sustento material, realmente me importaba un rábano. Ese trabajo, ese grillo que el condenado debe soportar con resignación hasta el fin de la pena, acababa mereciendo mi desprecio. Al anoecer, mi alma era un perro gimiendo bajo la lluvia a lo largo de lúgubres callejones. Vilma se marchaba. Había resuelto cortar todos los nexos con la intolerable existencia metiéndose a monja. Un camino inexplicable, tal vez el único abierto, el único aprendido, el que se le había metido a fuerza de opresión en las entrañas. Me resultaba ridícula tan súbita vocación religiosa que le nacía en semejante coyuntura. Decididamente, me inclinaba a pensar que su versátil humanidad optaba de pronto por la cruz en aras del miedo. Y maldije apasionado la acción deformadora de la educación confesional. Mas, ni tan siquiera de eso llegaba a estar seguro. Lo estaba sí, y mucho, del hecho de que Vilma huía, que huía de mí.

El fuego que habíamos avivado entre ambos, con la propia sangre, de ambos, vuelto llama voraz, nos había consumido. Nada más que ardiente ceniza quedaba. Cualquier enemigo hubiera podido vencernos con sólo aguardar el epílogo de nuestra historia.

Desemboqué en una calle larga, fría, desconocida. A lo lejos, obnubiladas por la llovizna, se destacaban las góticas líneas de los árboles del parque.

### Capítulo III

#### La otra cara del tormento

Ella parte, me dije; se va. Aquella noche, la última, me lo había prevenido claramente. El fuego con que jugábamos nos había consumido, y se apagó. Apostado en el muelle desde hacía más de una hora, aguardaba mi cita, la definitiva. Verla una vez más aunque sólo fuese de paso constituía el único objetivo de mi espera, objetivo que me sujetaba al muelle sin opción posible. Encendía un cigarrillo tras otro, y a la luz de los fósforos miraba el reloj. Cuando prendí el último cigarrillo eran las cinco y veinte. Tripulantes pulcramente uniformados empujaron el puente hasta apoyarlo en el muelle, y se hizo la luz en los pasillos.

Llegaban mozos con equipajes y uno que otro pasajero bostezando. Comenzó mi pulso a cobrar nueva frecuencia, la del desplome. Y de pronto, surgiendo del crepúsculo semiurbano con su blanco atuendo y prisionera entre dos filas de monjas, Vilma.

Avancé envuelto en mi zozobra, clavados mis ojos en los suyos. Las monjas parecían no advertir mi presencia, y ella, dejando caer un objeto en tierra, escaló a pasos veloces el puente del buque presto a zarpar. Bajo la luz nácar de los globos de neón, se volvió hacia mí una sola vez antes de perderse en los pasillos. La agresiva tristeza que le endurecía el rostro me convenció. Definitivamente, debía aceptar la derrota. Y vencido, como quien se retira de la lucha llevándose un cadáver, levanté el objeto y abandoné el muelle sin volverme.

Tres cuadras arriba, por Colón, la lúgubre voz de la sirena conmoviendo la humedad de la madrugada me frenó la huida. Busqué refugio en mí mismo, me tapé los oídos hasta ganar una cuadra más, hasta que se diluyera en la bruma el segundo y último aullido. Y sin tiempo a reflexionar aún, ya pude oír el traqueteo del primer tranvía que llegaba triturando la paz de las calles desiertas. Me colgué del pasamanos y me descargué de un envión sobre el primer asiento. Por las ventanillas empezaba a filtrarse el alba. Algo enorme como un feto por nacer me desgarraba alguna parte importante de la vida; algo que pugnaba por arrojarse afuera. En medio del traqueteo, di espaldas a mi verdad y me sumergí, víctima de un vulgar masoquismo, en la maraña del inmediato pasado en busca de las desoladas palabras que Vilma me grabara en la mente. Llegaron en tropel surgiendo del fondo borroso de un parque abandonado, donde la fronda, el césped sombrío y húmedos anocheceres conformaban el reducto del amor sin freno en que nos inmolábamos. Yo las menospreciaba

entonces. Abrumado por urgencias que me sacudían con fuerza cósmica, las consideraba absurdas: sólo quedan dos caminos, me dijo la última vez, pudiendo percibir en sus labios la amargura de esas palabras. ¿De qué caminos me hablás?, osé inquirir todavía, desalentando toda prevención, abismado en la posesión de su cuerpo fragante. Y la respuesta le surgió de muy adentro: Vos con tu esposa, yo con mi cruz.

A pesar de que algo se me sublevaba en lo íntimo, persistí en el quimérico afán de despejar sus dudas, hasta que de pronto caí en la cuenta de que ambos sangrábamos al borde de un abismo real. Yo lo había sentido desde el comienzo pero buscaba restarle importancia. Me negaba a mirar el fondo oscuro de su desplome. Le busqué los ojos, y ella procuró vanamente ocultarme unas lágrimas que le brotaban en la penumbra. Quise animarla.

-Sos joven y sos linda, le dije; la vida ha comenzado apenas y nos reserva infinitas formas de alegría, satisfacciones...

-¿La vida?..., me interrumpió con una penosa mueca enfocada por un haz de luna; esta vida está hecha para ustedes, los hombres. Y gimiendo: anteriormente me hablabas de amor, a veces delirabas eterno amor. ¡Claro!, no te culpo, no sos culpable, sos humano. Lo nuestro, lo de siempre, excepcional, tenía que ser así. Solamente el sueño es sublime querido Juan...

Y desde la cima de su amargura se desplomó en mis brazos.

Varias lunas nos habían lanzado sus dardos a través de los follajes cómplices, tan fraternos al comienzo, cuando soñábamos con la perpetuidad del torrente que nos cantaba en la sangre. En vano afán por convencerla, bebí sus lágrimas. Pero helado finalmente por una entrega sin ardor, debí hacerme a un lado. Y sus palabras, gotas torturantes, timbraron desde ese momento a la puerta de mi reflexión. La luna viajaba impasible abandonándonos.

Ella tuvo el coraje de lanzar afuera la verdad que yo jamás hubiera pronunciado por temor a perderla, férreamente convencido como estaba de que nos pertenecíamos. Y a pesar de que la fuente nutricia del ensueño se venía secando, en esa impar sujeción yo seguía cimentando mis ansias de libertad. Apartarla de mi vida se me hacía tan imposible como volver a Berta, la consorte legal, para quien la palabra libertad era subversiva, la mujer que se había convertido por saña en la sombra de mi sombra. Francamente la odiaba. Y ese odio contribuía enraizando con fanática firmeza mi nueva ligazón.

El tranvía llegó a la curva. Descendí. Húmedos pasos resonaban sobre la vereda de enfrente diluyéndose en un rumor acuoso a lo largo de la calle. La claridad comenzaba a dar contorno a las cosas, mas nada alteraba en mi interior cetrino.

En línea recta crucé hasta la penumbra de mi cobijo sentimental donde me zambullí. Y cerrada la puerta, de bruces sobre una mesa de trabajo, desaté el nudo que me asfixiaba. Y apenas pude recuperar cierta paz, me acordé del objeto con gran cautela escondido en el bolsillo interior de mi saco. Lo desenvolví: ¡un guante! En su interior todavía fragante a piel mimosa y cálida: la carta, un diminuto papelito con el mensaje: «Por el más grande

amor, déjame en blanco», y nada más, como si las palabras hubiesen terminado para ella. Nada más le quedaba por decir.

No podía pensar que el dolor contenido, en esa parca frase fuera falso. Por mí mismo había constatado la ruina sentimental que Vilma sufriera a lo largo de un año de fina y sádica persecución orquestada por Berta, las monjas y la propia madre.

Débil sostén de una casa en desplome, valiente en su desolación y en el aguante de su brutal realidad, Vilma cayó víctima de amor en los brazos del primero que le ofrecía una pizca de solidaridad. Y ese primero era yo. Yo, que ahora sinceramente lamentaba el mal del que mi resentido ego formaba la parte más golpeada.

Al dorso de la pequeña hoja, a manera de título, escribí: «Por el más grande amor». Pero el poema no pudo ver la luz porque la matriz en que se habría gestado estaba muerta, y porque, en mi abatimiento, las ideas no lograban zafarse de la postración.

Serían las siete. Afuera, la vida se desperezaba. Los gorriones inauguraban el día con un despiadado jolgorio sobre el tejado. «La vida, el amor, el eterno amor...». Desnudas y punzantes regresaban las palabras de Vilma. En cada una estaba ella de cuerpo presente. En un repentino despertar de coraje, resolví abandonar a mi conciencia en medio de su desquicio. Me propuse tomarme un baño fresco y lanzarme a las calles como bestia que logra romper su atadura.

En ese preciso momento sonaron golpes en la puerta, y la bestia se me retrajo en la piel.

Caminando en puntillas, espí por la cerradura. Una agresiva claridad me hirió las pupilas insomnes. Y corrí el picaporte; aún llevo la cicatriz, el testimonio de la candidez. La puerta violentamente impelida me marcó la cara para siempre. ¡Berta!

Se abalanzó al interior en resuelta búsqueda, ignorándome, despreciando el deliberado daño infligido a mi persona.

Desarmado por la sorpresa, no hacía más que mirarla, apretándome la nariz que me sangraba a borbotones. Estaba paralizado, humillado como un mucamo. Y como ni en el taller ni en el pequeño trastero había tantos recovecos donde pudiera esconderse la que ella buscaba, pronto y visiblemente contrariada, salió, arrojándome en una parodia de sonrisa, todo el rencor que podía caberle dentro.

Se detuvo tan sólo para decirme:

-Vendrán a buscarte. La madre de «esa» hizo una denuncia por secuestro; te lo cuento por si te interesa; ¡qué estúpida!, ¿verdad?

Salió con la misma violencia con que había entrado, dando un portazo.

A pesar de mi moral de perro golpeado, sentí un solaz especial que me alimentaba el odio. La muy furibunda ignoraba la partida de su rival. Nunca quise ver a nadie sufriendo y ahora me ufanaba por el sufrimiento de una mujer.

Eché llave y me encerré en el baño. Una ducha fría, además de restañarme la herida, profunda y real, recibida en un costado de la nariz, al hundírseme en ella un extremo de la falleba, contribuyó a despejarme el marasmo.

A poco descubrí el probable hilo de una importante trama: Las monjas del colegio habrían forzado la decisión de Vilma y preparado su viaje sin el consentimiento ni la participación de la madre, franqueando el impedimento de la minoridad con algún ardid sobornístico. De otra manera no se explicaba la ausencia de la madre u otro familiar cualquiera en el puerto, al menos que la indignación materna hubiese podido borrar todo vestigio de afecto y que la desértica despedida contuviese el signo de un completo repudio familiar. ¡Pobre Vilma! De cualquier manera, sentía la necesidad de visitar de inmediato a la madre y enterarla de lo ocurrido en el supuesto caso de que no lo supiese, tarea sencilla que podría ahorrarme las molestias de una pesquisa policial. Por otra parte, dando por casi seguro el que ella lo ignorase todo, llevar un poco de paz a su corazón afligido constituía por sí una relevante acción. Tenía razón, aparte de todo, al andar moviendo escombros en busca de la hija. ¿Qué madre no lo haría? Me vestí apresuradamente y, ya en la vereda opuesta, impacientándome por la poca puntualidad del tranvía, comencé de pronto a ver la cosa desde un ángulo diferente. ¿No estaría a punto de complicarme la vida todavía más? Si nada tenía que ver con el hecho material del embarco, ¿por qué exponer la cara a un exabrupto estéril? Cualquier paso mío, por mejor intencionado que fuese, no haría sino ponerme en evidencia, concluí. Y un tanto tranquilo, regresé a esperar la llegada de los muchachos del taller.

Abrí a las siete y media como todos los días. Si los policías viniesen a buscarme nada me sacarían. Simplemente me declararían al margen de todo. Aunque mi amada fugitiva era menor desde un anacrónico punto de vista legal, pues tenía diez y nueve años, nada podrían ahora probarme ni los policías ni nadie acerca de nuestros ardores, a no ser por meras imputaciones de dudosa validez legal. Su partida, si bien dilaceraba mi vida, me dejaba libre de culpa y cargo. Nadie más que las monjas debían ahora cargar con las secuelas de algo tan ajeno a mi voluntad y de tan lloroso recuerdo. ¡Las monjas! Ah, que no se les ocurriera transferirme ni un ápice de responsabilidad con respecto al viaje, porque entonces...

Cualquier abogadillo que deseara divertirse un poco -me figuraba yo- podría convertir sin dificultad un caso así en un horrible affaire y obtener sus buenos beneficios a costa de los recursos de la caridad, para desagravio de mi pasión menoscabada.

Y la paz tornó a mí.

Mis ayudantes llegaron con retraso, encontrándome ya echado sobre el torno, absorto en la contemplación de un espiral que surgía incesante del metal en rotación. Un zumbido -el de la máquina- me transportaba a un buque imaginario que avanzaba hendiendo la distancia. En ese buque viajaba ella. Se alejaba de mis besos, de mis brazos que la amaban.

Girando, el metal se incorporaba a mí, haciéndose parte de mi particular angustia, reduciéndose cada segundo más en tanto me daba la sensación de estar perdiendo paulatinamente el volumen y la densidad que me anexaban al mundo.

En una gris lejanía, el metal se desdibujaba siendo devorado poco a poco. En algún ignorado ángulo de mi duelo, el motor eléctrico zumbaba repercutiendo en mis más hondas membranas imaginativas donde el ulular distante de una sirena se reproducía, como si fuese a centenares de kilómetros. Ninguna voz, ninguna presencia, ni el menor ruido alentaban fuera del universo en que me hallaba confinado. Y de pronto, ante mis ojos absortos, anteponiéndose a la imagen fija entre punta y contrapunta de la máquina, surgió un amarillento papelejo algo temblón en la mano sarmentosa de un agente de policía precozmente envejecido.

Pude distinguir un enorme sello morado. El rostro del uniformado me pareció demasiado rudo para que pudiera haber conocido algún ademán de ternura. No le hablé. El motor, una vez apagado, permaneció girando por breve espacio, ahogándose al ulular de mi sirena a lo lejos. Fui a lavarme bajo la canilla pensando desaprensivamente en Pilatos, aquél que debió lavar su cobardía en un cuenco de barro. Cuánta evolución desde entonces en materia de higiene, me dije. La cobardía sigue la misma.

Llegados que hubimos al consabido destino, un centinela mudo y rígido me miró desde lo alto de su fusil. Se trataba de un ejemplar de esos cuyo rostro uno jamás recuerda luego. La entrada me devolvía al clima de ciertas películas que habían sublevado mi impresionable adolescencia.

-¡Llévenlo a la tres!

La voz surgió de una funda gris apoltronada detrás de un escritorio en penumbra. El agente hizo la venia y desaparecimos a lo largo de un oprimente y húmedo pasillo. Y ya entre cuatro muros, entré a recordar otros que habían sepultado parte de mi juvenil optimismo y cuya frialdad sedimentada todavía esclerosaba las profundidades de mis vísceras. Más tarde hubieron otras paredes y un rostro de mujer malandra que despotricaba. Su nombre, más valía no recordar.

A las diez de un día brumoso y vacío me sacaron de la celda, arrojándome brutalmente en el despacho de aquél cuya voz me había declarado enemistad.

Harto inseguro, escuchando el enorme hueco en que flotaba mi empequeñecido cerebro, aguardaba. Mi enemigo tenía clavado en mí los ojos. Mi enemigo, sí, lo era, porque yo a mi vez, con todo derecho lo había declarado así, tumbado en una oscuridad de piedra, a solas con mi hambre y mi horrenda sed, durante una eternidad.

-¡Siéntese!

La voz partía de la funda gris, la misma, fija en el mismo sitio donde la vi el día que entré no sabía precisar cuándo. Luego, silencio, largo vacío durante el cual nuevamente oí los familiares toques, del reloj de la Catedral. Gracias a ese reloj, el calabozo no había

podido convencerme de que era una tumba. Las paredes del despacho, viejas y sucias de suciedad humana provocaban en mí al mirarlas un raro rechazo interno. No las podía comparar con las del calabozo ya que aquéllas no me fueron visibles. Sabía que estaban allí porque me sublevaban el tacto y el olfato.

-Está acusado de secuestro -pausa- contra la persona de una menor -pausa-. Vilma Gallardo. Casi no quise creer que la funda gris pudiera decir tantas cosas juntas. Pero al fijarme en ella con detenimiento, pude verle el rostro, un rostro cabal de perdonavidas, más gorra y correas que materia humana. Me clavó los ojos al estilo felino. Yo permanecía callado. -Usted era su amante, a-man-te. Yo repliqué con justo temor: -Su amigo.

-¿La tiene secuestrada, verdad? -No, señor; ella para mí ha muerto.

Le dije con la emoción que sentía al nombrarla, y me levanté. Entonces, gustosamente se mofó:

-Siéntese, joven; tiempo le va a sobrar para pasearse, ¡jhé, asesino! Me percaté de que se preparaba a dar al asunto el trato de un crimen real haciendo un juego de interpretación aviesa. Se puso de pie. Su estatura no llegaba a la mía. Yo permanecía como si nada entendiese:

-¡Siéntese! -diría que el grito me instaló en la silla-. Lo que acaba de decir lo pondrá en buen aprieto: secuestro y asesinato, ¡qué bueno!

Me lo decía en tono triunfal, sin reparar en las ligerezas que hablaba, lo que me indujo a juzgarlo torpe y pedante. Comencé a elaborar no sin dificultad mi osada treta, la cual, de lograr éxito, sería un buen tapabocas y marcaría el comienzo de mi desquite. Dio largos pasos a mi derredor, volviendo luego al sillón. Apoyó la pluma sobre el borrador, tamborileando con la mano izquierda un ritmo tonto. «Ella ha muerto» escribió deletreándolo admirativamente. Al entrar a considerar el punto crítico del contexto dónde veía incluidos «secuestro» y «asesinato» me apresuré a dejar mi cascarón con algo de energía, recalcando:

-Sepa usted, señor, que nada tengo que ver con Vilma Gallardo ni con su desaparición; ella a mí no me importa.

Espiando el afecto de mi perorata, me asombré ante el silencio producido.

Pasado un par de segundos y al cabo de una inquisitiva ojeada a mi expresión, volvió al tono burlesco suave:

-¿Cuándo la vio por última vez y a qué hora? Preguntaba sin levantar la vista del papel. A punto de responderle, pensé que llegaba el momento de cuerpear. Sentía una aguda agresividad asomándoseme a la lengua. Conteniéndola para mejor ocasión, eché mano al arma que creía poseer aún: la astucia.

-Mejor haría si va al colegio a preguntar por ella, respondí, ¿no le parece, señor? Me extraña que pudiendo hacerlo, no haya recurrido allí primero antes de perder su tiempo conmigo. Yo nada sé de ella ni me importa, reiteré.

Mi impasibilidad manifiesta parecía exasperarlo. De pronto, levantándose como impelido por un resorte, metió la pluma en el ojal y se me vino bufando, e inclinado hasta la altura de mi cara, me gritó como lo hiciera con su perro o tal vez con su mujer:

-¡Hable claro, carajo!

Tanta torpeza me causó dolor, sinceramente, pero me sonreí, y ahora se le puso el rostro lívido.

Para ese funcionario, hallarse todos los días frente a un auténtico criminal sería la mayor felicidad. Eso pensé. Pensé que no podría vivir dos días consecutivos en un mundo sin crímenes. Él mismo se encargaría de fabricarlos para su supervivencia. Al notarme ileso pese a la maestría puesta en función, sorpresivamente apeló a su arsenal secreto:

-Sea razonable, me suplicó casi; de lo que declare aquí depende la suerte suya y también la de esa pobre chica desaparecida; ¿por qué no me ayuda?

Y se sentó. Pero ya su paternalismo no podía convencerme. Y si de algo podía estar seguro era de su mala fe. Por eso no me sorprendió la especial brusquedad con que tomó a su método repelente y fruncido. Decididamente, le sentaba mejor.

-Usted es un tipo peligroso, me arrojó fuera de control; corruptor y asesino; le aseguro que su cara va a lucir muy bien entre los barrotes. Y si no estoy equivocado, lo cual es muy difícil, esa cara me es conocida. ¡Claro pues!, hasta me parece notarle la marca de los hierros. ¿Cómo es su nombre completo?

-Yo se lo dije. Lo anotó en el borrador, añadiéndole ostensiblemente: «corruptor de menores y asesino». Y no pudiendo aguantarse, levantó el papel mostrándomelo:

-¿Qué le parece así? Yo me callé.

Confidencialmente, prosiguió mirando al techo, ¿el tipo aquél a que me refiero era usted? Creo que en aquel entonces no pasaba de un vulgar agitador. Le conviene aclarar la situación. No ha de ser el primer caso en que un criminal haya empezado su carrera por el terrorismo político, no, no va a ser el primer caso. -Ante su actitud cada vez más ácida, yo me aferraba al silencio-. Su prontuario está aquí, abrió el cajón; tendré que agregarle esto. Agitó en el aire la hoja arrancada al borrador. De golpe caí en la cuenta de que había podido mantenerme algo tranquilo, sintiéndome airoso en efecto

-¡Qué raro!, dije con sorna sin poder evitar una sonrisa. De modo que usted es a la vez policía y juez...

Y explotó:

-¡Cállese, imbécil!

-Señor, perdone -me disculpé- pero es que usted me está juzgando, señor; según Usted, necesariamente debo ser yo el asesino de una muchacha cuyo paradero todavía desconoce, ¿verdad? Ni sabe si fue realmente secuestrada y ya la da por muerta, asesinada, etcétera. Un tanto sorprendido yo mismo de mi aplomo en semejante coyuntura, me pareció verle en la cara signos de reflexión. ¿Era que lo creía capaz de disponerse a rever el método?

-Bue... no... arrastró las sílabas, iremos a ese colegio.

Y se vino a mí. Me quedé sin aliento. Tal decisión no era lo que yo esperaba ni deseaba. Me apoyó una mano en el hombro y me batió el índice de la otra como un puntero en plena cara. Me advirtió:

-Oígame bien; si no la encontramos ahí, usted pasará el resto de su vida con las ratas. ¿Me comprende, verdad?

Me enfermaba tener que pisar aquel colegio donde las monjas, al verme empquetado de gente armada, no perderían la ocasión de resaltar mi condición de transgresor de mandamientos y sacramentos, y denunciarme como material y moral causante de la medida tomada subrepticamente por ellas.

-Permítame aclararle algo, señor, aduje jugándome el todo por el todo. Yo no me niego, señor, ni puedo negarme a acompañarlo, pero, honestamente, en su lugar, yo no me llevaría ante esas monjas a un tipo postrado con días y noches de calabozo. Son personas piadosas para quienes la torturada imagen de Cristo está siempre presente. Yo, señor, en su lugar, cuidando el prestigio y la ética, iría allá solo, sin ostentación de fuerza, actuando sin coacción alguna, causando la mejor impresión posible hasta obtener su información, y volvería tranquilo y satisfecho. Creo sinceramente que así resultaría mejor.

Suspiré al terminar. No solamente me había escuchado sino además vacilaba. Lo veía de pronto caer al nivel de la razón. Me refiero a la razón más adecuada a mi estado de ánimo. Ahora se miraba las uñas, se pasaba un pañuelo por el rostro. El sudor, aunque dudoso, que ese policía se secaba constituía el comienzo de mi triunfo. Necesitaba creerlo así, y lo creí.

Pasó una eternidad antes de que apretase el timbre y por el hueco gris apareciese la enjuta figura que yo conocía, pura venia.

-Enciérrelo en la tres, fue la orden. Se refería a mí. Y llame al segundo para que me releve.

Era la noche cuando de nuevo se abrió la puerta del calabozo. Yo me había dormido y tenía las piernas frías y pesadas como la piedra que me servía de cama. Salí renqueando. Mi enemigo me esperaba visiblemente nervioso. Sus gestos hicieron surgir de mi penumbra los peores presentimientos.

-Así que usted no sabía que su amiguita se metió de monja... empezó en un tono que oscilaba entre la ironía y la amenaza. Me detuve escuchándolo sin decir A. Sin embargo, mientras él hablaba, yo pensaba con profunda gratitud en las reverendas. Ellas le habían informado eso y nada más, absolutamente nada que pudiese lesionar la reputación de la futura Hermana. (¡Aleluya!)

-Mire, joven, continuó con voz angustiada por los ímpetus contenidos, puedo tenerle en la sombra unos cuantos meses, hasta que reviente.

Sonrió como un policía cuando le dije que conocía mis derechos.

-Sus derechos terminan en esa puerta, me replicó. Creo que murmuré:

-Perdone, -mientras él proseguía:

-Le hubiera dado el castigo que se merece, bostezó, se lo notaba enfermo, pero le largaré. Escuche bien, se me puso a un palmo de la cara; no le niego el derecho a tener hembras, todas las que pueda, pero no las destruya, no las mate ni siquiera moralmente, porque entonces no lo volveré a largar. No vuelva a matar inocentes. De acuerdo a la ley, no podemos castigar su crimen gracias a que ella se fue dejándonos sin las pruebas. No podemos probarlo, pero usted lo llevará consigo hasta su muerte. Usted es inteligente; es capaz de ser su propio juez. Díctese la sentencia usted mismo. ¡Váyase!

Al pisar la vereda de enfrente escuché un silbido y me volví. Un agente parado en la entrada me mostraba algo que de inmediato reconocí: el hato con mis efectos personales. Me iba dejándolos olvidados en la guardia. Recuperarlos y marcharme fue una sola cosa. No me detuve tan siquiera a darle las gracias al tipo ni mucho menos a comprobar si algo faltaba de los objetos retenidos. Eché a trotar y no paré hasta una cuadra antes de mi refugio, una esquina donde me detuve huérfano y vacío. Si fuese a encerrarme en el taller me asfixiaría. Sentía odio. Sudaba odio. Todo lo demás en mí era como el interior de un bombo, Nada oía y sólo podía ver ante mis ojos una boca gesticulante que me escupía: «Usted lo llevará consigo hasta su muerte». Lo repudí. Lo hice de todo corazón y creo que así logré sentirme mejor. Comencé a hacerme preguntas: ¿Es que amar es crimen? ¿Cuál es la verdad del amor? Mi verdad era que yo amaba a Vilma, y eso sí lo iba a llevar a la tumba. Terriblemente solo aunque seguro de no haber matado a nadie, el que empezaba a morir era yo, salvo que no aceptaba esa muerte.

Lentamente, caminé hasta Las Delicias, el bar frívolo y moscoso de la avenida Colombia, donde de entrada pedí una botella del color del ocaso que se exhibía en el estante, imponiéndome la podo original idea de tragarme por lo menos diez de sus veinte rayas. Hacia la madrugada, llegado que hube a las últimas, atrozmente iluminado por fin, pude reconocer la tontería que estaba cometiendo. Me levanté de golpe, clavé la mano en un bolsillo, en otro, en otro, y ahora sí borracho en serio, me caí de culo en el asiento. Me lo habían devuelto todo menos la billetera. ¡Miserables! Pero me decidí a no darles el gusto de verme la cara en pedo.

Pude llegar hasta el mostrador donde muy gustosos me recibieron mi piloto en prenda. Y pude llegar hasta mi taller y abrir la puerta. Pero nunca pude recordar ni comprender cómo hice para volver a cerrarla antes de tumbarme sobre la vereda creyendo encontrarme adentro.

A las siete y media, muy preocupados por mi salud, mis ayudantes llamaron al médico de la cuadra cuya estridente risotada al diagnosticar mi mal me despabiló. Creo haber preguntado la hora y el día. El mes era uno cualquiera de los años cincuenta.

## Capítulo IV

### El amor y su sombra

El Berna zarpó a las cinco. El guante de seda blanco, vuelto un oculto talismán en el interior de mi saco, de tanto en tanto me aceleraba el curso de la sangre con su perfume perenne. Partía seguro de que Vilma se me arrojaría en los brazos apenas nos viésemos. Y sería entonces para siempre. Sin asomo de duda, lo murmuré en mi soledad: «para siempre». El propósito ganaba sitio prioritario en mi mente. Vilma constituía el centro del único universo que me importaba; ése sin cuya existencia todo pierde valor. Descontando, el hecho de que volviese a mí, rumiaba serios planes para la venta de mi negocio. Apenas lograra rescatarla, la pondría en una pensión y regresaría con el solo objeto de llevar al remate mis máquinas y, libre entonces, mirando la vida de manera distinta, volaría a reunirme con ella.

Nació el sol desparramando fogosos destellos entre las hondas del río. Yo bebía el aire matinal a pulmones llenos lanzándolo en descuidado resuello. Cerca, sobre la misma borda, una mujer cuya presencia no había notado contemplaba la risada sombra que se desplazaba sobre el espejo vertiginoso del agua; la suya, la mía, la del buque majestuoso, todas en una sola y larga proyección dejando atrás la ciudad envuelta en recuerdos.

Al mirarnos, la saludé. Saludar es costumbre. Lo hice sin dar a mis palabras otro valor que el de un ligero cumplido. Ella hizo lo propio con soltura, y aún agregó sonriente:

-Creo que nos espera el mismo destino. Lo leo en la tarjeta de su equipaje, lo aclaró ante mi duda.

En efecto, mis valijas esperaban la ayuda de algún camarero para ubicar mi camarote. Por elemental razón de urbanidad, la invité a sentarnos en el escaño de cubierta que teníamos a nuestras espaldas. Al complacerme se inclinó hacia la tarjeta leyéndola con leve sonrisa: Juan Cristóbal. Con la misma sonrisa me preguntó si Cristóbal era mi apellido, a lo que contesté:

-Un seudónimo.

-¿Un seudónimo?

-Sí, un seudónimo conocido por una sola persona.

-¿Una mujer? Ah, perdone, no lo tome a mal.

Noté que mi evasiva la ayudaba a darse mayor confianza:

-Las mujeres somos curiosas, continuó el juego; ¿la persona es su amante?

La miré detenidamente buscando en sus ademanes algún signo que me indicase adónde quería llegar. ¿Se trataba de un inofensivo juego o de una ofensiva en trance? Asocié la suya a ciertas actitudes de Vilma, a su confianza, y sus curiosidades de los primeros días, no pudiendo evitar un somero desencanto al pensar que tanto en una como en otra el método consistía en averiguar y avanzar. Esta ni aquella se inmutaban al descubrir una mujer en mi vida. En definitiva, a ambas parecía darles igual que fuese soltero o casado.

Volví la vista hacia el poderoso torrente que nos arrastraba. La suya, la sentía fija en mí. De pronto, la sensación de constituir su objetivo inmediato me apartó de toda contemplación. Pasaba así súbitamente al papel de pájaro sin importancia que la cazadora encontraba al azar. Podía atraparme o dejarme a un lado. Se me figuraba actuando sin prisa y hasta con indiferencia. Y peor aún, esta ofensiva me encontraba sin ánimo para presentar batalla. Como en el mágico Budú, un poder esotérico me dominaba desde cierta ciudad lejana hasta el extremo de haberme relajado mi interés hacia la pura y fresca sonrisa de la pequeña Alba, poco antes principal refugio de mis horas de agobio.

Del río recibíamos una leve llovizna que nos enviaban las enormes palas del buque. A nuestras espaldas apilábanse cajones de frutas, jaulas de aves y otras cargas protegidas por una carpa verdusca. A mi lado, una amistosa muchacha de unos veintidós años tejía una fina red de sonrisas. De tanto en tanto, su cabellera que el sol naciente tomaba de un brillo naranja, me sustraía de mi reserva. La brisa peinaba el río trayéndonos en vaivén el violento aroma de la selva que cubría incesante ambas orillas.

Pronto, el sol nos obligaría a dejar el escaño. Secretamente, lo deseaba. Si no fuese por el temor de hacer un mal papel, ya me habría retirado a mi camarote aun teniendo que buscarlo de proa a popa. Aunque seguro de no estar interesado en ella, prefería no malquistarme con la amable compañera de viaje. Además, había otro temor; algo parecido al que sentiría un niño al entrar en sospecha de que alguien desea cambiarle sus afectos congénitos.

Un camarero apareció inesperadamente por el hueco de una escalerilla, y al ver mi equipaje sobre cubierta nos preguntó de mal grado si pensábamos viajar allí. Le mostré mi contraseña y dijo:

-Abajo, a la izquierda, agregando con algo de picardía: ¿Son casados o novios?

La joven me miró induciéndome con un ademán a mentir, lo que fingí no comprender, e innecesariamente aclaré:

-Nada más que amigos.

Entonces, ella dijo al camarero:

-Las valijas son del señor; yo viajo sola.

El hombre se fue encogiéndose de hombros. Aproveché sus indicaciones para tomar mi equipaje y largarme escaleras, abajo, siguiéndolo. Mi camarote resultó ser un pequeño hueco provisto de lavabo, guardarropas y cucheta empotrada en un ángulo. Un par de ojos de buey lo jaspeaban de cierta claridad rojiza. Por unos días, ése había de ser mi mundo, el confidente de mis tribulaciones y continente de las esperanzas que alentaban mis insomnios. Metido en ese calabozo de metal, podía desatar el nudo que me atosigaba. Podía a mis anchas acostarme con Vilma hecha recuerdos. Sorteada la red en que pudo haberme atrapado la desconocida, estaba de regreso a mi quietud penumbrosa donde era Vilma la única capaz de tonificarme el alma. La otra quedó afuera, en la cubierta. Ya la olvidaba. Me tendí ocupando mi feudo sentimental de largo a largo. Me esperaban varios días de mirar el blanco techo, el metálico río, el horizonte inacabable. Las palas de las enormes ruedas hidráulicas chapoteaban justo debajo de mi almohada. Mi pensamiento alzó vuelo alejándose de ese río hermoso hasta la lujuria, fascinante para espíritus libres de angustia. No obstante, trataba de permanecer dentro de los justos dominios de mí mismo. Al desvestirme, así acostado como estaba, el persistente y sutil perfume del guante me invadió entero. Y cerrando los ojos hube de abandonarme en un sensual adormecimiento, mientras murmuraba: Vilma..., Vilma... Necesitaba soñar, y el sueño llegó veloz, pero llegó dibujando una boca cruel de la que caían palabras como dardos perforando mi carne atormentada: «Sólo existen dos caminos; vos con tu mujer, yo con mi cruz...» Apagada la voz, de pronto me encontraba en el hall de un convento. Monjas pálidas, cruzadas las manos contra el pecho, me cerraban el paso. Yo les decía que buscaba a Vilma, que la amaba, que la amaba... La más lívida, con voz llegada de otro tiempo, me dijo: «Sepa Usted que Vilma ha muerto; usted la mató, la mató, la mató...» La mortecina entelequia permanecía inmóvil, pétrea, con el índice acusador apuntándome. El frío sepulcrista que irradiaba me despertó. Estaba sobresaltado. Tenía la cara mojada de lágrimas. Me sentía enfermo.

Mirando por el tragaluz, barrancas y selvas de exuberante colorido pasaban ante mi vista. El sol en línea vertical sobre el barco marcaba mediodía. La algarabía del comedor, llegada por el pasillo, me obligó a tomar en cuenta mi hambre gástrica. A través de la semiapertura de la puerta, dejada así en procura de alguna brisa, podía oír el retintín de platillos y copas, y risas increíbles de mujeres y hombres para quienes el sufrimiento de cualquier prójimo, no podía valer más que un eructo.

Mecánicamente conducido por mi estómago, llegué a la puerta que daba al comedor, y a la primera ojeada que dí al interior, zaz, ella, la de la cubierta; inclinada sobre el plato a medio consumir, estaba casi frente a la entrada. Al verla me detuve, pero ya se había percatado de mi presencia en el salón. Me mostró su herida por medio de una triste sonrisa.

Le dije ¡hola! con un ademán, y ella tomó al plato. Al segundo, otra mustia sonrisa. Yo continuaba parado, buscando con la vista un hueco donde meterme. Prácticamente todo estaba ocupado. Con la tercera mirada me indicó un lugar en su mesa. Dejé pasar todavía un par de segundos, vacilante, yendo al cabo a sentarme frente a ella. Mirándola comer lenta y delicadamente, comencé diciéndole:

-Gracias por la piedad; sin usted me moría de hambre.

Y no pude resistir la tentación de preguntarle:

-¿Sola en verdad?

Me lo confirmó maliciosa, agregando:

-Me mandan a Buenos Aires para salvarme de los seductores.

-Ah, son varios... me reí.

Y ella muy seria:

-Mis padres me creen en peligro, se explayó; la verdad es que nunca me enamoré... hasta hoy.

Le adiviné un contenido suspiro. Y de propósito convertí sus propias palabras en una pregunta:

-¿Hasta hoy?

Me espió desde la fronda de sus pestañas bien cuidadas. Su posterior silencio pudo ser el signo de una actitud despechante, o callaba simplemente para medir el alcance de la mía quizá tonta. Y creo haber empeorado su impresión al insistir:

-¿Tampoco llegó a enamorarse del amor?

Ante mi pregunta intencionalmente oscura, la vi dudar. Eso creo. Casi me arrepentía de haberlo hecho cuando se avino a responder:

-Tendría que llevar pantalones... de buena tela... o ser poeta.

Un tanto sorprendido por la salida, deduje que continuaba dolorida por el desaire sufrido en la cubierta. Y, cosa curiosa, el descubrir un asomo de despecho en sus gestos me puso contento. Pero de pronto empecé a mirarla con cierto embeleso, porque poblada mi mente por el tufo tabacal y el avinado y fatuo vocerío muy semejante al de Las Delicias, me parecía ver entre una y otra sonrisa de ese rostro inclinado sobre el plato, cayéndosele al descuido mechones nocturnos de una cabellera lazada en la nuca según moda asuncena, la bronceada presencia de Vilma.

El camarero llegó descorchando un Trapiche:

-¿Almuerza, señor?

Mi existencia pendía del mechón ensortijado moviéndose al soplo del ventilador. La voz del camarero se diluyó entre el oleaje de voces ya turbias, ya estallantes, que inundaba el recinto. No la oí. Entonces me alcanzó la cartilla del menú. Y yo, señalándole el plato y la bebida de mi compañera de mesa, le dije:

-Lo mismo para mí.

En ese momento ella sonreía dando curso con el dedo a unas gotas que bajaban por el azulado vidrio de la botella. Por un momento se me ocurrió pensar en lo cómico que me resultaría ser mujer. Pensé que tender redes es harto más cómodo que sortearlas. Finalmente, atropellando nuestra impensada laguna surgida en contraste con el bullicio, mostré interés en saber si mi compañera tenía parientes en Buenos Aires, si iba allá por primera vez, si por mucho tiempo... Y me sonrió agradecida: Ella nunca estuvo allá. Seguía con el índice la ruta trazada por las gotas huidizas.

-Voy a vivir con una tía solterona que fue a pescar marido y fracasó, me informó risueña; ¿no me envidia?

El vocerío cesaba a medida que se retiraban los comensales. Me puse a perorar sobre lo que entendía por celos paternos. Mi atractiva compañera, algo predispuesta al comienzo contra mi teoría, se avino luego mostrándose complaciente.

-Los mayores están llenos de cicatrices, argüía yo; de ahí su falta de sensibilidad; sólo el egoísmo está siempre a salvo; se salva íntegro; la culpa la tiene el inventor del espejo...

Ella soltó una risa señalando lo ocurrente de meter al espejo en todo eso. Y yo, con seriedad de apóstol, aseveré:

-Pues el espejo le chanta a uno las arrugas y uno cobra entonces creciente aversión hacia los jóvenes.

Ella terminaba su almuerzo, y mientras yo seguía comiendo sentía su mirada fija en mí. Bebió delicadamente el contenido del vaso y se puso de pie diciéndome:

-Gracias por la compañía; tengo instrucciones de mantenerme lejos de los hombres, aunque aparenten inofensivos...

Comprendí claramente la intención lesiva pero me limité a desearle buen descanso. En el fondo de mi indiferencia, la soledad cargaba insoportablemente. Cuando dejé el salón ya nadie comía. El silencio que allí quedaba me permitía sentir vivamente el zumbido de la máquina, el chapaleo del agua y un sensual amaqueo en mí mismo debido al medio litro de vino rosado. De regreso a mi camarote, sentía dentro un montón de cansancio. Me pesaban todas las cosas, inclusive las acumuladas en torno de mí. El pasado comenzaba adquiriendo

poco a poco fisonomía de cosa muerta. Súbitamente, mis sensaciones me sugerían las de un viudo en tren de reverdecer. Ella, cuyo nombre desconocía, viajaba sola. En tanto trataba de ignorarla zonzamente, ella estaría en su camarote tirada como yo en el mío, muy cerca, al final de un pasillo que no medía más de diez metros. Acaso buscaría en su desdén una incógnita manera de romper mi desgano viril, bonito comienzo de la nueva vida a que la condenaron sus padres. De ser así, cualquier fraude sería fatal para sus ilusiones. Por mi parte, de tanto en tanto caído en mi fosa sentimental, me inquietaba que esa mujer tratase de torcer el curso de mi obstinado sueño. Y al rato, la presencia fina y guapa de una muchacha de carne y hueso y al alcance de mi olfato me arrancaba vibraciones despabilantes. A pesar de todo, la diferencia entre nosotros era mínima: ella viajaba libre y ávida de emociones; yo, encerrado en mis dudas, es cierto, iba también hambriento de cariño, aunque el objeto de mi deseo continuase invariable por momentos. El balance, de todos modos, no me favorecía. Pensaba en Vilma sin lograr de ella, de mi esperanza en ella, tan sólo un soplo de alegría para mi sosiego, y seguía impasible sus huellas como seguía el buque su derrotero natural. Con irritante monotonía, las palas batían y batían el espacio líquido, el tiempo líquido, la distancia líquida, justo debajo de mi almohada. Qué suerte perra la de un tipo a quien le toque un camarote ubicado justo encima de la rueda motriz. Traté de figurarme, como en las novelas de Verne, un enorme monstruo flotante en cuya panza habitan seres en perpetuo tormento. Angustiado, me arrodillé sobre la cucheta asomándome a la vida por el tragaluz. El viento peinaba parejamente las olas. Por encima de los montes ribereños, bandadas de aves ejercitaban su polícroma libertad de vuelo. Estimulado por el paisaje, dí un salto hacia el pasillo escapando hacia estribor. Pasé frente a varias puertas entornadas. Volví a pasar. Minutos después yacía como antes en mi camarote, de cara al techo. Por la puerta entreabierta, en lugar de aire fresco, penetraba el calor acumulado en los metales y maderas del buque. Cargados los ojos de soledad, miraba las aberturas cuando oí pasos en la escalerilla de al lado y vi pasar una cabeza echando sombra. Y al momento, una voz llegada como un eco del enredo mental en que me debatía, me asustó:

-Buenas tardes, ¿no le tiene miedo a la soledad?

Atiné a responder:

-¡Hola!

Salté de la cucheta, la invité a pasar, y ella me dijo suavemente:

-No..., está prohibido; voy a cubierta a esperar la puesta del sol; ¿se siente enfermo?

Y nuevamente golpes de pasos en la escalerilla y su sombra por los ojos de buque. Ardí brevemente de humillación hasta que la lucha se me agudizara en el terreno íntimo. Un minuto antes no veía manera de triunfar sobre el enemigo que llevaba dentro. Y bastó un reto de mujer; cobré coraje, lo vencí y me escapé a cubierta.

El banco donde la encontré sentada quemaba a través de la ropa. Y pensé, que hacía como media hora estaba allí. Su aguantar me pareció asombroso.

Aún faltaba para la puesta, pero los rayos solares danzaban purpúreos a ras de la cresta líquida del horizonte, y eso la distraía.

-Es un incendio, le dije; ¿le gusta?

Estaba embelesada.

-¡Estupendo!, murmuró; es la belleza, una obra de Dios.

Me senté a su lado cuidadosamente como creyéndome inadvertido. Pero ese demonio vestía la más linda de las polleras. Insistí a media voz, adrede:

-Es un incendio.

Y esta vez replicó entusiasmada:

-¡Un incendio estupendo!

-Un fulgor desesperado, aduje con algo de rebusque tratando de lograr efecto; tal vez por ser el último, como el último hálito del amor, me emocioné y acabé divagando: o el último centelleo de la vida... Y entonces, diestramente, su almita de serpiente joven comenzó a enroscárseme:

-Habla como si alguna vez hubiera muerto, susurró mirándome en lo hondo; como si hubiera muerto de amor...

Debí encontrarme muy cerca de ella para que pudiese percibir la vibración de su cuerpo.

-El amor no mata, señorita, pude argüir hablándole casi al oído; el amor condena a tortura perpetua...

Se me rió socarronamente preguntándome si estaba cumpliendo tal condena, para luego agregar con repentina seriedad:

-¿Fue tan grave el crimen cometido?

Y tomó a reírse. Pero su risa era clara, sana. Su alegría estaba intacta, sin que ningún sufrimiento fuera capaz de oscurecerla. Conclusión: tenía frente a mí una proscripita con sus potencias íntegras. Aproveché un breve silencio para retroceder volviendo a los valores de aquella juventud mía sin asomo de prevenciones. El sol comenzaba a sumergirse en el río. No nos conocíamos los nombres, ni hacía falta. La tomé en mis brazos con toda la entereza que pude lograr, con mis enteras fuerzas, y el fuego de su boca, oscuro sol, se me alojó en la sangre. Pretendiendo darle la lección que se merecía, recibí una nueva. Era yo quien la tenía en mis brazos. Ella sólo me poseía el alma, pájaro sediento que la cazadora obtuvo sin pestañear. ¿Quién puede volver atrás?

-Vamos, le sugerí; estaremos mejor en mi camarote.

Mis palabras sonaron limpias, honestas, como nacidas de amor, cosa para mí sorprendente. La llevé en brazos por la escalera; entramos.

-Será la primera vez... me susurró excitada; me agradaste desde el principio; nunca antes me pasó cosa igual, ¿me entendés?

Las palabras flotaban como duendes. Nada podíamos decir que no resultase de más. El demonio del incendio solar nos anudaba, enroscando y desenroscándonos, como serpientes desesperadas.

Llegó la noche. Una noche diferente. Haces de luna penetraban por los ojos de buey; desde el comedor llegaban voces y campanileo de metales y cristales; desde abajo, el chapaleteo de las olas incesantes.

-Vestite, iremos a cenar, ¿fumás?

-Sí, gracias. Después iremos a cubierta; quiero ver la noche.

-Subamos ahora, hay una luna roja naciendo sobre los montes.

-¿Cómo lo sabés?

Le mostré los reflejos que se filtraban por el tragaluz.

Al ascender por la escalerilla eché un vistazo a través del vidrio hacia mi desaliñado camastro; el tipo que se pasaba el día sufriendo allí dentro merecía mi compasión. Tomando a la joven de la cintura, la conduje a la borda, pero pronto el fresco relente nos convenció de que mejor estaríamos junto a una mesa tendida y unos vasos. Bajamos pues y pasamos a un salón de pronto colmado de gente agradable, un ambiente donde mal podríamos no sentirnos a gusto. Saludé a varios, colectivamente, como cuando se llega a casa. Con fina deferencia ofrecí asiento a mi dama, me senté y di comienzo a una amena plática, interesándome por los detalles de su vida, los motivos reales de su embarco, sus proyectos. Deduje del diálogo que llegaba a lo de su tía y su vida cambiaba. A quemarropa le pregunté la dirección de la tal tía.

-Peralta Ramos mil cincuenta y cinco, me dijo desaprensivamente girando hacia el espejo que cubría la pared.

Quizá no creyese que lo anotaría, y no lo hice de inmediato, por supuesto, pero después sí. Veía que, desde el espejo, sus ojos bien abiertos y algo azorados me espiaban. Creo haberla sacado de su embarazo con mi sonrisa franca y amiga. Cuando se volvió y empezamos a beber estaba hermosa y yo a punto de rendirle mi inconsciente fascinación. El camarero llegó con la entrada; melón y jamón. Presidía nuestra mesa el regocijo. Durante toda esa memorable noche, Vilma quedó relegada de mi mente, suplantada en mi interés de la manera más insólita, confirmándoseme aquello de que nadie es imprescindible, incluso en el amor. Pero a las cansadas, cuando ya el alba se insinuaba y me quedé dormido con la

desconocida en mis brazos, inmediatamente que hube cerrado los ojos Vilma reapareció, esta vez sobre el muelle de la dársena donde en sueños acabáramos de atracar. Buenos Aires me la traía al encuentro para rescatarme del inconsciente resbalón. La desconocida, al verla, me dijo adiós, pero luego mis todavía confusos y dubitantes la vieron subirse en un lujoso coche donde un hombre la esperaba y la llenó de besos.

Desde su ingreso en el opresivo silencio del convento, Vilma no halló paz. Y a poco empezó desesperada la búsqueda de un medio cualquiera que la comunicase con el mundo. La inmadura decisión que la condujera a esa casa simplemente trocaba un error por otro peor. Vilma buscaba un escape, una hendidura que le diese acceso a la vida. Un día resolvió encarar a una compañera de hospicio que le ofrecía signos de confianza, una muchacha extranjera como ella, humilde y bondadosa.

-Decime, le suplicó, ¿hay un dentista que atiende aquí?

Solícita, la interrogada le respondió que sí. Buscame durante el recreo, le dijo. El interdicto y muy breve diálogo tuvo lugar en la capilla, aprovechando el murmullo del rezo. Fue gran alivio la pequeña claridad que se le insinuaba. El recreo, contados minutos de paseo a lo largo de la galería del comedor después de la cena y antes de tomar al encierro individual y estricto, las puso nuevamente en contacto. Gracias a esa compañera, Vilma supo que solamente en caso de muy agudos dolores le será permitido ver al dentista. El método consistía en pasarse la noche gime y gime perturbando la paz de la pía estancia, hasta doblegar la rigidez marcial de la Hermana de guardia, quien, a su vez, si constatase infección peligrosa o hinchazón, informaría del caso a la Superiora al entregar su turno. Sería cosa probada que de otra manera ni un dentista ni un médico podía introducirse en la casa.

Lo primero, pasarse la noche gimiendo, iba a resultar fácil, mas no así la infección o la hinchazón, síntomas que no respondían al mal que a Vilma la estaba matando. Pero pensándolo mejor, consultándolo durante una noche entera con la única confidente de sus lágrimas, la almohada, creyó encontrar de pronto solución genial, aunque bastante peligrosa, por cierto.

Vilma poseía un alfiler de gancho prendido en un lugar del reglamentario y ridículo camisón que tenía puesto. Lo sacó a tirones y con él, sin detenerse a pensar más, con todo el coraje que la ansiedad le daba, se hirió las encías brutalmente hasta donde le fue posible soportar. Y la infección no se hizo esperar. La noche siguiente veía estrellas en su encierro. No hacía sino escupir sanguaza y llorar. Y por fin, hacia la madrugada, asomándose de su envoltura de roca, la monja de guardia golpeó a su puerta:

-¡Tengo la boca infectada, hermana; ya no aguanto más!, lloraba Vilma; ¡por amor de Dios, un dentista!

En las primeras horas del día siguiente, la Superiora se enteró del problema y la mandó a buscar. No hacían falta preguntas ni indagaciones; Vilma ya no podía cerrar la boca de tan hinchada y enrojecida que la tenía.

-¡Piorrea, Madre Superiora!, mintió con voz lastimera; ¡se me ha infectado! ¡Por amor de Dios, insistió, haga llamar a un dentista!

-¡Piorrea!, se asombró la Superiora; ¡llamen ahora mismo al Doctor!

Y Vilma inclinó su dolorida humildad al retirarse a su celda. En lo recóndito, una leve esperanza le sonreía. Hasta tanto el doctor fuera llamado y la buscasen a ella para la consulta, se encerró en el baño, único sitio libre de custodias, escribió apresuradamente unas líneas para su madre, puso el papelito dentro de otro conteniendo instrucciones y súplicas para el doctor, y salió a esperar, sólo minutos, pues la monja encargada de conducirla muy pronto apareció.

Durante el tratamiento de que era objeto por parte de un amable anciano de chaqueta almidonada, Vilma aprovechó la primera coyuntura para introducirle la esquila en el bolsillo, sin que la monja escolta, abismada en sus propias reconditeces, pudiera darse cuenta de la macanuda proeza.

La carta debía ser puesta en sobre y despachada, siendo el mismo remitente quien debía recibir la respuesta y entregarla a la paciente con idénticos recaudos. Tales fueron las indicaciones escritas en la cobertura de la carta, las que el viejecito doctor, sumamente emocionado ante tan simpático cuan osado juego, se propuso cumplir al pie de la letra.

Y pasaron algunas visitas sin novedad. El doctor se limitaba a un prudente guiño a la paciente diciéndole:

-Todo bien, hijita; todo bien... Paciencia por unos días...

A la cuarta visita, el dentista apareció con signos de particular emoción en los ojos. Al cabo del tratamiento le entregó un pequeño frasco de vidrio oscuro, en tanto le decía con sugestivos ademanes:

-Eche tres gotas en un vaso de agua y hágase buches. Con esto, las lesiones acabarán por sanarse.

La visita concluyó, como de costumbre, con reverencias para la hermana custodia y un cariñoso «adiós, hijita» para Vilma. Y ésta, como siempre vigilada, tornó a su celda con el frasquito oscuro y una rara sensación que la hacía temblar.

Al retirar la tapa del misterioso frasquito, su alegría estalló. En lugar de remedio, un bien apretado rollito de papel estaba alojado en la estrecha cabidad. Con sollozos de emoción lo sacó y guardó en el más invulnerable lugar de su indumentaria, resignada, por su seguridad, a esperar la noche para leerlo.

Pero aquella noche, leída y releída la ansiada carta, sólo nuevas y peores amarguras recibió, enterándose por ella de la muerte del padre y del repudio de que la hacía objeto su propia madre al haberse enterado a fondo de lo acontecido con su vida sentimental. Supo que no tendría perdón de ella; en lugar de eso, su madre rogaba a Dios la castigase por mala hija y por amancebarse con un casado.

La leía y releía nuevamente, llorando y negando crédito todo cuanto en ella se decía y a que, fuera ése el pensamiento de una madre, mucho menos aún el de la suya propia con quien tantas angustias compartiera.

La monja de guardia, verdadera duende atisbando en la noche a través de cada puerta, llegó a captar sus lloros incesantes. Y como las novicias solamente merecían sus sospechas, más aún, ésta cuya repentina infección piorreica le olía a cuento, suavemente desllaveó la puerta y dio un empujón.

-¿Siempre las muelas infectadas?, preguntó impía.

Vilma, visiblemente turbada, mintió:

-Sí, Hermana, es un dolor terrible...

A la monja le bastó una vuelta de ojos por la celda para comprobar la real causa de tanta desazón, la carta, la que Vilma no alcanzó a ocultar y estaba allí, a la vista, sobre la cama todavía tendida.

Vilma y la carta fueron llevadas ante la Superiora, y ésta, en vista de tan atrevida violación de los preceptos de la Orden, y en conocimiento del contenido asaz condenatorio del escrito, dispuso la inmediata expulsión.

La libertad, así llegada en forma brutal, lanzó a Vilma en plena noche, en una ciudad desconocida cuyas grises calles surgían ante sus ojos como confabuladas para que el cuadro de la desolación resultase tan tétrico hasta el punto de aterrarla. Y un día lóbrego y hostil como la noche que acababa la sorprendió andando sin rumbo. Ráfagas de agua y viento la azotaban en las encrucijadas. Caminaba apretada contra los muros, golpeando con los zapatos viejos y mojados las veredas interminables, sobresaltada sin cesar por los relámpagos y bocinazos. Muy fatigada ya, se detuvo a recuperar aliento en la cavidad de un lujoso y frío portal. La pésima noche soportada a la intemperie con su valija por compañera, pensando y sollozando y volviendo a pensar, la ayudó sin embargo a entrever un posible recurso que le procurase el regreso al hogar. Estaba decidida a ello pese a todo, y abrigaba la esperanza de probarle a su madre, si la suerte la ayudaba, que dentro de su corazón continuaba siendo aquella hija de siempre. En eso estaba cuando vio pasar por la vereda la desgarbada silueta de un anciano que caminaba apoyado en un bastón. Vilma lo llamó:

-Señor..., Señor...

El anciano se sacudió de la gorra los goterones que le impedían ver.

-Señor... ¿podría decirme dónde queda la embajada paraguaya?

Y el buen hombre, con gesto resignado respondió:

-No estoy seguro, pero venga conmigo; con un poco de paciencia la encontraremos.

Y Vilma caminó a su lado en silencio hasta cerca del mediodía. Cuando por fin pudieron llegar, la Embajada estaba cerrada.

La muchacha resolvió quedarse esperando a que la abriesen. El anciano se llevó la mano a la gorra en ademán de adiós.

A las quince, el enorme portal se abrió y Vilma pudo arrojar su abatimiento en el hueco de un sillón de la antesala. Los funcionarios, insolentes hasta con las miradas, divagaban pronósticos futboleros para el domingo próximo. Y era martes.

Vilma se aventuró acercándose a uno que, por el peso de las opiniones, parecía poseer predominio en el grupo.

Soy paraguaya, comenzó diciéndole, y necesito...

-Necesita pasaje, la interrumpió; espere, todavía no llegó el «boletero».

Y escupió una colilla que le empezaba a quemar los labios. Luego agregó:

-No le fue muy bien el negocio, según parece.

Las risitas que siguieron a la idiotez la obligaron a desplomarse nuevamente en el sillón y esperar callada. Tal vez aquél a quién llamaban «el boletero» tuviese alguna pizca de gentileza, y antes de vejarla gratuitamente, la quisiese ayudar. Paciencia...

Debía derrochar paciencia pensando en que otro camino difícilmente podría encontrar.

-Dios mío, sangraba por dentro, ayúdame a retomar la senda de la paz...

Aproximadamente una hora más tarde, el sujeto que la había ofendido se sentó a su lado. Giraba entre los dedos un pucho sin quemar en tanto le dirigía un susurro dulzón:

-Si querés volver al Paraguay, hasta el jueves no hay tren. Pero eso no tiene mucha importancia. Tomá mi tarjeta. Esta noche tendré un pasaje listo para vos en mi departamento. Podés quedarte allí hasta el jueves. Te espero sin falta.

El susurro fue cobrando volumen brutal en los oídos de Vilma. La idea del pasaje listo, el departamento, la tarjeta, todo comenzó a girar imitando el ritmo nervioso del asqueroso pucho que veía entre los dedos del tipo. Te espero sin falta, te espero sin falta, te espero sin falta... No había comido desde el día anterior pero su hambre había cesado. Sentía náuseas.

Cuando finalmente abandonó la Embajada casi escapando, era muy avanzada la tarde y la lluvia había cesado. Debía pensar en algún otro modo de resolver su problema. Apenas dos cuadras anduvo por la misma calle antes de doblar hacia el centro, hacia la parte comercial de la ciudad. Una nueva esperanza se insinuaba de pronto en ella: encontrar un trabajo, cualquier trabajo que le facilitase los medios para volver al Paraguay. A poco, un pequeño aviso puesto en una vidriera la detuvo. Con letras de molde, el cartelito anunciaba: «Se necesita empleada para Bar, tratar aquí».

Vilma se aproximó a la entrada. Un hombre de edad madura atendía una oficina, no un bar. Vilma dudó un instante, y luego, impelida por la real urgencia de encontrar ocupación y albergue, entró.

-El bar a que se refiere está en la provincia, le dijo, el hombre, pero la paga es buena, tiene cama adentro y comida.

Sin vacilar un instante, Vilma presentó sus documentos personales y explicó que aparte de ser maestra, había estado con las monjas; sabía hacer de todo, limpiar, cocinar, coser, todo. Lo aprendió desde niña, ¡claro!; en realidad, las monjas, antes que enseñarla la explotaron y la despidieron luego sin un solo centavo. Y ahí estaba. Francamente, ella necesitaba ese trabajo, pero no tenía veinte pesos para pagarse el pasaje.

Al examinar su identidad, quien la atendía exclamó con agrado:

-¡Ah, es paraguaya!

Y muy amable a partir de entonces, le contó que sus antepasados también lo eran, que llegaron huyendo de la guerra grande y que allí quedaron para siempre.

En cuestión de segundos, la melancólica reminiscencia resolvió el problema de Vilma. El contratante le adelantó el dinero para el pasaje y le entregó una nota de presentación para el encargado del Bar.

-El ómnibus sale de Plaza Once; hay uno a las siete, tiene tiempo de tomarlo, le dijo, ¡adiós!

Y Vilma fue para allá.

A las diez de un día invernal toqué a la puerta del monasterio y pedí hablar con la Superiora. Por ella me enteré de que ya nada sabían respecto a Vilma. Se fue hace más de un mes me informó, y sepa usted, señor, que las que dejan la Casa de Dios no merecen nuestro recuerdo. Ella pertenece al mundo que circula en las calles, me dijo; búsquela allí.

Desde lo alto de la escalinata del adusto edificio tendí la mirada hacia las calles que me indicaba, hacia la inmensa ciudad envuelta en bruma, impasible ante el dolor incógnito.

Había caminado desde la madrugada, tocando vanamente a la puerta de numerosos monasterios e internados, herméticas residencias del silencio, bajo una penetrante lluvia. Nunca había visto llover con tanta persistencia. Desde que hube puesto los pies en Buenos Aires, el agua no cesaba. Y pese a ello anduve de barrio en barrio preguntando, buscando pacientemente, indagando. Nadie daba noticias de las Hermanas del Buen Camino ni de su casa Matriz. Ni en las guías figuraba ese nombre, pero a las diez de aquel día lo encontré. Y ahora que lo encontraba, ahí ya no estaba Vilma.

Al bajar la última escala me detuvo la voz de la monja:

-Espere un poco, señor... le entregaré un paquete que aquella dejó olvidado.

Regresé a esperar. La anciana de prominente nariz y vestida de impecable hábito blanco reapareció al rato con el paquete metido bajo el crujiente manto. Con prestada sonrisa me lo entregó, rogándome se lo diese a los pobres en caso de no encontrar a Vilma y que rezara por ella.

Desandando las calles en dirección a mi posada, podía ver aún su sonrisa sin luz ante mis ojos y podía oír el árido eco de sus palabras. Algo había notado en la odiosa monjita que me recordaba cierta pieza teatral cuyo nombre se me había borrado de la memoria. Se trataba de brujas vestidas al estilo. «Las Brujas de Salem», quizá.

Apuré los pasos y apenas hube llegado a mi hospedaje, abrí el paquete. Vilma había traído consigo al convento su delantal de colegiala, y allí la dejó. En su invariable blancura podía notar el tizne de mis manos. Un par de medias también blancas, inútilmente blancas, y un guante del mismo color, par sin duda del que yo guardaba en mi bolsillo interior, completaban el pequeño hato. Encontrarme con todo eso me causó una desazón tan intensa que me ahogaba. Al cabo de gran esfuerzo entré a razonar. Vilma había vuelto a la casa. Se me representó la desesperada situación de su familia, a la que tan pobre favor había hecho yo, por cierto. Pensé en la madre palúdica, ahora viuda, y me afirmé en la idea de que Vilma, reconociendo su error, hubiese resuelto volver.

Acabado el apronte de mis valijas, pagué la posada y llamé un taxi. Era jueves. A media tarde solía partir un tren rumbo a Paraguay.

-A Federico Lacrosse, indiqué al conductor.

Fijándose en mí por el retrovisor, se percataría de mi destiño, porque, espontáneamente, me advirtió de algún cambio de horario habido para el tren que yo debía tomar, aunque sin llegar a precisarlo.

-No importa, me apresuré interrumpiéndolo; total, hora más, hora menos...

Volvió a mirarme sin decir nada más. Entonces di libre curso al torrente de mi pensamiento. Entre todo y pese a todo, comencé a prestar atención a las protestas de mi estómago. Desde la mañana no había comido, de modo que parte de mi tiempo sobrante lo aprovecharía en un restorán. Por los vidrios del parabrisas Y los costados el agua corría mansamente.

-Tiempo asqueroso..., se quejó el taxista; luego anunció: llegamos.

Tan mojado como me encontraba desde la mañana, la lluvia perdía toda importancia para mí. El taxista dejó el coche y me ayudó con el equipaje hasta la boletería, donde, a cambio de la consabida propina, me auguró buen viaje.

En la pizarra de trenes generales apareció: Nordeste Argentino y Paraguay, hora 21,30. Miré el reloj de la estación, el mío: las tres de la tarde. Era lo que el taxista me había querido advertir cuando lo apabullé con mi tontería. Más de seis horas disponibles tenía para lo que me viniera en gana. Tomé pasaje y deposité mis bultos en el hall de Villalonga Forlong, adyacente al edificio de la estación. Entre tanto, en la calle persistía la lluvia. Caminar bajo la lluvia era una de esas debilidades que me venían de la infancia. Compré Crítica 5ª, más para cubrirme el sombrero que para leer y me largué entre el vaivén de bocinazos, chapoteando en el agua callejera. Andando a los saltos una buena cuadra, pensé de pronto en un cine. Si hubiera uno cerca. ¡Claro que sí! A sólo una cuadra se veía una de sus clásicas fachadas, y allá me dirigí. Si la película no valía la pena, tan siquiera me ayudaría a dormir un rato. ¿Comer algo antes? En realidad, de momento se me había quitado el apetito. Faltando poco para llegar comprobé que la suerte mía continuaba malandra. Refugiado bajo la marquesina desierta, me dispuse a hacer planes. Ahora, la lluvia se atenuaba. Se me ocurrió continuar caminando hasta encontrar un tranvía, treparme en él, acomodarme en un asiento y huir de mí mismo por un par de horas. Pero el tranvía que pude tomar no iba tan lejos como yo pensaba. Pronto desembocó en una ancha avenida y al poco rato daba un rodeo por la plaza Italia y regresaba. Palermo estaba allí, a una cuadra larga. Dejé el tranvía sin haberlo pensado. Creo que se me había ocurrido ver Palermo bajo la gruesa llovizna. Desde muchos años atrás no lo veía, desde mi adolescencia, cuando estudiaba en la Escuela Industrial, y a las salidas, en altas horas o en los mediodías domingueros me confundía entre el follaje de sus paseos, soñando con una tal Felicidad, a la que conocía a través de ciertas películas romancescas de Cine City o de fotonovelas picarescas que azuzaban mi joven esperanza.

Bajo lluvia, Palermo no es lugar atractivo. En mi caso, sí. Aquello me pareció un oasis. Me introduje en la penumbra de un patio andaluz, me senté en un escaño con techo cubierto de jazmines, listo para ingresar en el submundo de mi mal dorada fantasía. De los follajes caían gotas en el azulejado espejo del estanque. Me aproximé a él. Cada vez que una gota caía, mi triste figura se desdibujaba. Pese a la lluvia, creo haberme quedado dormido allí sentado durante algún tiempo, hasta que de pronto, emergiendo del estanque, se me apareció la forma difusa del rostro que me ocupaba entero. ¡Wilma! Me desperté azorado. Al levantarme para seguir andando, a pocos pasos de mí, la hosca silueta de un vigilante se movía a la par de la cachiporra suspendida, como un péndulo. Me alejé dejando atrás ese vigor increíble que derrochan los parques bajo la lluvia. A poco se prendieron las luces en

las calles, Buscando un restorán caminé por Santa Fe unas cuadras hasta detenerme bajo la marquesina de otro cine, éste en función, pero esta vez el hambre picaba.

Sobre el techo de cristal resonaba el tamboril de la lluvia. Algunas gotas me corrían por los omóplatos. Volví a contar las horas que me faltaban para partir y continuaban siendo varias. Pero merced a la corta dormida se me había mejorado el ánimo. Continué la marcha y súbitamente me encontré en la calle Peralta Ramos. ¿Peralta Ramos? Leí la placa dos veces, intrigado. ¿Acaso la calle de la desconocida del buque? Busqué de prisa la agenda donde la había anotado. Y, en efecto, sin pasar de la primera página, intencionadamente destacada, estaba allí: Peralta Ramos 1055. En el portal que tenía frente a mí se leía 990. No debía caminar más de media cuadra.

Toqué el timbre varias veces a la entrada de una casa antigua con escalera y balcones. Ya dispuesto a volverme y seguir mi camino, oí pasos en el cancel y pude distinguir a través del cortinado una forma femenina.

Tratando de refrenar mi emoción, aguardé. Y, en efecto, ella misma fue quien abrió, saludándome visiblemente contrariada. Hizo lo posible para que mi visita se limitase a un saludo de zaguán. Toda confusa, me explicó porqué lo hacía:

-Espero visitas, sabe, amigos de mi marido...

Y al acabar de decírmelo todo, se llevó la mano a la boca, como asustada.

-Este... continuó, ¿se va de vuelta al Paraguay? ¡Feliz de usted que puede irse cuando quiere! No hay como nuestra tierra, ¿verdad? Y suspiró.

Yo quise hablar pero ella no había terminado el discurso:

-Desde que me casé... ¡ay, Dios mío!, ¿qué derecho tengo de amargarlo con mis problemas? Mire, de todo corazón le deseo buena suerte. ¡Ay, me encantó su compañía en el barco! ¡Buena suerte, he!

Retomé la calle con el seso girándome a varias vueltas por minuto. Sentía una irreprimible urgencia de alejarme, y corrí. Llegaba a la esquina cuando la lluvia arreció de nuevo. Entonces me percaté de que continuaba con el sombrero en la mano. Tomé el primer trolebús. Por fortuna, me dejaba bien cerca de la estación.

Atraído por los letreros de neón, fui a parar en uno de los restaurantes «La Vasca», donde de buen grado me dispuse a restituir mis maltrechas energías. Pedí Martini, bebí hasta sentirme bien aéreo y casi libre de mis cuitas. Entonces pedí una buena cena, y ya rechoncho aunque algo flojo de piernas, me asomé a la calle. Pude ver a un par de cuadras un enorme anuncio luminoso: «El Crimen de la Calle Morgue». ¡Por fin un cine como la gente! Aún me quedaban dos horas disponibles, de modo que pagué y entré justo al tiempo que la monstruosa bestia se solazaba clavando las garras en el cuello de una núbil criatura desmayada de horror. Entre crespones manchados de rojo, el gigante simio se lamía las

garras esmaltadas sonriendo a una platea delirante de emoción brutal. Y espeluznado por la orgía de sangre, huí yendo a refugiarme en un taxi.

El tren partió a la hora indicada, bajo torrencial lluvia. Pocas personas quedaron en el andén agitando húmedos pañuelos a los viajeros. El mal tiempo restaba emoción a la partida que de suyo parecía señalada por la opacidad. Desde entonces nos vimos detenidos continuamente por la masa de agua que inundaba y conmovía los basamentos de las vías. Interminables esperas y tediosa media marcha soportamos. Mis vecinos de asiento se pasaban yendo y viniendo al comedor o fumando como locomotoras. Yo lamentaba haber arrojado al raudal mi diario mojado. Debía conformarme contemplando a través de la ventanita cerrada el mar que se desplomaba desde las nubes.

Llegamos a Zárate, empalme del Ferry Boat, con muchas horas de atraso. Entre las frenadas y el estrépito de la lluvia sobre el techo de zinc, pude distinguir la voz del guarda que gritaba: «¡Señores pasajeros, el tren continúa recién mañana, el tren, no sigue hasta mañana...»

Algunos vanamente nerviosos descendieron pidiendo explicaciones. Pero las estridencias de una grúa que arribaba empujada por un promontorio mecánico ahogaron sus protestas. Poco después nos enteramos de lo ocurrido. Era que el convoy procedente del norte, corriendo con más de un día de atraso, abandonó el Ferry con tanta mala suerte que al hacerlo descarriló la locomotora y rompió los atraques. Allá iba pues la grúa y era inevitable la demora debido a que las averías, presumiblemente graves, afectaban al movimiento general. A poco oí comentarios referentes a los pasajeros del tren accidentado. Felizmente ilesos y refugiados en los hoteles a fin de procurarse una espera soportable. Hube de resignarme pensando que, así las cosas, también yo podría dejar el tren y buscarme un hospedaje para la noche. La orden impartida por el jefe de estación, salvo algunas maldiciones, fue finalmente acatada por todos.

Así pisé tierra de Zárate por vez primera, si bien, por tan semejante a cualquier barrio de Buenos Aires, me parecía conocerla desde siempre. Las aceras, los edificios, las plazas con palmeras y abetos, todo yacía lúgubre bajo la fastidiosa lluvia. A dos cuadras de la estación encontré una vidriera con el clásico anuncio en semicírculo: «Bar». Desde adentro, un puñado de parroquianos miraba estallar las gotas contra el pavimento. Entré, pedí café y me sumé a la colectiva holganza. La lluvia permitía sentir en la piel la quieta huida del tiempo. En eso estaba cuando noté que alguien se sentaba a mi mesa sin hablar, una mujer, ¡Vilma!

No la había visto entrar porque mis ojos, al igual que los ojos de los demás, miraban sin ver. Al reconocerla salté, la abracé, la besé fuera de todo control, sin oír, siquiera el torbellino de murmurios de golpe desatado en el bar como un avispero. ¡Tanto haberla buscado, tanta obstinación derrochada por las calles amargas bajo la lluvia, tanto desasosiego por creerla perdida y ahora estaba frente a mí! Oscuros mecanismos de la fatalidad nos habían condicionado el reencuentro. Agotadas las ganas de ser monja y no hallando medios decorosos para volver a Paraguay, resolvió buscarse ocupación. Encontró

de inmediato una simple, con cama adentro, en un bar, en ése mismo donde nos mirábamos perplejos frente a frente. Era todo.

No recuerdo las palabras con que la festejé, con que festejé tanta postergada felicidad. Pero sí, vivamente recuerdo la conclusiva experiencia recogida entre ambos durante la lluviosa noche, encerrados en la habitación de servicio que ella ocupaba, donde la fogarada inevitable había revivido las secuencias de la última noche en el parque y acabó matando nuestra quimera definitivamente.

Al alba, brumoso amanecer de un día de setiembre, ya sin lluvia, me acompañaba silenciosa en mi regreso a la estación. Habíamos de pasar toda una vida sin que volviésemos por esas calles en una hora igual. Llegado que hubimos al andén, el tormento se hizo voz:

-Si te quedabas en Asunción, hubieras conservado intacto nuestro hermoso sueño de amor, me dijo.

Vanamente intenté disuadirla de aquello que yo consideraba un error.

-Es que ando de error en error, me replicó; el de anoche, el último, servirá para confirmarme en mi renuncia; he resuelto no ser esclava de un amor sin futuro; te amo pero me amo a mí misma mucho más; por eso, prefiero seguir sola, con mi cruz. Vos la tenés a tu pequeña Alba; quiero que vuelvas a ella y le des un secreto beso de parte de la señorita Vilma que ella conoció.

Lloraba. Yo la comprendía menos que nunca. Creía, necesitaba creer en la felicidad compartida con ella, y se lo dije con vehemencia, suplicándole.

-Ambos delirábamos, es la única verdad, me dijo en tanto me abrazaba; la poesía murió hace mucho tiempo, en aquel parque, ¿te acordás? Anoche quemamos un cadáver, nada más. Y no insistas, por favor. Vivirás en mí sin amargura si me dejás en paz. Adiós, mi Juan. Rezaré por los dos.

Varios años después, al cabo de uno de mis frecuentes retornos, me enteré de que Vilma se encontraba en Asunción acompañada de un hijo de edad escolar. Fui a visitarla en la vieja casa donde por último había renacido la calma. Platicamos como excelentes amigos. Conocí al niño y supe por él que se llamaba Juan.

Regresé cruzando los mismos chircales de antaño, por los mismos caminejos, hasta la avenida. Con el mismo tranvía me acerqué a mi morada, sin poder quitarme al niño de la mente. Se llamaba Juan, como yo, y no debía saber que soy su padre. Ese era mi castigo. ¿Y el suyo, por qué?

Pero al fin pude comprender algo de particular importancia: De aquel amor, no sólo había quedado una sombra.

## Alias, la muerte y otros cuentos

### La muerte

Corría un violento verano de la post-guerra, plagado para colmo de profusa delincuencia, la que en ciertos lugares del territorio era reprimida con dureza extrema.

El maleante Juan Careaga, con apenas veinte años y ya famoso, regresaba de sus terribles andanzas aun sabiendo que no tenía perdón. Y era que perdón, palabra mansa, no figuraba en el vocabulario de los mandones lugareños. Juan Careaga, empero, había decidido entregarse, expiar su culpa, borrarla. Si acaso le perdonaban la vida sería como nacer de nuevo. Nada mejor le podía ocurrir.

Con tales pensamientos venía desandando el camino de sangre en el cual cayera siendo casi un niño. Regresaba al lugar donde veranos e inviernos lo habían visto crecer penosamente, y donde una noche comprobara espantado el apagón de una vida entre sus manos, la de su primera víctima.

Ojalá hubiese podido olvidar todo el horror de aquella noche. Y tal vez lo hubiera conseguido si no fuese por un fiero bochorno, de esos que uno lleva hasta la tumba. La joda era haber nacido macho, aserto que no pocas veces exigía pública demostración.

Parte de la culpa, desde luego, la tenían los bailes de José Martínez, viejo bolichero muy compinche del comisario, un perdonavidas pasivamente odiado en la comarca. Las arpeadas bajo la parralera del boliche, al sólo ser anunciadas, provocaban vibraciones que subían de las ingles a los pechos, y eran como sortilegios capaces de quitar cualquier mal pensamiento. Por eso, llegada la fecha, todo el mundo dejaba en olvido la odiosa yunta del viejo, y la pista se abarrotaba desde el ocaso.

Bárbara y todo, no era fácil olvidar la noche aquella, aquella lumbrarada de faroles enmarcando el torbellino de faldas, la música de cuerdas, la galopa embriagada de mistela y carmín...

Era la noche de su primer pantalón largo en público, la de su primera masculina euforia. En tren de estrenos, la imaginación le viboreaba cálida, impactada por el fogoso aliento de las mujeres, las muy taimadas, las que al pasar a su lado remarcaban el fru-fru de sus meneos.

Juan Careaga contuvo el trote del montado. Sonreía rescatando alguna que otra dormida emoción, hasta que, sofrenando la fantasía, hizo como obligándose a sí mismo a despertar, como si en su real situación esas remembranzas cayeran impropias. Endureció el semblante

y picó los ijares. Semejantes ensueños debían serle ajenos. Y la sonrisa se le tomó de ajenjo. Acabó dejando al caballo descansar un rato mientras él reflexionaba. Finalmente reaccionó: «¡Hijueperra!»

¿Qué podía privarle del derecho a recordar? Tensó las bridas y continuó recuperando recuerdos, trotando al tranco de ellos, viviéndolos de nuevo. Ya nunca estuvo en baile alguno como aquél, el de José Martínez, con faroles a carburo y mistelas al anís. Arriba, en el hueco de la noche dormitaba la luna. En lento trote, el viajero posaba la vista en ella una y otra vez. Luna rellenita, sensual, como nalga desnuda.

Y siguieron tenaces y punzantes las evocaciones de la noche aquella: Un aire cálido y denso de aguardiente y sudor, una polca que de pronto remontaba las escalas de un color partidario y los faroles que entraban a temblar. Aún le parecía estar viendo sus concéntricos destellos, arcos iris que estallaban en las hojas mojadas de rocío. Y vino lo peor: un hombre cuyos ácidos gestos no olvidaba, harto conocido por todos los presentes, hizo su aparatosa entrada. Unos, cautelosos, hicieronse a un lado, dándole paso. Otros prefirieron marcharse. El hombre, alzado sobre enormes botas, paseó la mirada por la pista. Su estatura y su silencio impresionaban. Avanzó luego hacia las vendedoras de mistela, alineadas al fondo, a lo ancho del patio. Viejas y muchachas, al verlo dirigirse allá, se apresuraron ganándose en atenciones: Señor Comisario, porá guasú, qué pa se va servir... Carái Comí, vení acá, voy a presentarte a usté mi ñeta... Y vasos tintineantes, competían yendo y viniendo. La autoridad bebía manoseando mansas nalgas y mamas.

Entretanto, el baile recuperaba el furor discretamente moderado a la llegada del huésped, precipitándose ahora hacia su punto escaldante. A poco, la misma tierra parecía contagiada del frenesí danzante cuyas febriles caras lucían una propicia máscara de polvo. Pechos y vientres cada vez más apretados atizaban una sed sanguínea expresada en contoneos cuyo ritmo ya nada tenía que ver con el de la música. Y en un cenital instante, tan de sorpresa para todos, la tonada rebelde y prohibida de un «Solito» electrizó a la concurrencia. Algún osado, conociendo la excesiva tirria del recién llegado mandón hacia las travesuras, le gastaba la peligrosa broma deslizado una buena propina por la tronera del arpa. Y la sorpresa llegó a la mudez cuando un precoz bailarín descalzo apareció toreando solitario en el círculo de faroles. ¡Y era él! ¡Y qué bien lo hacía! Se le contraían y cimbraban las fibras de todo el cuerpo. Las viejas entraron a murmurar; las jóvenes vibraban.

Al cierre de la primera vuelta, alguien del montón le gritó:

-¿Y la pareja, chambón? El círculo se apretó. Lo veían aproximarse a un sector del público, tender las manos implorante, y... de pronto, un rumor ahíto de admiración y envidia ganó la atmósfera. Era que la más linda morocha del poblado, vanamente apetecida por varios (incluso el comisario), acababa de saltar a la pista. Cabellera arisca al viento, desafiantes las caderas, la morocha se lanzó a girar sonriente, esquivando a su perseguidor, bebiendo ávida la extraña emoción mitad sexo, mitad magia que provocaban los acordes del tabuizado «Solito». Y él, sintiendo un canto en su corazón de macho joven, la seguía: una sentada, un esguince, una cabriola... y, de repente, un cavernoso retumbo le pasmó el embrujo:

-¡Pare la música!

Un trío de soldaditos de comisaría, oscuritos y anémicos, apostados a la entrada tal la odiosa costumbre, se le abalanzó con alarmante crepitar de cerrojos. La autoridad, plantada en el círculo, pegó un saque de teypruguy, yendo la trenza de cuero crudo a estallar en pleno rostro del bailarín descalzo.

-¡Al calabozo!

A la orden acompañó un elocuente ademán en cuyo acatamiento pusieron los subordinados su entero empeño. El muchachito descalzo, pálido ante la agresión, sosteniendo entre los labios el hilo de sangre que le bajaba del pómulo quebrado por el látigo, tenso y frío, giró la vista en torno de sí como midiendo el espacio, y en el segundo crítico en que los soldados lo acorralaban para aprehenderlo, un grito como un rayo rajó el aire, un subrepticio puñal centelleó a la luz de los faroles, y el relámpago puso un tajo en la cara de cada soldado, una mortal puñalada en la panza del comisario y se hundió en la noche.

En el círculo de faroles quedó una roja estela de salvaje fiereza.

Apenas concluido el sepelio, ya el cargo vacante estaba cubierto. El nuevo, de nombre Juan Pío, era teniente de reserva y, según lenguas irreverentes, ex-cuidador de prisioneros de la guerra chaqueña, que era como decir ex-cuidador de cerdos. Llegó de la capital con el tren del crepúsculo. La gente no tardó en enterarse de que traía la prioritaria orden de atrapar al asesino a cualquier costo a los efectos de que recibiera el merecido y ejemplar castigo.

Semanas de terror se sucedieron desde entonces en el poblado. Requisas y apremios inútiles y brutales fueron los signos de la nueva situación local. Y en tanto la flamante autoridad se atiborraba de violencia, el asesino tuvo tiempo de llegar increíblemente lejos. La misma noche del crimen, ayudado por las tinieblas cómplices, había dejado el lugar para dirigirse, pese a su confusión, al común refugio de los perseguidos, el Alto Paraná.

A pocas leguas de su pueblo había encontrado al que debía ser su compañero de excepción. Pasía, afanoso, con la silla puesta, en tanto su amo, próspero a juzgar por las alforjas, dormía despreocupadamente a la sombra de un montecillo. Bella estampa lucía el potro; un malacara. El delincuente se le aproximó con modales de amigo, le acarició el testuz, inspeccionó la silla y las alforjas. De ahí en adelante fue hombre de a caballo con aire de importancia.

En las guaridas humanas del Alto Paraná, sólo aquél que cargaba en la conciencia con algún finado respetable o algo de mayor cuantía se ganaba de entrada alguna consideración. El infeliz que llegaba huyendo del hambre sucumbía tarde o temprano, inexorablemente.

Él fue recibido como correspondía, acorde con sus condiciones de coraje y guapeza que, resonando a través de picadas y obrajes, lo habían precedido. Las noticias acerca de sus hazañas corrían sabrosamente aderezadas para el gusto arribeño, de boca en boca. Lo

armaron pues adecuadamente, lo ilustraron en la dura ley de los emboscados. Había caído en el propicio medio. En poco tiempo, su imberbe jerarquía maleva cobraría justa dimensión.

A poco, en efecto, ya bien crecido en renombre, se ganaba un feroz apodo: «La Muerte». Los malvados capangas obrajeros ya conocían para entonces su contundencia de rayo y su astucia de hombrecillo que encontraba un especial deleite en matar. Incluso los bien resguardados patrones, afamados por sus crueldades, sintiendo el pellejo en real peligro, huían a ponerse a salvo en los mullidos living-rooms de las urbes. En cambio, curiosamente, para los miserables enganchados con los garfios de la implacable libreta de cuentas, poco a poco, «La Muerte» fue encamando al vengador cuyo ejemplo debían recoger algún día.

Entretanto, un año escaso fue necesario para que el eco de sus nuevas numerosas hazañas pudiese atravesar las cuarenta leguas que separaban al Paraná del reino de Juan Pío. Sensacionalistas noticieros de la Capital ya se habían encargado de dar destacada difusión a las andanzas de «La Muerte», haciéndolas repercutir en todo el país. «Todo aquél que intentase capturar al maleante -repetían los lectores asombrados- dicen que es hombre muerto, dicen que ya mató a más de treinta Y cada vez que el tren llegaba con más periódicos, más gente desorbitada comentaba lo difundido acerca de «La Muerte», a quien, entre líneas y líneas, ya comenzaban a endilgar posibles pactos diabólicos.

En cuanto al muy férreo don Juan Pío, pese a las habladurías poniendo en duda sus condiciones para enfrentarse al famoso malandra, cada día menos podía permitirse volver atrás. Era llegado el tiempo de exhibir la validez de la montada «carta blanca» que decía poseer, hasta entonces motivo, nada más, de un odio maligno que él sentía en la nuca. Era que la tal excepcional facultad le permitía liquidar a cuantos «la muerte» veníasele en ganas sin tener que afrontar por ello más que la ufanía del deber cumplido. Y, a propósito, habiéndose además establecido una recompensa para quien fuese capaz de dar caza al asesino en fuga, pues bien, de ser él, Juan Pío, el de la colosal proeza, más de un chismoso pueblera había de quedar con jemes de narices, mordiéndose la lengua de envidia.

Ya en pleno ajetreo de partida hacia el Alto Paraná, oyó de bocas disuasivas el cuento de que aquella selva solía tener sus trampas, que muchos otros punidores habían dejado allá sus bártulos y que un chapetón corría el riesgo de pasarse la vida entera en vana búsqueda si no contaba con un rastreador baqueano. Mas, nadie deseaba ser de la partida, nadie más que los obligados conscriptos de cara marcada y algún otro novato apenas hábil en el manejo de armas. Los muy liosos vecinos servían solamente para desalentar, de tal suerte que a Juan Pío no le restaba otro recurso sino hacer las cosas del modo que mejor le cupiera. Pero él iba a mostrarles muy pronto sus agallas. En cuanto a baqueanos, estaba seguro de poder conseguirlos. Por alguna paga los encontrará en cualquier obraje de la ribera.

Y, así, a la cabeza de cinco fusileros, un día pisó los bordes del vasto misterio forestal. E, increíblemente, desde el primer contacto logrado con gente de los obrajes, su optimismo empezó a sufrir. Era que ningún vestigio válido se le insinuaba, ninguna referencia útil. Aquél que hablaba mentía o se despachaba con evasivas: «Kyvo ndaipori...» «Ore

ndoroicuaai...» «Kyvo ndaipori...» Nadie sabía nada. Parcas e invariables respondían esas bocas chupadas por la desnutrición. Sólo una cosa resultaba clara: entre autoridades y delincuentes, estos, sin duda, ganaban mayor predicamento. Por solidaridad o por miedo, las bocas preferían permanecer selladas. Y para colmo de males, ningún baqueano mostraba ganas de correr el albur contra «La Muerte». Pero no faltó -eso sí- quien sobre pies fantasmas atravesara leguas infernales llevando el oportuno aviso al malevo.

Juan Pío notaba entre tanto penosamente desinflada la moral de sus hombres. La marcha horrible, los voraces insectos y el progresivo miedo los abatían. Pero debían repechar la espesura así sucumbiesen, la maraña que adensaba su carga silenciosa, los espinosos laberintos de troncos y follajes que se trenzaban inexpugnables hasta ocultar el cielo.

La textura insondable de ese silencio vegetal apretaba gradualmente y la angustia tan real y enervante devenía que un trino lejano y agónico de tanto en tanto o el sordo cascabeleo de las víboras ayudaban enormemente a recuperar la sensación de estar vivos. Ni fieras ni reptiles aparecían ante la vista, pero sí aparecían sus huellas, diseminadas como hojarascas, cual si fuesen las huellas de seres incorpóreos e invisibles que sin embargo los acechaban y les seguían los pasos.

Tras una eternidad agotadora surgía un claro, algún obraje desértico, algún malezal pestífero. Mientras, el miedo crecía, un miedo pronto a estallar ante la caída de una hoja o el chistido de un grillo. Estériles días y noches transcurrían; la vitualla comenzaba a flaquear; el agua escaseaba y ningún obraje aparecía ya. Ni siquiera un riacho. Habían quedado atrás demasiado lejos. Y ni podían saber la distancia que los separaba del río. Cada vez más, los soldados marchaban como pisando un planeta hostil, agotados, enfermos, enteramente disminuidos, reprimiendo apenas sus ganas de desertar. Juan Pío rumiaba con amargura las advertencias de sus odiosos vecinos, rotundas realidades tontamente desoídas. Una sensación desconocida empezaba a sentir subiéndole por los talones. La creciente abulia de sus hombres lo irritaba cada instante más, soportando la certidumbre de que con ellos nada podría frente al malevaje. Pero los malevos sí -renegaba- pueden en cualquier momento quemarnos las caras. ¿Dónde estarán metidos los condenados? ¿Será verdad lo de las trampas? La desesperación estaba cerca.

Juan Pío no había dormido desde su Primera noche en la selva. Centelleos de cuchillos le robaban el sueño. Juan Pío mascaba nacos y escupía hiel. Los pajarracos anunciaban, de tanto en tanto una noche más, otra noche espectral, más temible aún que las anteriores. Desde el alba marchaban: jorobándose al pedo, tal mascullaba el teniente. Y llegó un momento en que, consciente o no, se rezagaba, demoraba la marcha.

Se había cargado a la espalda, además de la propia mochila repleta, todo el alimento y el agua que les quedaba. «Lo hago por el bien de todos», había explicado, proveyendo luego la brava consigna de tener que pelear hasta la muerte en cualquier condición. Naturalmente, se trataba de una orden dirigida a soldados, quienes la debían cumplir. Exhausto, se detuvo. Oscuras visiones empezaron a darle vueltas royéndole la imaginación como escarabajos. Abandonar la búsqueda y emprender el regreso fue primeramente un atisbo, una mera fugaz idea. Luego sobrevino un inseguro pero insistente propósito, oculto en su secreta cámara de imágenes inconfesables. ¿Qué pensarían por su parte los soldados, los cinco esperpentos

maltrechos por la maraña, en esos mismos instantes? A Juan Pío lo inquietaba más que todo la expectativa de la gente que había quedado en el pueblo con la incrédula antena tensa hacia la selva del este. Las filosas y sañudas lenguas pueblerinas eran capaces de hacer morir de rabia al más astuto. «Y bueno, acabó conformándose, en el peor de los casos, entre morir o pelear, los soldados elegirán pelear».

Al reanudar la marcha se percató de su excesiva demora. Los soldados, de haber continuado a tranco regular, estarían bastante lejos. Trató de apresurar los pasos, pero ahí surgió lo imprevisto; no veía huellas, las había perdido. «¿Qué hacer? ¿Llamarlos? ¡No! ¡Ni pensarlo!». En efecto, nada peor podría ocurrírsele. El enemigo se encontraba sin duda agazapado en cualquier lugar de esa selva, cerca o lejos. Más valía andar con cuidado.

Los soldados no se habían detenido. Avanzaban, ya en fila de uno en fondo, ya reagrupándose apenas la maraña les permitía, sin mayores tropiezos aunque sin poder pensar en otra cosa que no fuese el «guazú apí» o el «ñujha mbocá», típicas artimañas del asesinato montaraz, espantados ante la aprensión de su horrible destino. De pronto, el más avanzado retrajo el paso. Ciertas huellas que creía ver lo azoraban.

-Lo mitáaa -llamó-, Comisariooooo, venga un poco ayer eta cosa...

Arrastrados en la casi penumbra, pudieron comprobar de inmediato que se trataba de huellas humanas, frescas, y además huellas de caballos.

Y fue recién entonces que, buscando obtener la opinión del superior, ¡zas!, cayeron en la cuenta de su desaparición, y el horror ensombreció las caras ya de suyo tétricas. Lo llamaron a media voz, una y otra vez, sin obtener respuesta, lo aguardaron hasta bien entrado el crepúsculo. Y nada.

Mientras tanto, pasado el desconcierto inicial, aunque no el creciente miedo, se asomaban las dudas. El hecho de que la intrincada maraña lo hubiese aislado y apartado del rumbo parecía el menos probable.

Uno de los conscriptos que a pesar del abatimiento continuaba examinando las huellas, aseveró lúgubre:

-Son ello nomá, lo bandido...

Todos lo miraron repitiendo en un murmullo: «¡lo bandido!»

Concluida la estéril espera, un cara cortada dijo:

-Er comisario perdió er rumbo.

-O se cayó en er poder de «La Muerte», opinó otro.

Y un tercero objetó:

-Jhe, no e te catu co jhina zonzo; llevó toito lo vívere y la agua taen, y la linterna taen...

Sugerida la negra sospecha, siguió un silencio cargado de presagios. La noche se venía, y cada cual con un secreto temblor presentía el fin de la marcha. Nuevamente, la voz de un pajarraco sajó el marasmo. El último en hablar, un avispaado negrito, se abrió paso tomando la delantera en presunta dirección al río, nueva meta fijada en tácito acuerdo sin ninguna seguridad acerca del rumbo ni de la distancia. En tácito acuerdo, igualmente, abandonaban al comisario a su suerte. La salvación, ellos la veían sólo al término de ese infierno, a orillas del río. Si el comisario seguía con vida, él haría igual que ellos, Dios lo quiera.

Las armas y demás pertrechos pesaban rotundamente menos que la ansiedad soportada en mente. A través de interminables tacuarales y zarzales avanzaban las sombras acelerando, más que los pasos, el pulso. La hojarasca crujía bajo los pies. En la atmósfera, en los matorrales, detrás de cada tronco, en todas partes, el miedo. Percibían su olor sulfuroso como si fuese una secreción de la sangre, mientras alguien susurraba palabras que parecían surgidas de las vísceras: «La Muerte... ¿por qué le queremos matar?». Y la respuesta la daba el silencio. Seguramente lo querían matar porque se llamaba «la Muerte».

A pocos metros hacia delante, la banda de emboscados aguardaba. No la componían seres humanos. Eran engendros de la noche unidos por una apetencia común: la sangre. Objetos de viejas persecuciones, protagonistas de viejas heridas físicas y morales que no cesaban de arder, eran brazos y ojos en permanente acecho para matar.

Los días marchaban lentos entre la maraña, pero la hora del designio se acercaba cierta, inexorable. El plan de acción, maduro en el ardor de los insomnios, no contemplaba defensa, sólo castigo sangriento y memorable.

Y de cara a esa red fría e implacable, a la noche y a la infernal maraña, cinco soldaditos de comisaría se debatían en busca de salvación. De tanto en tanto, los búhos crispaban el tenso silencio. Los ojos, todos a un tiempo, los buscaban vanamente en medio de una oscuridad casi tangible. Al rato, un silbido al parecer también de ave, y otro, y otro, y un rumor tremante de plegarias inconcretas, y otro silbido, y otro, cada vez más próximos, más aterrantes, ponían hielo en la sangre. Un calofrío de mal agujero comenzó a trepar, por las piernas. Esperar. No. Ya nada había que esperar. Seguir andando hacia el río, supuestamente hacia el río, con sigilo tremendo, amparados, supuestamente amparados por la oscuridad.

Es de suponer que no pudo ser tan largo el trecho recorrido desde el crepúsculo cuando, sorpresivamente, múltiples haces de luz de potentes linternas los enceguecieron e inmovilizaron, y algo estrepitoso y horrible se les desplomó encima. Se cree que ningún soldado habría alcanzado a usar el fusil. De los árboles, de las tupidas matas, de la maraña toda surgieron descomunales brazos armados de machetes que los desollaron y destrozaron. Era la satánica trampa de la selva que se cerraba sobre ellos.

Al aclarar la mañana, «La Muerte», quien había encabezado la acción, abandonó su madriguera yéndose a constatar el éxito de la carnicería.

Pudo contar cinco cadáveres, cinco despojos humanos incorporados al desecho forestal como sobras de panteras. Y, por primera vez, una horrible sensación le revolvió las tripas. Si uno de los allí despedazados fuese un comisario se habría sentido mejor, menos despreciable de como sentíase ahora, porque esa trampa la había ideado él pensando en monstruos con piel de comisario, no para descuartizar muchachitos descalzos como él. Vengar injurias, vengar su condición de bestia condenada: eso quería. Pero ningún maldito mandón había caído.

Los días y las noches se tomaron insoportables para «La Muerte». Francamente vencido en la lucha que venía librando consigo mismo, de a poco caía en la cuenta de cuán espantoso era su papel. Y en medio de una torturante velada, de esas que se pasaba peleando con su macabra sombra, resolvió acabar definitivamente con ella. Entonces, pudo dormir.

Luego, hacia el alba, sonando con amables y pacíficos aconteceres de su vida anterior, tuvo de pronto ante sí la presencia de su madre. Su blanca cabellera le acarició el rostro y la tibieza de su beso se le posó en la frente. «La Muerte» despertó temblando. Y ya despierto, aún continuaba viendo esa cara anciana abatida por la tristeza. Se palpó la frente donde todavía la impresión del beso creía sentir. Tendió los brazos tratando de asir la visión que se diluía, y sus manos desoladas acabaron uniéndose en un amargo rezo.

«La Muerte» ya no pudo pegar los ojos. La vastedad selvática, negra fragua, le abrumaba el pecho. Nunca le había sucedido cosa igual. Y concluyó pensando que si su madre llegaba junto a él conducida por el sueño, era porque lo necesitaba. E imprevistamente, todo le pareció resuelto; se irá. Dejó el jergón, caminó en busca del malacara que dormía a pocos pasos de él, le habló al oído: «Pyharevé yahata; tamanó vaera yepera-e, yahata». Se irán pues por la mañana; aunque él tuviese que morir, se irán.

Y esa quieta y cálida mañana, llevando de las bridas al montado, igual como si llevase de la mano a un pedazo suyo, se puso en marcha. Se iba sin despedirse. Abandonaba a su banda para siempre.

«La Muerte» comenzó perforando a machetazos la fortaleza verde erguida a su paso. Lo azuzaba la ansiedad. El destino lo atraía con poderosa fuerza. Luchando duramente contra la maraña, su aliada hasta ayer, iba vencéndola poco a poco, doblegándola, como logrando que la misma naturaleza lo comprendiese. La selva fue cediendo, dándole paso. Así, desde la mañana hasta la noche, durante días interminables. Ni el cansancio ni el hambre lo detenían. Sólo se preocupaba del malacara; de tanto en tanto le dejaba tomar su alimento. En cuanto a él, ya estaba acostumbrado a soportar largas jornadas sin comida ni agua. No deseaba otra cosa que ver el ancho cielo y el camino abierto por donde un mal día llegara a ese infierno.

Y una mañana, al cabo de una eternidad luchando, una vasta claridad le anunciaba el comienzo de la llanura. «La Muerte», sonrió suspirando. Todas sus hoscas premoniciones, hijas de la penumbra salvaje, se llenaron de luz. En el horizonte veía un resplandor hermoso. «La Muerte» emprendió galope. Tanto él como el malacara bebían con avidez el aire abundante y dulce, aunque les costase aguantar el pleno sol. En la llanura, inmenso

espejo, «La Muerte» podía contemplar el verdadero rostro de su desolación. Ya no pertenecía a esa especie común que vive al sol todos los días. Las tinieblas incorporadas en él, los crímenes, lo habían enajenado, alejándolo del ámbito humano como si fuera un leproso. Y la funesta verdad emergió entonces de sus oscuras reconditeces: él, «La Muerte». Pero continuaba andando, avanzando en esa batalla contra un pasado aún no pasado que le oponía una barricada de cadáveres, desalentando sus ansias de paz.

Abierta la llanura y claro el cielo. La esperanza se escabullía como niño travieso, huía, se diluía en el horizonte, pero su esperanza era fuerte y regresaba, a veces representada por la blanca cabellera de su madre, a veces por las negras trenzas de alguna moza. La esperanza renacía día tras día, con cada nuevo sol. Las noches lo ayudaban en la tarea de sopesar sus negras horas, tan cuantiosas como las estrellas, las horas perdidas, las horas muertas y las que quizá lo esperaban. Últimamente venía prefiriendo la noche para cabalgar. El malacara se fatigaba menos por la noche, y él podía contemplar en toda su vastedad el mar de las estrellas, enamorarse de la luna, recordar.

A pesar de las paradas cada vez más frecuentes y prolongadas, el malacara se debilitaba, pudiendo apenas resistir el peso del amo. Pero debían continuar, ya de día, ya de noche. Tenían que llegar.

Y una calurosa mañana, desde lo alto de una colina, «La Muerte» avistó a lo lejos, borrosamente como en un sueño febril, el ceniciento esbozo de su pueblo ¡Su pueblo! Un violento aleteo sintió en el pecho. El malacara, aunque mustio, alzó los bellos remedando un relincho. «La Muerte» lo obligó a galopar, pero el maltrecho animal, con cuarenta leguas en los huesos, anduvo sólo algún trecho, trastabilló y acabó meneando penosamente el testuz. El amo lo condujo entonces hasta un bosquecillo, lo alivió del apero, y el malacara abandonó la sombra olfateando hacia una hondonada cercana. «La Muerte» lo siguió, y a poco, amo y caballo pudieron beber de un hoyo azulenco y tibio. Y ahora sí, al malacara le entraron ganas de pastar. El viajero, no tan preocupado por el vacío del estómago como por el gran vacío de la propia vida, se acostó a la sombra del bosquecillo, afanándose en atar cabos y despejar telarañas. Esa parada sería la última. Ya podría aventurarse a pensar que estaba en casa. Atrás, muy lejos, borrábasele la selva y sus trampas feroces. En el extremo opuesto del derrotero, muy cerca, propiamente al alcance de las manos, empezaba a cobrar forma verídica el objeto de su regreso, el renacimiento de su corazón, bien que la incertidumbre todavía mantuviera el suspenso entre la vida y la muerte. Su emoción se anticipaba al reencuentro con su gente, al reconocimiento de las viejas moradas de lodo claro y de las esquinas donde los recuerdos le saldrán al paso, de cada palmo de tierra pisada por sus pies. En una de esas casitas orilleras, olientes a bosta vacuna y yerba buena, encontrará a su madre. Ya la estaba viendo. Le veía los ojos perdidos en la lejanía, los cabellos prematuramente blancos debido al sufrimiento, los brazos vanamente tendidos, agobiados de ausencia.

Llegó un oscuro río inundándole los ojos, y se durmió. Pero fue el suyo un sueño intranquilo y breve, despertándose azorado al poco rato. Al despabilarse tuvo la sensación de haber oído el traqueteo de un galope, y se levantó de un salto. Lanzó miradas desorbitadas hacia la hondonada, hacia la loma, hacia el camino, y ni rastros veía del malacara. Corrió silbando, llamándolo a gritos, y nada. El malacara no estaba. «La Muerte»

regresó entonces vencido, dejándose caer pesadamente a la sombra del bosquecillo, hundido el rostro entre las manos, muy dolorido. Pero luego, como repentinamente iluminado, se levantó de nuevo, examinó con detención el lugar donde estaba, se frotó los ojos y repitió la operación. Y sí, se convenció por entero, allí mismo, en ese mismo paraje y en esa misma sombra, años atrás dormía un hombre. A la vera de ese mismo sendero pastaba el malacara, un potro de bella estampa. «La Muerte» acababa comprendiéndolo todo. El malacara había vuelto a su mundo de paz. Una profunda envidia sentía por él.

Pequeño y pardo como antaño, batiendo el polvo con los pies hinchados y descalzos, se largó rumbo al poblado. No cesaba de recordar al malacara en tanto zancajeaba tragando un nudo salobre, pero al cabo debió resignarse. También el animal tenía derecho a regresar al redondel de su querencia.

Al reponerse, el optimismo volvió a él con la esperanza y la urgencia por ver a su madre. La verá cueste lo que costare. La abrazará y le secará las lágrimas con sus besos. Después, ya no importaba si lo metían preso. Sabrá entonces la diferencia que existe entre la cárcel de la selva y la de los hombres. El darse preso voluntariamente tal vez contribuyese a que le perdonaran la vida. Salvar la vida. Eso le importaba. Casi se sentía seguro de ello. Desde luego, yendo totalmente desarmado y en son de paz como iba, nadie podía sentirse autorizado a dispararle. Él se entregará. Que le den los años de prisión que deseen, pero con vida. Que le perdonen la vida.

Desde el día que abandonó la selva, la idea del perdón venía creciendo en él. Pero él, por su parte, ya comenzaba a perdonar. Perdonaba, por ejemplo, a los soldaditos aquellos que intentaron ponerle la mano encima en pleno baile, sin darse cuenta los infelices que en una noche de ésas, el corazón de un macho tiene precio muy alto. Él perdonaría a mucha gente, incluso al padre que nunca conoció, que lo engendró dejándolo solo en un mundo perverso, principal responsable de sus crímenes. ¿Y al comisario aquél, su maldito agresor? ¡Ah, a aquél ni el demonio lo perdonaría! ¿Y a Juan Pío, el hijueperra que lo forzó a cargar la conciencia con tantos muertos inocentes? A Juan Pío, quién sabe, acaso podría ser. Pero, ¿Y a él? ¿A él, «La Muerte», le irán a perdonar la vida?

Se detuvo agitado. Al levantar el ruedo de la camisa y secarse el sudor, su mano tropezó al azar con algo pendiente de un hilo, algo renegrido por la grasitud, algo olvidado desde hacía tiempo, olvidado como su propio verdadero nombre, como su propio credo. La madre se lo había puesto al cuello cuando niño. Según ella, ese amuleto debía ser su «abogado» previniéndole contra las víboras, los malos aires y las balas. Él lo había olvidado. Sin embargo, ese «abogado» era sin duda el que venía protegiéndolo sin que se lo pidiera. Pues bien, ahora se encomendaba a Él, su «abogado», que no habrá de permitir le quitasen la vida.

José Martínez ensillaba el matungo sin perder detalle del trajín que notaba en la comisaría de enfrente. Los soldados de Juan Pío, ahora siete en total desde que le fueran repuestos los desaparecidos en la desastrosa campaña selvática, ultimaban tan serios

aprontes que excitaban la natural curiosidad del viejo bolichero. Su ansiedad obedecía sobre todo al hecho de no haber podido tragar por entero cierta historia referente a la epopeya del Paraná. Del informe conocido entonces, innecesariamente divulgado y vulgarizado, desprendíase que Juan Pío, luego de haber diezmado personalmente, a los tenebrosos calculados en medio centenar, se habría abierto paso a plomo limpio, burlando la trampa que le tendieran, en la cual cayeron todos menos él, gracias a Dios.

Así convertido en baboso héroe, a José Martínez le daba asco. Acabó de ensillar, montó y salió.

-Güen día, don Juan Pío, saludó, ¿hay levantamiento o qué?

-Algo peor, don José, repuso grave el de la Ley, ¿se acuerda del malevo que liquidó a mi finado colega?

-¡Sí, señor!

-Güeno, está por llegar.

-¡El famoso «La Muerte»! ¿Y cómo supo la noticia?

-Figúrese, don José, el hacendado don Anselmo le encontró durmiendo en el mismito lugar donde le robó su malacara hace alguno saño. El hombre me trajo el animal, postrado como jusamenta.

-¡Ayjuepete! Ande con cuidado don Juan Pío; dicen que a ese bicho le gusta la carne de comisario...

Y el bolichero se alejó boqueando una suerte de risa que daba miedo.

A los soldados, ninguna gracia les causó la ocurrencia. Era notoria la hostilidad que trasuntaban tanto las palabras como los gestos.

El vejete, haciendo como si sólo le importara el matiz cómico del drama en ciernes, se largó a campo traviesa. Y apenas estuvo solo, sin nadie más que el matungo para oírlo, con voz gruñona declaró: «Este le va matar a traición, le falta güevo para hacerle frente, seguro que le arma una trampa en el arroyo y le mata a traición...»

Hincó espuelas al matungo. «Una sola vez se quema el gato, suele decirse», continuaba. Y casi a gritos, en tanto el matungo galopaba resoplando, sentenció: «Este le tiene miedo a 'La Muerte', por eso le va matar a traición».

Surgió de la maleza como una visión a escasa media legua del arroyo, límite del poblado, cruzándose delante del malhechor que avanzaba zancajeando sobre la arena caliente.

-Muchacho, empezó diciéndole José Martínez, si querés salvar la vida, escapáte.

El viajero lo miró desconfiado, sin detenerse. Lo esquivó y siguió andando. «Viejo zorro», pensaba, «compinche de cuantos comisarios pisa el pueblo».

El viejo cabalgó a su lado insistiendo:

-Muchacho, yo sé lo que te digo, te va matar, escondéte antes de que te vea...

El viajero siguió trotando. Tenía ocupada la mente en otra cosa: la madre. Ni el hambre, ni el cansancio, ni las palabras del viejo lograban suficiente fuerza para detenerlo. Llegará... Por otra parte, no le cabía en la mente que a un hombre desarmado que llegaba para entregarse lo fueran a matar.

José Martínez no insistió más. Perdía el tiempo. Desalentado y entristecido, torció el rumbo alejándose por donde vino. Ya en camino, pensaba que debió advertirle sobre la trampa. Pero de nada valdría. La tozudez del viajero lo descorazonaba.

El calor y la sed apretaban como nunca. Sin embargo, el viajero sonreía: Llegará... Bruscamente, la carretera se largó en busca de otro nivel, serpenteando por la pendiente antes de retomar la horizontalidad. Hasta el borde boscoso del arroyo, todo se veía desértico. Nadie más que él batía el polvo calcinado bajo el sol. A través de algún raleado follaje comenzaba a ver las primeras techumbres del poblado. Ya podía oír la voz del agua bullendo entre las piedras. ¡El agua!

Al apearse de vuelta José Martínez, una cerrada descarga hizo vibrar la tierra bajo sus pies. Como catapultado por la impresión, de nuevo se horquetó en la montura y hundió espuelas. «Ojalá -mascullaba para sí- que los presentimientos me fallaran». Pero tan seguro estaba, que ante las voces preguntonas que le salían al paso mientras galopaba cruzando el caserío, él respondía a gritos:

-¡Lo mató a traición..., lo mató a traición!

Una muchedumbre lo siguió espontánea, desembocando al rato en la carretera que llevaba al arroyo. Faltando poco para llegar, se cruzaron José Martínez y el comisario que regresaba galopando solo y sombrío. Poco después, también la muchedumbre se cruzaba con él, abriéndose en dos para darle paso. El comisario nunca saludaba. Por eso, no causó extrañeza que no lo hiciera. Regresaba metido en sí mismo, huyendo de la polvareda que parecía querer sepultarlo.

En el arroyo, todavía el aire olía a pólvora. «La Muerte» yacía de bruces, cubierta la espalda de agujeros manchados de rojo sucio. Más personas llegaban y crecían los comentarios. Todos miraban el cadáver, los agujeros, y se fijaban en los soldados que permanecían inmóviles, clavados los ojos en tierra.

-Parece un limosnero, dijo uno dirigiéndose al viejo, ¿por qué le mataron?

José Martínez calló. Las miradas paseaban sobre el cadáver, yendo y viniendo como moscas. Alguien mencionó al Juez que debía verlo y dar fe.

-¿Nadie sabe dónde vive?, preguntó luego.

-El comisario ha de saber seguramente, dijo otro.

Hacia media tarde, cuando la gente empezaba a retirarse, llegó sudoroso y rojo un emisario. Traía instrucciones de trasladar el «orciso» al pueblo. Dos hombres cortaron ramas y se aprestaron a señalar el preciso lugar donde debía plantarse la cruz del finado. Enseguida lo terciaron. sobre la grapa del único montado que allí había, el matungo de José Martínez, y el cortejo se puso en marcha envuelto en una nube de polvo rojizo. A la entrada del poblado se sumó al grupo una anciana de rostro palúdico, ceñida en terroso manto. Apretaba un crucifijo contra el pecho y se mordía los labios.

-La vida es puerca, dijo José Martínez para quien quisiera oírlo; ésta es la madre del difunto; mejor hubiera sido si el hijo se le pudría en la panza.

-Mejor, reafirmó otro.

A poco de andar, la lenta anciana quedó rezagada. Cuando pudo llegar al rancho, ya el cadáver estaba tendido sobre un largo «apycá» de madera labrada al hacha. Le cruzó los brazos atándolos con un trapo oscuro y le aplicó el crucifijo sobre el esternón.

José Martínez mandó a buscar dos velas. «La Muerte» yacía cetrino, sucio y más pequeño que nunca.

Al crepúsculo, Juan Pío llegó acompañando al Juez, quien lo miró contrariado al verlo aplastar con la bota una de las velas que ardían sobre el piso de tierra.

El Juez volteó el cadáver como si no le interesara el rostro sino la espalda. Los impactos eran siete, de idéntico tamaño los agujeros.

Se volvió hacia el comisario inquiriendo irónico:

-¿Y usted no le tiró?

A Juan Pío le atoró el humo del cigarro que mordía. Salió al patio tosiendo pero el Juez lo llamó.

-Los tiros son iguales, ¿verdad, comisario?, todos de fusil todos por la espalda, insistía; ¿el tipo se resistió?, ¿peleó? ¿corrió? Según parece, nada de eso.

Juan Pío no respondió. El Juez soltó el cadáver que tornó a su posición anterior. La única vela encendida, sostenida por José Martínez para que el Juez pudiese ver el cadáver, arrojaba destellos pequeños y rojizos que iluminaban la cara lampiña de «La Muerte». Juan

Pío miró una vez más ese retal de figura humana, miró de reojo a la madre, y se marchó sin una palabra.

Esa noche, más que en ninguna otra, más aún que en sus noches pasadas en la selva, encontró decepcionante la vida. La visión imborrable de los agujeros amoratados, la inoculta censura del Juez, la sonrisa acusadora de José Martínez, el silencio retador del pueblo, todo en uno lo abrumaba y embadurnaba la validez de su mentada carta blanca. Los días subsiguientes fueron peores. Notaba que hasta sus propios soldados le volvían la cara. Y en tanto el vacío crecía sofocándolo, veía cómo la gente evidenciaba su preferencia y apoyo al Juez, quien, naturalmente, no perdía la oportunidad para arrojar sobre el comisario algo más de barro en cada ocasión.

Poco pudo resistir. Dejó de aparecer en público. Encerrado durante el día, se pasaba buena parte de las noches asomado a la ventana, espiando la calle. Y en una de esas, de clara luna y grata brisa campera, un sartal de chicuelos traveseaba en la arena, frente a la casa. Juan Pío los observaba con franca envidia. «Los inocentes, los únicos no podridos de alma. Si pudiera volver a esa edad sin preocupaciones ni maldades. Con razón decía el gobierno que ellos son la esperanza de la Patria. Por eso se hace necesario limpiarles el camino de la vida de bichos venenosos que no sólo asesinan sino además llenan la cabeza de los niños de malísimos ejemplos...». Así hablaba consigo mismo Juan Pío cuando, de pronto notó en el juego de los inocentes algo que lo inquietaba. Armados con fusiles de tacuara, perseguían a un supuesto bandolero, casualmente el más raquíico e indefenso de los chicuelos. Y éste, al pasar cerca de la ventana entreabierta, pegó a todo pulmón un sorpresivo grito: «¡Milico py-ayú, yo soy 'La Muerte'!».

La ventana se cerró. El mote de py-ayú (cobarde) estallando como una bomba infamante, quedaba zumbándole el oído, tal lo hiciera una descarga. Si hasta los niños lo agraviaban en esa forma era porque había caído hasta el fondo.

El primero en enterarse de la renuncia fue José Martínez. Con muchas ganas de darle un empujoncito más, el bolichero, se apresuró a fin de ser el primero en verlo ya simplemente Juan, alejado de la comisaría.

Lo encontró más descolorido que calabaza asada, tumbado sobre la montura, mirando el techo. De entrada y sin lástima, le dijo:

-Ahora que ya no sos nada, podemos hablar de igual a igual, ¿no es cierto?

Juan Pío no se movió. Sólo se puso más pálido, con signos de impotente ira.

-Vengo a pedirte el caballo del finado -continuó el otro-, no sea que por ahí le agarrás miedo y se te antoja pegarle siete tiros o qué...

-El caballo tiene dueño, viejo atrevido, así que ¡Váyase!

-Espera -insistió pesado el viejo con voz de moscardón-, te quiero decir dos cositas más, en secreto, ¿sabés? Yo presentí que le ibas a matar a traición. Por eso salí al galope a su

encuentro y le di el aviso. ¿Y sabés lo que me dijo el muy zonzo? ¡Nada! Ni quiso oírme. ¿Sabés lo que pienso? El prójimo venía para entregarse, no hay duda. Y quién sabe no se le habrá antojado que viniendo sin armas como venía, el milico Juan Pío procedería con él como Dios manda, ¿no es así?

El renunciante, sentándose de golpe, se enfureció.

-¡Yo cumplí con mi deber! -farfulló- ¡orden es orden! Y no me comparo a usted, traidor de mierda, que quiso ayudar a escapar a un peligroso asesino...

-Juan Pío, «traición» y «mierda» son cosas que se huelen al entrar en esta su casa -le replicó calmoso el viejo con su sempiterna sonrisa acusadora-. Traicionaste a la ley del macho y a la ley que representás con tu estrella de lata. Te puedo decir estas cosas porque ya no tenés mando. Te quedaste igualito que una víbora sin veneno...

Y concluyó el bolichero arrojándole una sardónica risa. Juan Pío dio un salto crispando las manos contra el pecho. Una horrible mueca le torció el rostro y se desplomó crujiendo. José Martínez le buscó el pulso, le auscultó el pecho y acabó cerrándole los ojos con una pasada de mano. Luego, casi al oído, le dijo como en un rezo:

-Adiós, Juan Pío. Esto te pasa por no perdonar a «La muerte». A vos, que te perdone Dios.

El niño de madera

Según Manuel Fernández, fue durante una de sus tantas noches de guitarra que logró conquistar a la chusca Encarnación, la morocha de Bolascuá, hija de Juandé González, un anciano aborígen mentado por payecero y por haber hallado en un cubil de la quebrada - Dios sabe si es verdad- la imagen del Niño de Praga tallada en pétreo guayacán. Y, según cuenta, fue el propio Juandé González quien cargó fieros días con las piedras y formó la gruta, recibiendo desde entonces generosas caravanas de promeseros cada alegre diciembre.

En cuanto a Manuel Fernández, apenas apareado con la morocha, clavó una choza, según dice, no muy lejos ni cerca de Bolascuá, en un soleado extremo del monte donde el arroyo, tras corcoveos entre fósiles raíces y rocas averdinadas, quedábase un tanto arremansado al pie de los laureles negros antes de largarse al campo.

Y noches con resonancia de polca transcurrieron en la nueva choza. Gran tesón ponía Manuel Fernández en su arte, aunque no tanto por el arte en sí como por el sustento que debía venir por añadidura. Su canto desbrozaba el aura montaraz sembrando idílicos tabúes en el alma sencilla de la gente.

Y, tal cual como en cada venturoso diciembre, los promeseros comenzaron a llegar, pero ya no a la gruta. Poco antes estaba instalada la pareja, y bajo su musical influjo, aquellos olvidaban sus cuitas y sus preces, y vaciaban las gurupas y caramañolas al pie de los

laureles negros. Así, la gruta y su mentado Niño de Madera fueron quedando desolados como tumba de indio en la gris ladera del cerro. La yeta había comenzado para Juandé ni bien la chusca se amancebara con el arribeño aquél, diestro en amores y cantos, y clavado que fuera el rancho donde la polca y el amor cobrarían particular atractivo, mucho más que los milagros, calmando la pesadumbre de la gente atribulada.

Fue la causa de que aquel padre aborígen acabara arrojando la maldición sobre su propia hija, para luego desaparecer.

Entraba el año de la gran sequía, año que nadie quiere recordar. Juandé se marchó sin siquiera despedirse de Encarnación. A partir de la noche en que ésta se amancebara, el monte le traía un endiablado son de guitarra, ajenjo que le ardía en la sangre, en tanto el Niño de madera permanecía impassible y sus ojos enmohecidos lo miraban sin mirar. Los ojos de Juandé, en cambio, amanecían mirando unas estrellas bañadas en salmuera. Y del monte, desde el líquido arrullo del torrente a cuyo borde Encarnación vibraba en brazos del guitarrista, llegaba el son.

Un año entero transcurrió desde aquél en que lo vieran corvo montando el desmirriado rosillo rumbo a las quebradas. La tapera y la gruta se habían poblado de avispas. Todo erial era el patio donde danzas y carreras de sortija disfrazaban otrora de fiesta al pobrerío.

Ni los yuyos crecieron durante el año de la gran sequía. Arriba un cielo lúgubre tendía su abanico de fuego. Y llegó el mes del Dios Niño -¡diciembre amargo aquél!-, y arrastrando un largo sofocón, pasó. Y pasó todo el verano sin que nada se supiera de Juandé. Finalmente, cosa casi increíble, cuajarones de nubes pasaron escupiendo calientes gotas en los atardeceres, y un resuello verde salpicó los montes. Ya por entonces, Encarnación vagaba rondando la tapera, clavando los mortecinos ojos a lo lejos, hacia algún punto perdido a través del campo. Y cansada al cabo, raptada por la angustia y dolorida de tanto atalayar en vano, metíase en la gruta, y allí, suplicante, raspando el moho de los ojos del Niño de madera, mascullaba un sinfín de padrenuestros, y muerta al fin de desconsuelo corría irremediamente en busca de los brazos de Manuel.

Ese año, ningún promesero había llegado con caramañolas y gurupas a la sombra de los laureles negros. La vida cada vez más enteca y hasta el amor perdían todo encanto.

Una noche, no pudiendo aguantar más, Encarnación suplicó a su hombre empapándolo con sus lágrimas:

-Vamo na mudarno otra ve a la casa de Taitá...

La tristeza la atosigaba. Ni los arrumacos de la guitarra, ni la magia del canto, ni el hábito de la carne podían disipar el duelo de su corazón. Manuel la escuchaba irritado. Sus ojos cargados de penumbra perforaban el vasto silencio. A las cansadas habló:

-Para qué pio queré ir... Paí-Juandé ya sejué, ya se jueté voí, y su rancho catu nio ya no e má rancho; un vientito, y adió...

Luego, como hablando consigo mismo, agregó:

-Malicio catu que ese le cayá echó de ida su mba -e cuaá sobre nosotros.

Manuel aborrecía el recuerdo de Juandé. Lo culpaba de arruinarle el goce con su odio y su partida. Soportaba la amarga creencia de que la brujería del viejo era la causante de la frigidez que anonadaba a la mujer tirada a su costado, sobre cuyo vientre semidesnudo se agitaba la negrura de su decepción. No obstante ello, empezó a tocarla. Estaría dormida. Le tocó la cara, los pechos, el sexo. Y no, no dormía. Abatida, masticaba y tragaba sabor a hiel. Quemados los labios por los ácidos frutos del verano, ahora, progresivamente, los lluviosos e iguales días del otoño le anegaban el habla. De repente, desde su hondura mártir emergió una voz entrecortada por los sollozos:

-Va mo na mu dar no, che Ma nú..., tartajeó vehemente; por si aca so che Tai tá Ni fío Je sú me hace un mi la gro mba-é...

Al rato cantaban los cardenales en el matorral del arroyo. Era otro día.

Al promediar la mañana, una infinita bandada de loros hambrientos invadió el paraje, arracimándose en los naranjos y guayabos del bosque cuyos magros frutos más tiraban a pudrirse que a madurar. Para compañeros de infortunio, los huéspedes exageraban la nota. El guitarrista tuvo que darse mañas armando cimbras, donde uno que otro loro quedaba atrapado. Puro grito, cada caído se debatía desesperado hasta destrozarse y hacer del plumaje un trapo. Los malditos peleaban como demonios, pero el hombre no conoce miedo ni piedad. Manuel les arrancaba a cabeza como un botón. Aventadas las verdes y amarillas galas, daba pena verlos. Tan pequeños y tristes lucían ensartados en el asador.

Ese día, el crepúsculo se adelantó debido a la mayor negrura del temporal. Junto al fuego, Manuel y Encarnación se miraban como gatos tiznados de ceniza, en tanto los goterones estallaban sobre el rescoldo.

-Hay nga-u ra-e un poquito de sal siquiera..., suspiró Manuel.

Desde que cesaran de llegar los promeseros, no veían la sal. La presa que Encarnación la mía, sí, estaba salada. De sus párpados amoratados caían destellos pequeños y salobres. Ella no suspiraba por sal.

Afuera, el agua inútil crecía. Las alimañas ganaban el amparo del rancho. De pronto, un pajarraco graznó sobre el matorral, anunciándoles la hora de acostarse. Manuel soltó los huesos, y sus ojos buscaron el globoso vientre de la mujer, saliente de un lienzo de color luciérnaga, reventado por la constante presión de sus piernas acuclilladas. Un surco oscuro lo dividía en dirección del ombligo. Él, suave, tímidamente, lo cubrió con la mano.

Cuando pudieron despertarse, estaban sobresaltados. Creían que la pesadilla, consecuencia de haberse comido un par de loros cada uno, continuaba. Suponíanse atacados de algún endemoniado mal en la cabeza. Era que un silencio de muerte llegaba del bosque. O los loros habían enmudecido de pronto, o ellos estaban sordos. O, peor aún, desposeídos

de sus facultades. El guitarrista saltó a la lluvia luego de escrutarla detenidamente, y anduvo zancajeando hasta el cansancio. Los guayabos y naranjos del monte alzaban al aire sus esqueletos embadurnados de bosta. Los loros los habían pelado, y acabado todo, se fueron.

Manuel regresó arrastrando los pies a través de los charcos, molida la moral como a palos. Ni una naranja, ni una sola guayaba volverían a tener en muchos años.

Ya en el rancho, descolgó la guitarra, inspeccionó, la pulsó, y acariciándola tembloroso como lo hiciera con alguien muerto, lloró calladamente. La guitarra tenía hinchada la madera y anegado el son. Abrazado a ella, se acostó, quedando dormido en plena mañana durante largo rato y despertándose luego en medio de una insoportable calina. Finalmente estaba vencido. Buscó a la mujer y le dijo:

-Vamos mudarnos mba-e na, Canacho...

Y ella sonrió.

Ya entonces mudar un catre y unos trapos no le complicaba la vida a nadie. Pero la lluvia persistía y hubieron que desnudarse, hacer hatos con lo quitado, cruzar el arroyo fuera de madre y el infinito lodazal.

Pronto se daría cuenta Encarnación de que Manuel Fernández estaba en lo cierto cuando le decía que mudarse allá no valía la pena. En la tapera de Juandé hallaron víboras, tarántulas y deposiciones que la mujer pensaba eran de pomberos, nada más. El minúsculo mandiocal estaba muerto y podrido hasta las raíces. Ni pizca de rama verde quedaba para tentar nueva siembra. Yuyos y más yuyos, estirados hacia el cielo, ávidos de más lluvia, dominaban el panorama.

Y en ese tétrico medio, pensando solamente en la vuelta de Juandé, Encarnación fijó los ojos a partir de entonces y en todo momento en un punto perdido a través del campo, donde esperaba verlo aparecer montando corvo su desmirriado rosillo de vuelta al rancho. Pero pasaron estériles días y meses, y poco a poco, sus ojos fueron quedando hundidos en las grises cuencas. Su boca, otrora bella y fragante, ahora sin una palabra ni una sonrisa, devenía una oscura herida. Y Manuel Fernández, que dice haberla querido casi como a su guitarra, sentía que algo se le secaba dentro, y sus manos, prontas para la caricia y la música, crispábanse ateridas. Su amargura no tardó en estallar:

-Vo nio no me queré ma, Canacho... Yo ya me voy...

Tras de sus pasos fueron cerrándose el yuyal y la completa soledad.

Promediaba mayo, época en que solían madurar los frutos. En la tapera se prodigaban abrojos y ortigas. La maldición estaba presente en todo. Debió admitirlo Encarnación, quien decidió sepultarse en la gruta. Pero esa misma noche, ante la insufrible tiesura del fetiche incapaz de tan sólo una mínima expresión que la consolara, abandonó el socavón sagrado y corrió sin rumbo hasta quedar exhausta y en total desatino. Y en ese momento, sumergida

en la insondable noche sin guitarra y sintiendo enroscársele al cuerpo la culebra del miedo, un largo alarido que tal vez fuera el suyo quebró la roquiza quietud de Bolascuá.

Cuenta Manuel Fernández que la veía cuero y hueso correr, desnuda de maraña en maraña y volver a veces a la gruta donde el atisbo contemplaba al santo de madera cada vez más parecido a Juandé; que la oía lamentarse y reír; que finalmente el hambre y el frío le fueron creciendo dentro hasta ocuparla entera y desalojarle el último aliento; y que entonces, ante sus ojos petrificáronse los árboles, el aire, el agua y la luz, y que de ese modo Bolascuá se tomaba un oscuro paisaje de piedra.

Luego, por último, el inverosímil y vanamente suplicado milagro se habría hecho. Paralizado su tiempo, Encarnación habría perdido razón y sensación de todo. Pero, cuando Juandé -cara de viejo Niño de madera- volvió a su lado, ella pudo verlo, asegura Manuel. Y asegura que pudo ver la sombra de su hombre -que era él- reapareciendo con su guitarra hacia mitad de una aurora sin luz, aunque bien pudiera no ser todo aquello sino la burda trama de un sueño descomunal.

Sin embargo, Manuel Fernández, cuya piltrafa todavía ronda Bolascuá, dice haber vuelto en verdad, pero que solamente lo había hecho por el bien de su guitarra, la que, desde la partida, siempre estaba sonando sola pese a tener todas las cuerdas rotas e hinchada la madera. Y que él, consciente de que todo era debido al embrujo de Juandé, pensó en el Niño de la gruta y volvió a Él con la esperanza de que, con su milagro, pudiera quitárselo de adentro.

Naturalmente, cuando Manuel Fernández cuenta su historia, la buena gente que lo toma en serio se desconcierta y ya no sabe si pensar el bien o pensar el mal.

Nosotros, los otros y la guerra

Ahora puedo saber quiénes mataron a mi padre y por qué.

Éramos los dos de la tierra grande. Él la había comprado con todo lo clavado y disponía de la hacienda y la gente. Me refiero a varones y mujeres que prestaban su servicio, su completo servicio, recibiendo en pago desde alimentos y ropa usada hasta uno que otro padrínazgo de bautismo, supletorio de reconocimientos más compromisivos. La austeridad -según mi padre- era producto de la guerra.

Mi padre habría llegado a gran señor si no fuese aquella guerra, no por haber participado físicamente en ella sino por las aviesas consecuencias de la contienda para los hijos y entenados de Perulero, que así se llamaba la hacienda de mi padre. Aunque, por otra parte, la guerra era un juego sólo para mayores, sus efectos los alcanzamos todos, hasta los niños.

Y hablando de niños, los hijos y entenados de Perulero éramos felices a nuestra manera, pese a todo. Corríamos por los mismos cañadones, nos desfogábamos en comunes aguadas y lucíamos parejamente oscuros, no obstante ser nosotros los hijos de la tierra grande y

entenados sin tierra los demás. Hablábamos la común lengua terrígena, nosotros con cierta envidia, con propiedad los otros. Probábamos el ardor de la canícula recorriendo los cocotales, y sangrábamos con frecuencia en feroces peleas disputándonos los frutos de la miseria. Paladeábamos el hambre, nosotros porque así jugábamos al sacrificio evadiendo el tedio de sentarse a la mesa tres veces cada día; los otros por mala estrella.

Nosotros éramos como la parte dulce de las frutas amargas, y habíamos declarado nuestra guerra a la naftalina y al almidón camuflándonos entre la paja brava y los moscardones. Nuestros firmes aliados, los entenados, eran los veteranos.

La otra guerra, la de los adultos, acerca de la cual mi padre comentaba en la mesa, ésa llegaba a la hacienda semanalmente, envuelta en un periódico oliente a pólvora, y nos hacía sentir su violencia cada vez que hombres uniformados, montando briosos caballos del Ejército, llegaban en busca de emboscados.

Se trataba de una dura guerra, cruel como la peor, librada en un territorio inhóspito pero rico en promesas petrolíferas y ambiciones encontradas. Nuestra inefable curiosidad nos llevaba a preguntar y obtener, si bien parcamente, las informaciones con que tejíamos nuestro universo de realidades y fantasías. Así supimos por qué se escondían los emboscados en las impenetrables quebradas del Ybytyruzú. Y era que se negaban a marchar a la guerra, se negaban a dejar allá la sangre y la vida en defensa de las tierras que a ellos les negaban por ser ajenas. No lo hacían a sabiendas, claro está, mas no por eso era menos atroz el drama que afrontaban. Sus huesos todavía suelen aparecer entre los pedregones, bajo estratos de tiempos derrumbados.

Era pues la guerra de los adinerados contra los adinerados, pero, según podíamos los niños colegir y entender, en ella sólo peleaban los pobres, los sin vela en el entierro.

Había en la espesura moscas verdes y tábanos que desangraban a los vivos y los llenaban de sarnas y gusanos. Los caídos eran atendidos por presurosos buitres. Pero los emboscados preferían todo eso a la guerra. Los que estuvieron en el frente y regresaron heridos o enfermos vivían obsesionados por la muerte masiva del campo de batalla, por la muerte con morteros y metralas; vivían espantados por las mutilaciones y la desesperación de los moribundos; vivían huyendo de la espantosa muerte del infeliz que muere de ser; huían de la absurda pelea contra reclutas desconocidos, tan paupérrimos, analfabetos, ignorantes de todo y obligados como ellos mismos, infelices a quienes debían matar, matar para vivir, para que la Patria viva, matarlos.

Una vez habían llegado a Perulero los perseguidores de emboscados, y mi padre, en homenaje a los huéspedes, faenó un toro. Desde entonces, la visita se hizo rutina. A la cabeza, un ceñudo gruñía como en su propia casa. Le decían «el yagua però en jefe» ¡Cuánto lo odiábamos!

El método que utilizaban para la caza humana consistía en capturar un hombre manso, habitante sin tierra y padre de familia con preferencia, amarrarlo desnudo contra la ovenia de mi padre y azotarlo hasta que soltase la lengua. El hombre se desvanecía ante los ojos aterrados y el corazón deshecho de las mujeres y los niños de la hacienda. Los pequeños

nos escondíamos a llorar debajo de las camas, reproduciendo mentalmente crudas imágenes, las llagas abiertas por el látigo, rojas, amoratadas y vueltas a enrojecer, la cara delirante de la víctima, la boca contraída en espantosas muecas. ¡Y cómo lloraba el látigo! ¡Cómo sangraban las correas trincadas en la ovenia! Allí estaba un habitante sin tierra, un hombre manso, bracero a menudo utilizado en la hacienda, y allí los implacables perseguidores de emboscados. Y estaba también mi padre.

Así dos o tres días consecutivos hasta que la partida se iba. Mi padre se encargaba de soltar al que fuera amarrado contra la ovenia. Le echaba tinajas enteras de agua y sal. Todos lo veíamos alejarse sin decir ay.

Los amarrados y azotados jamás hablaron. Sus hijos o amigos, los perseguidos, continuaban como echando raíces en el monte. De tanto en tanto le robaban a mi padre algún ganado y se llevaban de la hacienda una que otra mujer en la noche, la que regresaba algún tiempo después, hueso, piel y barriga.

Aunque mansos, los capturados jamás hablaron, pero poco a poco devinieron fieras. Y seguían allí, al borde de la tierra grande, la tierra donde las ovenias crecían con estigmas de látigos en los tallos. Y allí seguía mi padre, un hombre que sólo hablaba de respeto; nunca de amor.

Cierta noche, en el portón de la hacienda relinchó su caballo. Traía las riendas trizadas a pisotones y la montura manchada de sangre. A la mañana se alborotaron los buitres. Así pudo ser encontrado el cadáver. Todavía guardo un recorte de diario donde se decía: «Han asesinado a don Fulano Tal, un hombre justo que prosperó con honor e hizo del deber y el respeto los signos de su vida. No se explica quienes pudieron matarlo y por qué».

Ahora, reproduciendo los hechos al correr de la vida, yo sí, puedo explicármelo.

Mi primo, el coronel

Oí un saludo a mis espaldas, luego un golpe, y me volví.

El hombre que acababa de llevarse la mano a la frente no podía ser otro sino mi primo, el coronel. La herida comenzaba a sangrarle en gruesos hilos, y tan dura impresión recibí al verlo que apenas pude responder.

Lo conocía de cuando éramos niños. Y ahora, inesperadamente, había de conocerlo tal cual era en su adultez. Gastaba una descomunal estatura, sobrepasando por más de cinco centímetros el borde del techo de zing que lo había lastimado pese a la agachada.

-¡Caramba! -fue lo único que le oí decir además del saludo y de mostrarme la herida con una mueca de protesta, la que me cayó como piedra, borrando mi inicial aflicción. ¿Qué culpa puedo tener porque un superdesarrollado se lesiona invadiendo mi proletario mundo? -pensé. Pero por toda reacción, sólo dije:

-A mí me sobra la altura de mi taller.

Y ya, presurosa, como si hubiese previsto el accidente, apareció mi hermana. Traía una jofaina nueva, agua y compresas. Estoy seguro de que si el lesionado fuera yo, ni tanta premura ni tanta utilería saldrían a relucir. La había afectado ver al primo llevándose por delante el techo de chapas construido a la estricta medida de mi necesidad. Dejó la jofaina con agua sobre mi mesa de trabajo, diciendo preocupada:

-Voy por iodo y jabón.

-¡Qué pena! -se quejó el herido-, no pensaba causar molestias.

Y entró a lavarse las manos manchadas de sangre. Luego, tomando un copo de algodón, se limpió cuidadosamente la herida. Mi hermana, de vuelta al punto y parada frente a él, lo miraba azorada. Pero al verle en la bella frente sólo una cortadura pequeña, sonrió con alivio, coyuntura que el huésped trató de aprovechar para exponernos el problema que lo traía.

-Estoy en apuros -comenzó diciendo.

Y yo, casi al atropello, interrumpí:

-Me lo suponía: De otra forma no se explicaba tu visita.

-Sí, pero...

Mi primo quiso decir algo, disculparse tal vez. No le di tiempo.

-Es la primera vez que pisás aquí desde que éramos así -dije tendiendo mi mano a la altura de sus ingles. Él se calló y yo me apresuré a concluir- después de todo, no estuvo mal un poquitín de sangre en homenaje al reencuentro...

Y sucedió lo imprevisto. Abalanzándose hacia mí, me abrazó y nos estrechamos largamente, con ardor. Después, el tono de la plática cambió.

-Bueno -sonrió con mayor libertad-, tenés razón al quejarte, pero dejame al menos el derecho de hablar en mi descargo. Sé que sos de los que quieren justicia, y aquí me someto a la tuya.

Me agradó la apertura. Pero mi hermana que, concluida su generosa tarea, se disponía a dejarnos, protestó:

-¡Qué ocurrencia! Déjense ya de tirarse piedras.

Y dirigiéndose al primo, agregó ceremoniosa:

-Todos estamos contentos de volver a verte, y esta alegría absuelve todas las culpas, aunque para ello, como dice mi hermano, hayas tenido que sangrar algo. Pues bien, en ley de caballeros, la justicia está hecha.

Y dicho todo lo cual, se alejó muerta de risa. Al parecer, su intención era arrojar una dosis de buen humor contra el posible mal efecto de mi censura.

A mi hermana, maestra de escuela como todas las mujeres de mi familia, le gustaban las peroratas audaces y risueñas. En cambio yo, serrote de nacimiento, mascullaba veneno puro. Mi primo lo había notado y continuaba en guardia.

-¿Te has lisiado alguna otra vez durante tu temeraria carrera? -lo puncé adrede, y agregué sin esperar respuesta-. ¡Cuántos peligros en las retaguardias! ¿Verdad?

Cargada de cuadernos, mi hermana salió para la escuela. Iba riendo. No se había perdido un ápice de mis malicias. Miré a mi primo, notándole el rostro de pronto pálido. Pensé entonces que la herida debía ser profunda, que el tipo estaría sufriendo, y ello se me hizo evidente al verlo extraer el pañuelo y llevarlo a la lesión, hecho suficiente para que por dentro se me enterneciera el rebelde. Sin embargo hube de hacer un gran esfuerzo para desdoblarme y entrar a ser enteramente cordial.

Ayudado por mi par de bastones, dejé mi banqueta de trabajo para arrastrar una silla y ponerla a su alcance. Sonreí casi festivo diciéndole:

-La vida tiene sus bemoles, mi coronel.

Y él, reflexivo:

Sí, tenés razón. Y el sufrimiento vuelve a la gente cruel.

La clara alusión me obligó a mirarlo de frente, descubriendo en su jovial sonrisa cierto signo de paz que a la vez me sorprendió y confortó. Entonces concluí en un resuello:

-Bien, mi coronel, estoy a tus órdenes.

Y siempre sostenido en mis malditos bastones, volví, no sin trabajo, a posar mi trasero en la banqueta.

Se hizo el inadvertido respecto a mi penosa situación, y eso me agradó, pues nada peor me hubiese ocurrido que verme en la necesidad de ventilar infortunios.

-Sé que me podés ayudar, por eso vine -me chantó.

Y yo, de vuelta a mi barricada sentimental, sin darme cuenta, me mofé:

-No me digas... De modo que sin tal apuro, no te veíamos la cara nunca más... Ni que perteneciéramos a tribus enemigas, mirá vos...

Con resignación me respondió:

-Estamos determinados por una sociedad materialista y sin ideales. Cuando niños, era distinto, vivíamos a nivel de calle y pueblo.

-Para tu información, mi familia y yo continuamos en ese mismo nivel, le repliqué sin una pizca de piedad.

-Es que nos hemos distanciado -insistió él- por obra y gracia de la vida misma. Parece arbitrario, pero es así. Ahora estoy algo desesperado y vengo a verte. Eso te demuestra que no te he olvidado y que confío en vos.

Sentí deseos de agradecerle, de decirle ¡gracias!, de veras, por haber logrado emocionarme. Era que sólo faltaba la coyuntura para tenerlo al fervor metido muy adentro. Y el muy astuto se procuró sin pestañeo el favor de la revancha.

-Sos cruel -suspiró-. No perdés una oportunidad para zaherir. Pero la verdad es que todos nos necesitamos alguna vez. Hoy es mi turno, mañana tal vez el tuyo...

A partir de ahí fui parte de su insólita historia. Verdaderamente, la suya era una situación única, más aún tratándose de alguien que había quemado su juventud en procura de unas estrellas que al final resultaron fatuas, macerándose en la práctica del pundonor y graduándose a las cansadas de ingeniero en la ciencia de armar trampas para matar gente al menor costo. «Ahora nos reúne el destino -se me ocurrió pensar en medio de mi desolada anuencia- en el mismo nivel de antes, de calle y pueblo, paradójicamente parejos». Había sucedido que cierto vulgar sujeto, prevalecido de la inexperiencia de mi primo, le enchufó un par de armatostes que denominaba máquinas de zapatería, convenciéndolo con facilidad increíble de que con ellas más la cooperación de un experto en la materia -tal el susodicho sujeto-, cualquier caído milico podía prontamente olvidar los malos vientos al convertirse en próspero fabricante.

Dicho sea con puro afán aclaratorio que para adquirir esas máquinas hubo de optar a un crédito hipotecario que muy gentilmente le facilitara otro sujeto, un pariente bonachón metido de gerente, en un banco al poco tiempo desaparecido. Y sucedió que a punto estaba de vencer la hipoteca cuando, una madrugada, mi abatido primo saltó de la cama iluminado el insomnio con el feliz recuerdo de que en el mundo, además de pillos y paniaguados, había alguien capaz de convertir sus inservibles armatostes en máquinas que en verdad pudiesen hacer zapatos. Le quedaba pues la esperanza de recuperar lo invertido reparando las máquinas y vendiéndolas, ya que el experto supuesto colaborador, apenas concreto el negocio, había dejado de aparecer.

Y ese alguien descubierto entre sobresaltos de un mal sueño revolviendo escombros humanos, ése era yo.

Así fue cómo nos reencontramos al exacto nivel de nuestra realidad antigua.

-Quiero que sepas -me dijo en conclusión- que si vos te hacés cargo de ese trabajo, serás mi gran benefactor. Te pido que vayamos a ver las máquinas. Están en una sección de los arsenales, no lejos de aquí.

Y, faltando poco para el mediodía, resignado al rol con que me veía honrado, zaqueaba y sudaba clavando mis bastones al paso del colosal pariente, en dirección al lugar indicado. Hablábamos poco. A ello contribuía mi fatiga física y la incomodidad de hacer como mirando al cielo cada vez que debía contestar o dirigirle la palabra.

Llegados finalmente a la entrada del enorme corralón armado, pudimos comprobar que aparte del metalúrgico derroche devenido portón, un mal alimentado pero muy bien mecanizado centinela montaba guardia con cara de franca desconfianza, patentizando la pobre reputación que para los de adentro merecía el pueblo de enfrente, reputación que lastimosamente nos involucraba, mal que nos pese.

Al percatarse de nuestra intención de entrar, el soldadito hizo señas con el fusil, indicándonos de manera inequívoca la rotunda interdicción para quienes aventurasen el paso sin el correspondiente permiso firmado por el comando, expresado lo cual a su peculiar manera, se dispuso, con irreverencia animal, a mear tranquilamente, a la vista de quien fuera no ha mucho tiempo un honorable jefe.

Así las cosas y sin duda persuadido de la necesidad de acatar, mi noble primo se avino a dar un buen rodeo hasta las oficinas, unas cuatro cuadras más o menos, donde debía munirse del permiso en cuestión, en tanto yo, alelado por el sol nuestro de ese mediodía de enero, me procuraba el amparo de un arbolillo de aepú. Al rato lo vi regresar, enterándome a poco, por el semblante, del agobio que sufría, amén del que ya cargaba en lo hondo desde el día del despojo de sus metales fúlgidos.

Ni una palabra dijo al presentar la amarillenta tira de papel. Luego, mecánicamente obedecí su ademán conminatorio, al modo propiamente cuartelero, zaqueando sobre sus huellas, ante la mirada de «taguató» del centinela incólume.

Y ya junto a las mentadas máquinas, tratando de disfrazar mis ganas de reír (o tal vez llorar), viendo lo que allí veía, caía en la cuenta de que el desdichado me estaba pidiendo poco menos que un milagro. Era que el pobre primo mío, coronel, ingeniero y algo más, había llegado al colmo de la mala pata dejando los objetos de sus insomnios en manos de un chantapufi graduado en macaneos. Y éste los había desarmado hasta lo posible, abandonándolos ahí, a merced de lluvias y vientos.

-Bueno -escuché su voz preocupada-, espero aceptes el trabajo; es tuyo.

Lo miré con el corazón. Mi primo estaba hermoso y alto, en tanto yo, con el peso de mi anatomía emparchada, me achicaba cada minuto más.

-¡Claro!

Fue lo que dije, creo. ¿Cómo negarme a ser su benefactor, máxime pensando que ese trabajo había de ser el primero importante desde mi vuelta a la lucha por la existencia? -De acuerdo -agregué finalmente- pero tendrás que asistirme en todo momento, ya que mis fuerzas siguen siendo las de un niño.

Frené, pero tarde. El buen cristiano sepulto en él durante más de dos décadas afloró con inesperado interés hacia mi maltrecha humanidad. Me abrumó preguntándome qué me había sucedido que me dejase en tan penosa situación, si era un saldo de la guerra civil o un accidente, si se trataba de las piernas o la columna...

Mientras hablaba, metía los cachivaches en dos enormes bolsas para luego unirlos a manera de órganos. Y antes de disponerse a cargar con todo, continuó interrogándome todavía:

-¿No se te afectaron los pulmones, los riñones, algún órgano?

No pude menos que hablar. Dando las primeras zancadas en la arena del regreso a casa, entrecortadamente y sin afán de aclarar nada, respondí:

-Mis piernas, mi columna, mis pulmones y todo... Ya ves, mientras vos acumulabas galones memorizando y aplicando temerarias teorías contra la insurrección, yo peleaba para evitar que tu teoría acabara conmigo.

Buen trecho anduvo como si se hubiese tragado la lengua. Recién a mitad de camino surgió nuevo tema. Y esta vez fue el pasado.

-Lamento de veras -comenzó entonces él- que hayan surgido opiniones tan radicales debidas a mi alejamiento, del cual nadie fue culpable.

-¿Sabés una cosa? -debí volverme para responder-. A los que quedamos abajo, poco nos afectan las ingratitudes de los de otro nivel. Estamos acostumbrados al alejamiento. Criticamos ciertas actitudes no porque nos afecten particularmente sino porque no sirven ni al bien ni al mal. E incluso, solemos ser indulgentes con esos que nada ofrecen, tal vez porque dejamos de contar con ellos.

Mi primo soltó de golpe la carga, y estirándose cuan largo era, replicó:

-Creo entenderlo. Pero pienso que los de abajo tienen gran parte de la culpa porque sólo se manifiestan cuando ya sus molestias se han convertido en odio.

Íntimamente consideré que estaba en lo cierto. Pero en vez de admitirlo, le pedí me dijera en confianza si los de arriba serían capaces de tomar en cuenta esas manifestaciones en el supuesto caso de ser permitidas regularmente.

-La crítica suele ser bienvenida -proseguí sin esperar respuesta- siempre que no afecte ciertos intereses, y ni bien lo hace pasa a llamarse subversiva, para cuyo caso hay leyes prontas y terminantes. Entonces, ¿para qué sirve la crítica? Por otra parte, si yo hubiese

intentado llegar allá, donde vos estabas, buscando solamente recordarte que existimos, un pulcro ordenanza me hubiese atendido diciéndome: «El coronel no recibe a nadie. Está muy ocupado».

Lo noté a punto de sulfurarse, lo cual me apenó. Sentía haberle dicho todo eso cuando, en un tono reflexivo y contrario al que yo esperaba, me respondió:

-¡Claro! De eso tiene la culpa el esquema en que comienzan a encajarnos desde el a b c; es un esquema de vida que yo llamo estratosférica. Hay que volver a la tierra para reencontrarse. Pero sucede que uno vuelve recién cuando cae. Y cuando se es caído, bueno, ya viste lo que pasa; cualquier gallina nos caga encima.

Me reí con sorna diciéndole que eso, para nosotros, era de lo más natural y cotidiano.

-Tan es así -le dije- que hasta esos gallinas de que hablás están en un nivel superior al nuestro, y ganan importancia debido al miedo que sus armas infunden.

-Lo importante es pisar la tierra -continuó insistiendo él-, sentir el barro, su olor, su sabor, y sufrir para valorar la vida.

De pronto sentí un nudo que me apretaba el habla, y acabé felicitándolo por la verdad que había dicho.

Es una suerte -concluí- que te hayan arrojado siendo todavía joven. Así la caída duele menos. Además, gracias al golpe se te ha curado tu amnesia y pudiste volver a nosotros. Es una suerte. Mi madre suele decir que es preciso golpearse para aprender a caminar solo. Un día, vos mismo te vas a felicitar de que te hayan despojado de tantos oropeles.

Estábamos de vuelta en el enorme portón de entrada, prontos a evacuar el territorio prohibido, llenas las bolsas de un contenido que daba la impresión de ser cañones desarmados, cuando el soldadito (que parecía de plomo por lo gris y pequeño) nos plantó delante su autoritario fusil más la insufrible exigencia de cierto nuevo permiso, imprescindible en el caso de extraer materiales del predio custodiado. Por cierto, la herrumbrosa carga que agobiaba el garbo de mi primo, el coronel, no podía pasar desapercibida.

-¿Y usted, a mí no me conoce?

Lastimosamente, el centinela no lo conocía. Por toda respuesta, dio un escupitazo de costado y continuó esperando. A mi pariente se le cayeron las bolsas. Más que caminar, trastabillaba, pataleaba rumbeando hacia la ya conocida oficina en procura del maldito permiso. Tal vez al coronel se le olvidaba la grave sanción aplicable a un soldadito que incumple las órdenes de algún superior, cualquiera fuese. Obviamente, ciertas cosas empezaba a olvidar.

Llegó de regreso al poco rato, entregó entre refunfuños el salvoconducto y vino a mí por las bolsas. Al notar sus penosos resoplidos, no pude evitar una sonrisa que no me hacía feliz.

Y libres al fin, echamos a caminar en serio. Viéndolo aún alterado por los nervios, me creí en el deber de hacerle una amable observación:

-Tenés que empezar aceptando lo que es práctica normal para con la gente del pueblo -le dije-. Pronto te acostumbrarás.

Supe por sus ademanes que lo comprendía, y creo que en verdad lo comprendía. Para algo debía servirle la comprobación que acababa de hacer, de una realidad absurda y drástica. Confundido de pronto entre el montón dejado atrás en su carrera persiguiendo estrellas, había de aguantar con enorme paciencia la obligación de soportarlo todo con tal de completar sin graves inconvenientes el opaco ciclo vegetativo que le correspondía como a cualquier ser humano. Ante la prepotencia, el acatamiento. Así lo veía. Pero una importante fuerza interior, la suficiencia, lo asistía. Tal vez hubiera llorado de amargura sin esa fuerza.

Caminamos en silencio. Aquél se me hacía un silencio ingrato. Estaba seguro de que interiormente a mi primo le ardía el virtual reconocimiento de una extraña derrota. La derrota de un ideal, de una ambición sideral con objetivo fatuo. Su verdadero dolor -me parecía- no se lo causaba el hecho concreto de sentirse humillado sino la idea oscura y hostil de que aquél que acababa de humillarlo provenía del más bajo nivel social. Y esa verdad le conmovía sus tenaces asideros, sus aéreas raíces, su soñada prosapia.

-De modo que vivías en la estratosfera -dije por decir algo-. Nosotros sabíamos que estabas allá, arriba, pero no nos emocionábamos. Sucede que a nadie le emociona lo que no le concierne.

Primo -irrumpió al punto-, ¿conocés la cigarra?

-¿Cómo no conocer la cigarra? ¡Claro que la conozco! Es un bicho puro ojos y puro grito.

-En cuanto a los gritos, apenas una primavera, nada más.

-¿Y en cuanto a los ojos?

-¡Ah, son maravillosos! Vivos o muertos, las imágenes persisten en ellos.

-Todo eso me parece traído de los pelos, aunque creo comprenderte -aduje-. Pienso que lo del grito tiene algo que ver con el soñado mando, válido sólo durante alguna temporada. Y las imágenes, acaso guardan relación con el mundo de grandezas que persiste en los ojos de los caídos. Si a esas cosas te refieres, te aseguro que para tu mal no habrá mejor remedio que los desengaños.

-Estás divagando -protestó.

-Imaginando, coronel. Y si las imaginaciones duelen, es porque mucho tienen de realidad. Según creo, la consecuencia más ingrata de tu carrera ha sido la de situarnos en dimensiones diferentes. Podemos comunicarnos, pero coincidir será posible recién cuando vuelvas a ser uno de nosotros.

-No cabe duda que nos moldearon esquemas antagónicos.

-Ya lo creo. Por eso, aunque ahora pienses con ropa de civil, en tus ojos de cigarra la imagen de la vida sigue luciendo verde oliva. Es así como se complican las metáforas, ¿verdad? La educación, primo, es una tarabilla que deja su marca en el alma.

-¡Cómo! ¿Dijiste alma?

-¡Claro! Me educaron católico, y mi extracción, a pesar de ser deformada, ha hecho lo propio conmigo como contigo.

Más que cansado, mi primo se veía triste. Obviamente, la enorme carga ferrosa no le pesaba tanto como la de tener que aceptar el fin de un pobre sueño, el suyo. Y pensar que por largo tiempo, cada palabra que al respecto oyerá pronunciar había de lastimarlo como una espina. Luego de reflexionar andando un buen trecho, se detuvo y dijo:

-Insisto en que, de cualquier manera, las diferencias que nos separan no son insalvables.

-¿Sabés en qué consiste la principal diferencia? Pues, en que vos regresaste a la tierra con los ojos todavía en lo alto, y tus piernas se ven débiles sin las botas. En cambio yo, casi enteramente tierra de tanto arañarla, si llego a caer, me bastan mis dos bastones para recuperar mi nivel. A la altura de mis bastones, se tiene menos problemas.

.....

Reacondicionadas las preocupantes máquinas, dejé de ver a mi primo por largo tiempo, hasta que un día tuve la sorpresa de su visita. Entre otras novedades, me anunció haber vendido las máquinas. Me invitó a su casa a beber, lo cual acepté con gusto. Y se despidió dejando en el ambiente una jovialidad extraña.

Así llegué una tarde a la dirección indicada donde fui recibido por la amable esposa del coronel. Y pude enterarme entonces de que la casa donde ahora vivía, un rancho de tablas, era alquilada. A mi primo ya no lo apremiaban vencimientos. Me lo refirió casi feliz. Claro está que tampoco ya tenía la casa aquella de la hipoteca. La había transferido al banco. Ahora estábamos iguales. Él mismo me lo dijo riendo.

Bebimos y platicamos. Luego me acompañó hasta la esquina. Para entonces, yo había dejado los bastones. Oí la voz de su mujer que decía:

-Hasta en la manera de caminar se parecen.

Era que ambos estábamos algo viejos y un tanto jorobados.

Culebra verde

¡Marciaaaanoooo! ¡Marciaaaanoooo!

Colgadas de las calientes ramas, como, crisálidas, yacían las hojas. El viento era un gusano apenas móvil. Y el grito, flecha sin rumbo, perforaba la sonora siesta de diciembre. ¡Culebrón asqueroso! ¡Si te encuentro, te mato! ¡Marciaaaanoooo! Loca de furia, la vieja gringa repechaba llanos y mañanas en pos del párvulo rebelde, su hijastro, que al alba huía yéndose como bestia al monte. ¡Marciaaaanoooo! Quién poblador de la comarca no los conocía. Jugarse la vida por sólo alcanzar una chirimoya por un pichón implume, por unos huevecillos blancos o azules, era cosa común entre nosotros, los de Perulero, Yuquerí, Rojas Potrero. Cuántas veces, en fiestas o vacaciones, habremos destruido por placer el misterio del canto. Pero el de Marciano era un taso de locos. ¡Marciaaaanoooo! Él se pasaba todo el tiempo destruyendo. Por eso, le habían aplicado el justo apodo «Mboy jhovy», que el peculiar lenguaje de la gringa tradujo a «Culebrón». Y era que ni la física presencia de la culebra verde le hubiese causado a la vieja tanta desazón como la de Marciano. Y apenas éste se esfumaba, cosa de todos los días, era ella, la gringa, hinchada y roja como naranja agria, la que debía rastrearle las huellas, gritar ¡Marciaaaanoooo!, maldecir sus días y sus noches. Y cuando al culebrón se le antojaba regresar al rancho, ella, la pobre infeliz, apresuradamente debía poner a salvo sus tristes bienes: una silleta, un cántaro, un farol, un viejo gato rengo y una cabrilla tuerta... Tantas cosas nos contaba la gringa de su hijastro cada vez que la veíamos correr enloquecida, vociferando: ¡Marciaaaanoooo! Y nos quedábamos pensando que si ella nada tuviese en aquel rancho, sus gritos habrían bastado para llenarlo. A Marciano, el culebrón, que prefería pasar en soledad, espionando nuestros juegos desde el tope de un árbol y escapaba si lo veíamos, tanto le hacían los gritos de la vieja como el silbo de un pájaro o un ladrido en el viento.

Siempre al amparo de algún follaje, siempre en silencio y atisbando, se solazaba viéndola pasar deshecha en gestos y bufidos. El culebrón sin palabras, puñal de piedra en los ojos, le seguía la flaca sombra como siguiendo el paso de la tormenta. Y en el rancho, entre tanto, hipando la borrachera, tumbado aguardaba Jacinto, el padre que le tocó a Marciano. Mascando puchos y maldiciendo, boqueaba con asco, de tanto en tanto, el nombre de la mala estrella, ¡la gringa!, la tan horrible que, oyéndola, ni tragar podía su bocado de mandioca y sal, manjar con que se atoraba el hambre. Se había unido a ella por miedo a la soledad, a poco de haber dejado morir de gusaneras a su primera y parturienta concubina, culpa que no cesaba de expiar días y noches, inmerso en su derrota, lanzando escupitazos de bilis y tabaco.

Al cabo de sus correrías, Marciano regresaba hermético, encascarado en su natural rechazo de niño sin afecto, con la noche como único amparo. Y allí se encontraba con la sombra del padre y el grito de la gringa. Debía verlo y oírla, y acostarse, sepultarse en la

jerga y, ¡oh Dios!, continuar soportándolos hasta quedarse dormido. Se le antojaba el estentóreo serruchar de mil cigarras. Para cesar de oírlas, imaginariamente, desesperadamente, apretando los ojos, se sumergía en la hondura nocturna, tras del mágico plañido de algún solitario chochí, misterioso habitante de su territorio de ensueños.

A su ración de amarguras, con frecuencia se añadían los golpes. Cuando Jacinto, enteramente botado por el aguardiente, dejaba de constituir un blanco para las acometidas de la vieja, quedaba él, Marciano, metido en sus trapos. Pero el culebrón, casi adecuado a su condición de bestia indefensa, sólo sentía la parte animal de su dolor. Si bien las noches le traían palos, el alba diabla le devolvía el canto. Al coronarse de claridad los montes, se alzaba un tanto, abría un ojo, escupía todo lo amargo que masticara en medio de la oscuridad, y, con sigilo de culebra verde, hurtándose a su verdad, huía.

Con el pasar estéril de los días, comenzaba a crecerle dentro del enteco cuerpo, como un vacío cada vez más ancho, el miedo. No miedo a los porras y pomberos, miedo real, miedo con cara de vieja despiadada, miedo que venía ocupándole todo el dolorido espacio del alma. Y ya no podía dormir. Sus horas en la casa eran de puro sofocón y sobresalto. A las cansadas, cuando ya el hediondo jergón le mordía las costillas, captaba en la secreta madrugada los signos de la paz, y levantando entonces un poquitín los trapos, le sonreía al alba que lo llamaba al monte.

Y una de esas madrugadas partió resuelto a no volver. Se marchó a vivir con los pájaros, a comer y gritar con ellos, a reírse con la líquida risa de los arroyos, feliz, lejos de la horrible furia gringa. Por las noches... ah, ciertamente no había pensado en las noches. Pero ya se estaba yendo, bebía buchadas, de fragante brisa y a cada empuje de sus magros pies ganaba vida. Concluyó pues que no habría de faltarle un hueco donde amparar el sueño. Entre las ramas, que ya desde lejos veía agitarse como manos verdes, le guiñaba un ojo el niño sol. Los pájaros piaban saludándolo. Marciano levantó los brazos al cielo y lanzó un largo y triste grito.

Su primera jornada de emancipado transcurrió sin problemas. Anduvo de árbol en árbol desbaratando nidos como siempre, persiguiendo pichones y comiendo cuanto de comer ofrece el monte, donde todo es apacible, donde todas las horas se parecen y el sol se acuesta muy temprano. Después, ¡claro! la noche. Llegó la primera, por fin lejos del odio, y Marciano, hizo su cama sobre la hojarasca, y se durmió en tibia paz contando las estrellas que se asomaban entre las ramazones.

Y esa noche, don Jacinto y su doña, al advertir que el niño no regresaba, descubrieron que aún tenían algo en común, las ganas de pelear. Años de encono que el gris beodo guardaba en el gznate, de pronto fueron vómitos de odio. Al infeliz, por fin se le desanudaba la soga del silencio, y lo fue en una insólita descarga de venenos. ¡Vieja putanga! dijo, y otras porquerías de calibre mayor, abriendo frío río de ira en la cárdena cara de la gringa. Yo también me voy a vivir en el monte, concluyó, con tal de no verte nunca más...

Y ella, como escupida en el rostro, buscando en la violencia brazal toda la fuerza que a las palabrotas faltaba, tumbó de un empujón el catre, rompió de un silletazo el cántaro, y encasquetándose su más hiriente mueca, vociferó llorosa:

-¡Burro! ¡Haragán! ¡Borracho! ¡Canalla! -y todo lo demás que en tales casos cuadra, hasta acabar declarando- ¡ese culebrón de mierda es como tú, tal para cual, faltando solamente que se pongan los dos en pedo y que puteen en dúo...!

En respuesta, volaron las coyundas. Resonancia de cuero enloquecido lastimó la soledosa noche.

-¡Ayayayayayay!

-Ahora te vasa ir a buscarle, perra, y si no le traés, ya podés quedarte nomás a podrirte en el yaboray...

-¡Viejo maldito!

La alcohólica risota de un Jacinto que jamás reía se dilató en la bruma.

Al paso tormentoso de la gringa graznaban en los matorrales pajarracos insomnes, respondiendo a cada grito enloquecido:

-¡Marciaaaaano!!!

Nació el sol. Libre sol. Marciano recorría su vasta residencia forestal, llenándose la insaciable panza de ñangapiryes, ingaes, guaviyues y otras delicias que Natura siembra para golosina de sus elementales hijos.

El mediodía lo sorprendió sin la habitual mandioca salada pero repleto de frutas como un verdadero pájaro. Fue un chato y umbroso pacurí el que pródigamente le ofreciera su último manjar; y como éste apenas iniciaba su etapa de fermento, Marciano solamente sentía ganas de echarse a dormir, de modo que decidió confiar sus breves dimensiones al amparo del generoso arbolejo.

Y fue entonces que algo muy extraño le sucedió. Ni bien el sueño hubo llegado y Marciano abandonaba su entidad corpórea para integrarse al mundo de la fantasía, comenzó a surgir de alguna parte un pequeño y afligente llanto. Se destacaba de entre el haz de voces animales; ni era el plañido del chochí ni el cerruchar de la chicharra ni menos el hondo gemido del guaimíngüé, ni tampoco la risa irritante del venteveo ni mucho menos el metálico responso de la piririta. El pequeño llanto provenía de un niño. Los pulmones de Marciano, ahítos del caliente vaho de las hierbas, resoplaban silbantes. ¡Y lloraba el niño! ¿Dónde?, se agitaba Marciano, ¿dónde? ¡Y lloraba el niño! Muy lejos no podía encontrarse, pues tal era la claridad con que lo oía por momentos que le parecía a punto de verlo.

Atrapado en la telaraña de la pesadilla, daba manotazos, gesticulaba y siseaba, hasta llegar finalmente a verse a sí mismo corriendo, volando, vadeando montes, arroyos... Y

soñose llegando a un triste y desolado albergue, más triste aún que el de Jacinto y la gringa, con una sucia hamaca tendida entre dos horquetas, y dentro de ella, en un revoltijo de inmundos trapos, ¡el niño! ¡Un rudimento humano capaz de sacudir con su alarido el monte! Y Marciano entró a inquietarse todavía más al no ver a la madre del pequeño por ninguna parte. ¿Dónde estaría la madre? Buscó afanosamente por los alrededores, llamó: «Señora... señora», y nada.

Por último, a través de los resquicios de las tapias pudo indagar el interior del rancho, y allí, pese a la oscuridad reinante, con asombro pudo entrever, cubierta de gusanos, blancuzca y abultada como un molusco enorme y yerto, el cuerpo de una mujer. Se soñó avanzando, palpando la lechosa sombra, comprobando la monstruosa y verídica presencia, sintiendo una fría tenaza en las rodillas y acabando entregado al frío miedo que lo crispaba entero.

Su propio grito lo despertó, y libre de pesadilla, sonrió. Pero al minuto, hecho ovillo dentro de la piel cetrina, nuevamente quedó atrapado por la magia del sueño, regresando al punto donde lloraba el niño. Esta vez quitó la hamaca de prisa, hizo un lío con ella y el llorón metido dentro y se largó, huyó como él sabía, vadeando montes, arroyos... hasta llegar a un claro que él conocía, bastante próximo al rancho tutelar. Y en ese punto paró porque de pronto la fea cara de la gringa se le incorporó al sueño. Hasta ese momento, ella yacía olvidada, ajena su rugosa imagen de ese mundo exclusivo. Y bien, como al borde gris del sueño suele incubarse la razón, Marciano pudo columbrar la idea de que ni su beodo padre ni la gringa serían capaces de comprender su preocupación por la vida del pequeño, y de que en tanto el hombre se emborrachara, la otra no haría más que darle ratos. ¿Qué podía pues hacer con el niño robado? Bueno, robado no, se dijo, si nomás quería salvarle la vida. ¿Qué haría pues con él? Ya está, se dijo, vas a buscar dos árboles que sirvan de techo contra el sol y la lluvia; en ellos vas a atar la hamaca, y todo arreglado.

Con la preciosa carga a cuestras, echose a trotar en el monte. Y cuando ya se le doblaban las piernas de la fatiga, por fin dio con los árboles apropiados. Eran dos muy bellos. Entretejidos los follajes, formaban entre ambos una tupida techumbre. Los tallos paralelos y limpios ofrecían excelente asidero. Y bajando el envoltorio en tierra, Marciano se dispuso a trabajar. En algo más que un parpadeo, la hamaca estuvo asegurada y el pequeño instalado en su palacio verde. Marciano se soñó muy contento, y de puro feliz lanzó un grito que atravesó la nebulosa del sueño despertándolo. Pero no pudo mantenerse despabilado más que el escaso tiempo que duró un bostezo. Y entonces, achicándose un poco más para evitar el sol, nuevamente se vio zambullido en el raudal de imágenes. Y otra vez lloraba el niño. Lloraba con tantos bríos que el eco repercutía en el monte. Tiene hambre, se dijo Marciano afligido. ¿Es que el hambre puede provocar tanta fuerza? ¡Claro, Marciano; vos lo sabés! Entonces, ¿qué puedo hacer? ¡Ya está! Le robás la cabrita tuerta a la gringa. Sí..., pero, ¿y si el animal se emperrea y llora y se descubre el robo, o si niega la leche y el mitaí se muere de hambre? Marciano lloró, primero quedamente, luego con todas sus fuerzas. También lloraba el niño. Y lloraban ambos. Y lloraban los pájaros y los árboles del monte.

¡Marciaaaanoooo! ¡Marciaaaanoooo! El grito, flecha sin rumbo, llegó hendiendo la calurosa siesta. Provenía de muy cerca. Marciano sufrió un sacudón pero sus hondos ronquidos continuaron sujetándolo como raíces. No podía despegarse del pequeño que,

llora y llora, se le incorporaba gradualmente hasta llegar a fusionársele y ser él mismo, y el pequeño llanto ser el suyo propio y único que le atormentaba el pecho. Y sumido como estaba en tanta angustia, súbitamente sintió en las costillas un furibundo palo que al instante lo volvió a la realidad.

Desaparecido el pequeño llorón, Marciano, enteramente despierto, sentado en cuclillas e inmóvil, todavía sintiendo dentro el pequeño llanto montaraz, todavía reproduciéndosele la imagen de la muerta, vanamente procuraba recordar el rostro de aquel cadáver en tanto los azotes y azotes que le estaban lloviendo le oscurecían la pantalla del sueño. Y llegó finalmente a convencerse de que el pequeño del monte no era más que él, Marciano, de que las lágrimas estaban en sus propios ojos y los dolores en el cuerpo apaleado del único huermanillo cuya madre fuera aquélla que yacía en la insondable nada, él.

Iluminada de pronto la rudimental razón, una extraña sospecha lo indujo a pensar en su padre, Jacinto, cuya eterna borrachera más parecía una expiación que el simple gusto de embriagarse. Y escupió la sangre que le llenaba la boca maldiciéndolo por primera vez, aunque siempre lo creyese culpable de su desamparo.

En cuanto a la vieja gringa, malandra como fuera, Marciano entraba a vislumbrar la raíz de su inagotable ira, porque..., porque... Y nuevamente caído en sollozos, nuevamente escupiendo sanguaza de la boca partida a golpes, y soportando el ardor de los azotes en plena cara, alzó los ojos hacia la mano que lo golpeaba sin pausa, y tristemente tartajeó:

-Ma... má, ¿ayepa yo no tengo mamá? ¿Ayepa yo me crié con la leche de tu cabra?

A la gringa se le cayó el azote de la mano, y huyó gritando:

-¿Quién te lo dijo, Satanás? ¡Lo sabía todo! ¡Lo sabía todo!

Marciano se levantó renqueando atrozmente y echó a rumbear sobre las huellas de la vieja. El cálido viento le secaba las lágrimas y la sangre del rostro magullado.

---

**[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)**

Súmesese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.